



Resonancias.

Primer Encuentro
Internacional, político,
artístico, deportivo y
cultural de mujeres
que luchan.

Caracol de Morelia.
Marzo, 2018

Resonancias.

**Primer Encuentro Internacional, político, artístico, deportivo y cultural de mujeres que luchan.
Caracol de Morelia. Marzo, 2018**


Compiladoras:

Gisela Espinosa e Hilda Salazar

Corrección de estilo:

Dolores Rojas y Juan Manuel Aurrecoechea

Diseño:

Gabriela Sánchez

Foto de portada y contraportada:

Compartida en facebook

Cuidado editorial:

Gisela Espinosa e Hilda Salazar

Diseñado y publicado en México, marzo de 2019


Este material puede ser compartido, difundido y reproducido, se solicita citar a las autoras y compiladoras

Resonancias.

Primer Encuentro
Internacional, político,
artístico, deportivo y
cultural de mujeres
que luchan.

Caracol de Morelia.
Marzo, 2018

**EL CAPITALISMO
CONVIERTE TODO,
ABSOLUTAMENTE
TODO EN MERCANCIA
PARA ÉL, LAS MUJE-
RES SOMOS PROPAGAN-
DA, ADORNOS...
¡YA BASTA DE ESTE
SISTEMA CAPITALI-
STA!**



Índice

A manera de presentación

Dolores Rojas 7

Un encuentro entre muchos mundos

R. Aída Hernández Castillo 8

El dormitorio, un territorio

Amaranta Medina Méndez 21

Trazando mandalas por la autonomía

Amaranta Cornejo Hernández y
Perla O. Frago Lugo 28

Un bosque de mujeres que luchan

Andrea Calderón García e Irene ragazzini 34

Destellos que atraviesan sierras:

De la Mixteca al Caracol de Morelia
Andrea Calderón García 42

El feminismo no es una utopía

Angélica Gómez y Dirce Navarrete 57

Recogiendo recuerdos

Beatriz Olivera Villa 62

Un mundo donde quepan muchos mundos, el gran regalo de las mujeres zapatistas

Bertha Bocanegra Hernández 66

Tu corazón dice que estás feliz

Brenda Rodríguez Herrera 69

Ecos tapatíos de las mujeres que luchan

Carmen Díaz Alba 76

Somos un monte

Christian Aurora Mendoza 83

Si no hay mujer, no habrá revolución

Claudia Gómez Godoy 87

Crear dos, tres... un chingo de caracoles con mujeres que luchan

Gisela Espinosa Damián 93

De cómo quedé tocada Gloria Salazar	102	Cómo el Encuentro con mujeres zapatistas me reconcilió con la vida Maritza S. Rodríguez Flores	150
Una sacudida a la conciencia, a la esperanza, al corazón Hilda Salazar	105	Primer amanecer desde el Encuentro Meztli Yoalli Rodríguez Aguilera	154
Tocar el alma Isabel Reyes Posadas	117	El caracol de Morelia tocó el corazón Patricia Couto	160
El encuentro que me tocó el alma Julieta Valdez Acosta	121	Estampas sueltas Verónica Renata López Nájera	163
¿Qué sigue? Reflexiones desde la Sierra de Santa Marta, Veracruz Julieta María Jaloma Cruz	127		
De Cuando las zapatistas me cantaron “Las Mañanitas” Karla Priego Martínez	138		
Corazonando el poder colectivo Mariana Mora	144		

A manera de presentación

Febrero de 2019

Cuando en febrero de 2018 supe del encuentro de mujeres que organizaban las zapatistas, de inmediato me sentí convocada. Estábamos en medio de las campañas electorales, hartas de los ataques mutuos y la guerra de lodo entre los candidatos.

Las zapatistas nos invitaban a las mujeres todas para encontrarnos. No hubo resistencia. Empezamos a agruparnos entre quienes compartíamos trabajo, amistad, estudios, vecindad... y se hicieron diversos grupos. Este que presenta ahora sus textos resultó de las intersecciones de varios de esos círculos.

Yo no pude ir, o parafraseando a las zapatistas diré que mi lugar durante el Encuentro fue acá, en la ciudad, con otras mujeres, en otras luchas. Fue posible seguir el encuentro gracias a las crónicas de *La Jornada*, de *CIMAC*, de las *Periodistas de a*

Pie cuyas reporteras nos compartían el gran discurso de la comandanta Érika y el desarrollo del día a día: *Las mañanitas*, el futbol, el baile, el teatro...

A diferencia de esas crónicas periodísticas, estos textos nos comparten todo lo que se movió en la entraña de las mujeres que se movilizaron a Chiapas... y sin haber estado ahí, cuando los leo, siento que estuve, que me conmoví, que abracé... son textos que nos invitan a mirarnos, abrazarnos, aceptarnos y seguir construyendo.

A casi un año del Encuentro, me parece necesario traer estas estampas zapatistas para que el aire fresco de las montañas del sureste serene los ánimos y reconforte el corazón.

Dolores Rojas

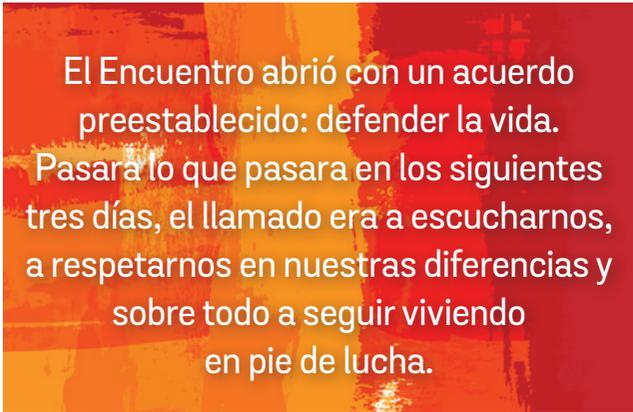
Un encuentro entre muchos mundos

R. Aída Hernández Castillo¹

Luego al Caracol Zapatista después de haber pasado un mes en Sinaloa, trabajando con madres de desaparecidos. El dolor de esas mujeres se había convertido en un dolor de rodilla que me subía por la espalda, como un grito de desesperanza. Las historias desgarradoras de violencia extrema, violencia cotidiana e impunidad que me han compartido esas mujeres “Buscadoras”², me habían llenado de un pesimismo político que poco a poco va desapareciendo durante los tres días en los que las zapatistas nos reúnen a compartir saberes y experiencias. Unas fuentes dicen que somos cinco mil, otras que siete mil, no sé el número exacto, pero nunca en mi vida había estado rodeada de tantas mujeres guerreras, tan diversas, tan llenas de una energía femenina que cura el cuerpo y alegra el espíritu. Como dicen las compañeras zapatistas en la ceremonia de clausura: “En lo que hubo acuerdo fue en que fuimos un chingo”.

¹ Activista feminista, profesora y periodista integrante de la Red de Feminismos Descoloniales e investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y del Grupo de Investigación en Antropología Social y Forense GIASF. Ver www.rosalvaaidahernandez.com

² <http://www.jornada.unam.mx/2017/04/20/opinion/020a1pol>



El Encuentro abrió con un acuerdo preestablecido: defender la vida.

Pasara lo que pasara en los siguientes tres días, el llamado era a escucharnos, a respetarnos en nuestras diferencias y sobre todo a seguir viviendo en pie de lucha.

Las mujeres zapatistas nos reciben en la entrada del Caracol, pasando una valla que tiene dos letreros gigantescos, uno que dice: “Bienvenidas Mujeres del Mundo” y otro colgado del portón que advierte “Prohibido Entrar Hombres”. Si bien en la convocatoria se había anunciado que los hombres que asistieran estaban invitados a cocinar, no habíamos entendido, hasta nuestra llegada, que el espacio físico entre las mujeres participantes y los hombres cocineros estaría separado. Ellas dejaron muy claro desde el inicio que querían un espacio propio, fuera de la mirada de los

hombres: “Pensamos que solo mujeres para que podamos mirar, fiestear, sin la mirada de los hombres, no importa si son buenos hombres o malos hombres. Lo que importa es que estemos solo mujeres, mujeres que luchamos.”

Quienes hemos venido acompañando por más de 24 años la lucha de las mujeres zapatistas, nunca habíamos presenciado un encuentro multitudinario exclusivamente femenino como este. Cuando en septiembre de 1997 se hizo la marcha de los mil ciento once pueblos zapatistas, estos fueron representados por parejas formadas por un hombre y una mujer. Sylvia Marcos, en sus escritos sobre el concepto “dualidad” en las cosmovisiones mesoamericanas, y Margara Millán al abordar “lo parejo” –lajan, lajan– en el mundo tojolabal, nos habían ayudado a entender por qué en el mundo zapatista las mujeres se movían



Foto / Gisela Espinosa

en pares con sus esposos, hermanos, maridos. Sin embargo, ahora “lo parejo” fue que ellos las apoyaran cocinando al otro lado de la valla. Una nueva generación de mujeres zapatistas, que nacieron ya dentro de los proyectos autonómicos, le está dando un nuevo sentido a “lo parejo” y esto quedó muy claro en sus discursos y prácticas a todo lo largo del evento.

Somos diferentes, pero somos iguales.

La diversidad de las mujeres que confluiamos en el Caracol de Morelia se deja ver en la ropa, en los cuerpos, en el color de nuestras pieles, en los temas que aparecen en

los programas en las lonas gigantes que cuelgan en las entradas: “Mujeres en lucha contra el neoextractivismo”, “Por un Feminismo Descolonial Transnacional. Lecciones desde Palestina”, “Ronda de Saberes sobre Plantas Medicinales”, etcétera.

Las dos mil mujeres zapatistas que asisten también representan a distintas generaciones, hablan distintas lenguas mayas, mayoritariamente: tsotsil, tseltal, tojolabal y chol; son milicianas, bases de apoyo, videoastas, profesoras, médicas tradicionales, productoras de café orgánico, integrantes de las Juntas de Buen Gobierno. Así lo anuncia la insurgenta Erika, Capitana de Infantería, en su discurso inaugural: “Somos diferentes pero todas somos mujeres (...) La violencia y la muerte nos hace a todas iguales”.

Las actividades del 8 de marzo están todas a cargo de las representantes de los cinco Caracoles, quienes desde meses atrás venían planeando sus obras de teatro, sus presentaciones musicales y sus discursos. Su palabra y la energía política que esta transmite es nuestro mejor regalo en el Día de la Mujer. Los discursos, se nos explica al inicio de la inauguración, son el resultado de un trabajo colectivo que teje la memoria de las distintas generaciones. Se trata de un estilo narrativo muy original, porque la voz que enuncia va cambiando de sujeto y de momento histórico en el transcurso del texto. Eso que desde la teoría feminista llamamos *interseccionalidad*, es decir, la intersección de opresiones y resistencias que marcan la vida de las mujeres queda claramente descrita en las historias narradas por los discursos colectivos.

Algunos empiezan contando la vida de las mujeres zapatistas que nacieron y crecieron antes del movimiento, cómo sufrieron el racismo y la explotación económica cuando trabajaban limpiando las casas de las mujeres ladinas en San Cristóbal,

cómo vivieron el desprecio por ser indígenas al acercarse enfermas a los hospitales de la ciudad sin saber hablar español, cómo vivieron el machismo de los hombres que las excluían y no les daban valor. Luego esa misma voz se convierte en la mujer zapatista que se empezó a organizar en la clandestinidad, a estudiar y entender que había que luchar para cambiar las cosas. Entonces nos describen la violencia de la militarización, ahora es la voz de la mujer que creció al principio de la guerra: “escuchando a los soldados diciendo chingaderas a las mujeres, solo por ser mujeres, pero aprendimos a defendernos en colectivo. Aprendimos que nos podemos defender y que podemos dirigir. No fue solo discurso, en verdad tomamos las armas y enfrentamos al enemigo y dirigimos a los hombres, aunque no teníamos estudios sí teníamos mucha rabia, mucho coraje de todas las chingaderas que nos hacen”. La narración cierra con la historia de la mujer zapatista que ya creció en el contexto autonómico, en donde escuelas y clínicas promueven los valores zapatistas de respeto a las mujeres; ahí, la joven base de apoyo termina diciendo: “vi que donde antes solo podía morir por ser indígena, por ser mujer, ahora construíamos otro camino de vida, camino de libertad”.

Cada Caracol nos comparte su propia historia colectiva, todas a varias voces, haciendo recuentos de agravios y resistencias. Todas enfatizan que no era solo el capitalismo que las había oprimido, sino también el “chingado patriarcado”. Para mí, esta denuncia violenta del patriarcado, de su marca en nuestros cuerpos y en nuestras vidas, es algo nuevo que no había encontrado en los discursos de las mujeres zapatistas del pasado, quienes sí lo describían en detalle, pero no lo nombraban, ni lo insultaban. Ahora nos dicen que “es lo moderno del pinche sistema capitalista que nos está matando, que

tiene la cabeza y el cuerpo del pendejo patriarcado”. Esta violencia verbal de las nuevas generaciones es la fuerza de una indignación que ha crecido con la conciencia de que otros mundos son posibles.

En sus discursos nos dicen que en este encuentro podemos escoger competir entre nosotras, para ver quién es la más “chingona”, quien tiene la mejor palabra, quien es la más revolucionaria, o “podemos escucharnos y hablarnos con respeto, como mujeres de lucha que somos... y así alimentar las luchas que cada una tenemos donde estamos”. Su llamado a la solidaridad entre mujeres me hace voltear a ver a mis compañeras de trabajo, amigas y cómplices con quienes he venido al encuentro: Mariana Mora, Rachel Sieder y Carolina Robledo. Confirмо lo privilegiadas que somos de haber podido construir comunidad en un mundo académico que promueve la competencia. Tengo la convicción de que nuestra sororidad saldrá fortalecida de este Encuentro.

Las obras teatro que vienen después de los discursos también son creaciones colectivas, y nos presentan de manera muy creativa las distintas historias de violencia y resistencia que viven las mujeres dentro y fuera de territorio zapatista. Las escenografías daban cuenta del tiempo y la dedicación que pusieron en la planeación del evento: un helicóptero de cartón –casi de tamaño real– es utilizado en la representación que denuncia la violencia militar.

Mientras en los escenarios las jóvenes zapatistas actúan representando a las mujeres ladinas con vestidos forrados que bailan a ritmos de música en inglés, despreciando a otras mujeres indígenas que van con trajes tradicionales, abajo entre el público, las mujeres mayas de Guatemala realizan un ritual de agradecimiento a la Madre Tierra. Me llama la atención

el contraste entre el lenguaje corporal de las jóvenes zapatistas en la obra con su denuncia a la violencia del racismo y el lenguaje ritual de las mujeres mayas que desde el público oran y bendicen los trabajos que iniciamos. Distintas maneras de ser mujer indígena, distintas maneras de luchar y resistir se ponen en evidencia en ese mismo escenario. Somos diferentes, pero somos iguales, resuena la voz de la Capitana Erika.

A la distancia, en un templete paralelo, María de Jesús Patricio, Bettina Cruz, Osbelia Quiroz y otras integrantes del Concejo Indígena de Gobierno, observan respetuosamente las representaciones de sus hermanas zapatistas. Me acerco a saludar y le pregunto a Marichuy si va a tener alguna intervención, le expreso una vez más mi admiración y nuestro interés por escucharla y que nos comparta su análisis de la siguiente etapa en esta lucha. Me responde, con esa voz dulce y pausada que la caracteriza: “Aquí somos invitadas, mi voz es colectiva y hablaremos cuando sea tiempo de hablar. Tienes que aprender a ser paciente”. Me apenan mis estilos norteños y recuerdo que los tiempos de los pueblos no son siempre los tiempos de quienes vamos corriendo y tropezando por la vida.

El día cierra con bailes y cantos en donde los ritmos de la música colombiana de los Batallones Femeninos, dirigidos por Ochy Curiel con la pasión que la caracteriza, se combinan con las cumbias y los ritmos de percusiones que van saliendo de las casas de campaña. Las mujeres zapatistas dejan a un lado su timidez y sacan a bailar a las estudiantes urbanas, a las mujeres mayas de Guatemala y a otras mujeres zapatistas, unidas todas por la felicidad de estar juntas y celebrar la vida.



Diálogos de saberes desde distintos registros

Los días siguientes son una vorágine de eventos: mesas redondas, proyecciones de documentales, talleres, clases de yoga, encuentros deportivos. El día 9 me dirijo a mi primer taller, “Feminismo Decolonial: Agujereando el sistema colonial y creando alianzas subalternas”, que ofrece el Grupo Latinoamericano de Estudio y Acción Feminista (GLEFAS). Carmen Cariño, a nombre del grupo, nos explica que han cedido el espacio para que las compañeras hondureñas nos hablen de la lucha de Berta Cáceres,

de su vida de resistencias y su muerte en la impunidad. Hay un poco de desencanto ante el cambio del programa, sin embargo, la vida de Berta era en sí misma una práctica descolonizadora en sí misma del feminismo y de las luchas sociales. Melissa Cardoza nos habla desde la voz y el corazón de quien la tuvo cerca y aprendió a quererla en la lucha. Nos cuenta cómo Berta enfrentó al machismo al interior de la organización y a los megaproyectos que pretendían despojar al pueblo lenca de sus tierras mediante 49 proyectos hidroeléctricos, y de cómo trabajó por crear espacios de respeto hacia la diversidad sexual. A partir de que Berta se convirtió en la primera mujer coordinadora general del Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras (Copinh), se creó la oficina de Diversidad Sexual, en donde se discutían los derechos de la comunidad LGBT indígena. Un espacio que no tiene ninguna otra organización indígena del continente.

Ante tantas opciones de talleres y conferencias, decido quedarme en una sala en donde se aborda la violencia penitenciaria hacia las mujeres en distintas partes del mundo. Es un tema que me apasiona y consigo una silla para permanecer sentada una parte del día. Escucho a las mujeres mapuches hablar de la Ley Antiterrorista y la criminalización de sus pueblos. Nos comparten la experiencia de la Machi Francisca Linconao, una guía espiritual mapuche a quien se le han imputado cargos falsos por homicidio, después de que en el 2008 interpuso un recurso de protección por tala ilegal de árboles contra unos latifundistas que estaban afectando los bosques y cerros “en donde habitan las fuerzas sagradas de la naturaleza”. Invocando el Convenio 169 de la OIT la Machi Francisca llegó a la Corte de Apelaciones de Temuco y logró detener la destrucción de los bosques. Cinco años más tarde fue acusada falsamente de homicidio y, desde entonces, ha iniciado una lucha legal que aún no termina y que la mantiene bajo arresto domiciliario.

Después hablan las compañeras zapotecas de Oaxaca, esposas de presos políticos Loxichas, que por su participación en la lucha por la autonomía indígena llevan 19 años presos injustamente. Sus esposas nos narran el vía crucis por el que han pasado para exigir su liberación, el racismo con el que son violentadas cotidianamente por el sistema de justicia, cuando visitan a sus esposos o cuando hacen trámites en los juzgados. Yo les comparto mi experiencia trabajando con otro tipo de presas políticas: las presas de la estadística de la “guerra contra el narco”. Los cientos de mujeres indígenas y campesinas que están presas por narcomenudeo, sin el apoyo de un traductor y sin saber que tienen derecho a un defensor de oficio. Presento el proyecto de la *Colectiva Editorial Hermanas en La Sombra*, en donde las mujeres escriben, diseñan y publican sus propios libros para denunciar la violencia penitenciaria y la violencia patriarcal que ha marcado sus vidas. Vemos el documental “Semillas de Guamúchil. Ahora en Libertad”, en donde se escucha las ex internas hablar del poder de la escritura. Les entrego una colección de sus libros para la biblioteca del Caracol.

La cárcel tiene color, nos recuerdan las historias escuchadas en esta sesión; y el racismo marca la criminalización de las luchas indígenas y la falta de acceso a la justicia.

En mis recorridos por distintos talleres me acerco a escuchar a Citlalli Murillo Cortés, de la Red Nosotras por la Igualdad de Jalisco, que habla de “La Invisibilización del Clítoris”. Nos dice que el conocimiento de esa parte del cuerpo se nos ha negado, porque su única función es el placer femenino, no sirve para reproducirnos como el pene, ni para orinar, porque la uretra no lo atraviesa. Me entero por primera vez en mi vida que el clítoris no tiene el tamaño de un garbanzo, sino que la pequeña

“protuberancia” que vemos es solo la punta, una especie de glande, que internamente se divide en dos partes que pueden medir hasta 7.5 cm de largo y se extienden alrededor de las paredes vaginales. Nos dice también que el clítoris femenino tiene unas 8 mil terminaciones nerviosas, que un orgasmo femenino puede afectar unas 15 mil terminaciones que están en la vulva, mientras que el pene tiene solo 4 mil. Estoy tan interesada y sorprendida con la información y las imágenes que nos muestra la ponente, como están las zapatistas. Volteo a ver sus cuadernos, una de ellas está intentando reproducir el dibujo de la vulva y el clítoris que aparece en el cartel. La joven ponente nos recuerda que la lucha por la vida es también una lucha por el derecho al placer.

Los encuentros tras bambalinas

Paralelos a los múltiples talleres, los encuentros se dan alrededor de la cancha de fut y de basquet, en los corredores, en la cola para pasar a la letrina, en el comedor. Nos encontramos con viejas y nuevas amigas, a quienes sentimos que conocemos desde hace años. El contexto se presta para abrir el corazón a la amistad y construir vínculos fácilmente.

Me siento un rato con Alejandra, joven tseltal que vende café orgánico. Me comparte que esta presentación del empaquetado se preparó especialmente para el evento. La etiqueta muestra a una joven peinada con trenzas, con un paliacate que le cubre la boca y tiene escrita una consigna que dice: *Café Zapatista. Solo para Mujeres que Luchan*. Comenta que ella y su familia lo producen, que es orgánico y que son parte de una cooperativa zapatista que se llama Yochin Tayel

Kinal, nombre tseltal que quiere decir “Descubriendo el Camino Nuevo” –me explica. Ella nunca ha salido del Caracol: “No he caminado mucho todavía, pero ya siento como que conozco muchos lados, por todo lo que ustedes me han contado”. Estamos conversando cuando escucho que alguien grita mi nombre, es Manon Vázquez, una de las integrantes de la *Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra*. Estamos sorprendidas y emocionadas, ninguna de las dos sabíamos que la otra estaría aquí. Nos abrazamos y la presento con Alejandra, las tres platicamos un rato, Manon le cuenta que nos conocimos en prisión, en donde yo imparto talleres de escritura y ella pasó varios años sobreviviendo a la violencia penitenciaria. Ahora Manon coordina una Casa Refugio para jóvenes con adicciones, que se llama Mujeres de Luz. Me pregunta si creo que aquí puede interesar el trabajo de su centro, trajo información pero le da pena distribuirla. La animo a compartir sus experiencias, sus conocimientos, sus proyectos, sé que es una “Mujer que Lucha” y que hay muchos oídos para sus palabras.

Me encuentro también a Mercedes Olivera, incansable y lúcida como siempre. Un día entero caminamos juntas, de taller en taller, compartiendo reflexiones y entusiasmos. Va acompañada de unas cuarenta defensoras comunitarias del Centro de Derechos Humanos de las Mujeres; son mujeres indígenas de los Altos y la Selva que se han formado en la defensa participativa de mujeres en los tres sistemas de justicia: el comunitario, el zapatista y el oficial. La comida es el momento para hacer balances, compartir impresiones. Las promotoras también vienen de distintas regiones del estado y están sorprendidas con la capacidad organizativa de las zapatistas. Las admiran, se nota en sus rostros que están felices de poder compartir sus experiencias.

Antes de irnos, las zapatistas nos dan a cada quien una pequeña vela y nos dan la consigna de encenderla cuando tengamos miedo, cuando sintamos que la lucha y la vida son duras. Nos dicen que llevemos esa vela a las mujeres desaparecidas y a sus familias. Pienso en *Las Buscadoras de El Fuerte*, en Verónica Rosas de la organización de madres de desaparecidos *Uniendo Esperanzas* del Estado de México, en Ana Enamorado de *Caravana de Madres Migrantes Mesoamericanas*, en las familias de las primas Alvarado, desaparecidas por el ejército en Chihuahua. Nos piden llevarla a las asesinadas... pienso en Miriam Rodríguez, en Maricela Escobedo y Sandra Luz Hernández, madres de jóvenes desaparecidos que fueron asesinadas por denunciar la impunidad, en Guadalupe Campanur, comunera ecologista de Cherán, en todas las jóvenes de Ciudad Juárez cuyos cuerpos aparecieron en el Campo Algodonero. Nos piden llevarla a las mujeres presas, y de inmediato pienso en Susuki Lee, en Maria Elena Basave, en Rocío Solache, todas mis amigas de la *Colectiva Hermanas en la Sombra* que desde las prisiones femeniles de Atlacholoaya y Michapa, en Morelos, siguen resistiendo. Nos piden llevarla a las violadas y a las golpeadas... Pienso en Inés Fernández, en Valentina Rosendo, en Mariana Selvas y a todas las compañeras de Atenco, en que quisiera decirles una vez más que admiro su valor de denunciar a los militares y policías que ultrajaron sus cuerpos, logrando que se reconociera la violencia institucional castrense. Nos piden llevar esta luz a las migrantes, a las explotadas, a las muertas. Nos llevamos la luz que nos compartieron las compañeras zapatistas también en el corazón y sus palabras de aliento en la memoria: *“Llévala y diles a todas y cada una de ellas que no está sola, que vas a luchar por ella. Que vas a luchar por la verdad y la justicia que merece su dolor. Que vas a luchar porque el dolor que carga no se vuelva a repetir en otra mujer en cualquier mundo. Llévala y conviértala en coraje, en decisión...”* Ese es nuestro compromiso.

El dormitorio, un territorio

Amaranta Medina Méndez¹

Nunca había tenido un acercamiento con el EZLN, ni noticioso ni por curiosidad ni por ideología. Cuando este movimiento surgió yo estaba muy ocupada cuidando de mi abuela y de mi madre: a la primera por mayor, a la segunda por un cáncer de seno al que no sobrevivió. Por lo mismo, en mi juventud –aunque me hubiera encantado– no tuve la oportunidad de hacer ningún tipo de labor política ni social.

Siempre me he considerado una persona a la que le gusta la justicia y la honestidad, mas nunca me he adherido a ningún movimiento ni ideología; tomo de todo y voy haciendo mis propias reflexiones, adapto a mi vida lo que me interesa y con lo que vibro y, en consecuencia, hago mi aporte a la sociedad.

¹ Geógrafa Humana, creadora de AMMART para el acompañamiento de liberación emocional, autoconocimiento y autoamor. Tallerista de escritura autobiográfica para mujeres en DEMAC.

Gracias a esta apertura hacia todas las ideologías he conocido a muchas personas interesantes e importantes. Una de ellas es mi amiga alemana, una hermana en toda la extensión de la palabra. Cuando ella me dijo que parte de nuestras vacaciones, con su visita a México, sería ir al Primer Encuentro de Mujeres que Luchan, lo dudé un poco pues no estoy muy bien de mi cadera y traeríamos a su pequeña de dos años con nosotras. Sin embargo, pensé que sería una excelente oportunidad para conocer tierras zapatistas, para convivir con las mujeres zapatistas, a quienes por el simple hecho de ser mujeres admiro y más aún, por todo lo que me imagino que han vivido. También tendría la oportunidad de conocer a mujeres de todo el mundo, de diversas ideologías y múltiples tratos.

Jamás me imaginé que estaría en un lugar tan alejado de mi *terrae cognitae* conviviendo de varias formas con ocho mil mujeres. Una experiencia sin precedentes en mi historia de vida, a pesar de que llevo más de la mitad trabajando con mujeres, para mujeres y por mujeres.

Todo me gustó. Lo que más dejó huella en mi ser, en todas mis fibras y mis células fueron los discursos de apertura y de clausura de las zapatistas. Vibré con cada una de sus palabras, lloré, reí, me conmoví, se me enchinó la piel y más.

Las palabras con las que casi pierdo la cordura decían algo así: no les pedimos que luchen por nosotras, luchen por sus causas, en su momento, en su lugar. La lucha común entre todas es la LUCHA POR LA VIDA. ¡Jamás había escuchado un discurso tan coherente en este tipo de encuentros!

Y así pasaron los días, con esas palabras resonando en mi cabeza y en mi corazón. El aroma de ocho mil mujeres impregnaba el aire del Caracol de Morelia. Nuestras sonrisas, nuestros cantos, nuestras danzas, nuestra sabiduría, nuestros testimonios, nuestras cartografías y nuestras “cosas raras” –como dijeron las zapatistas– llenaban todo el espacio.

¡Estaba viviendo una utopía!

Sin embargo, no me encantaron algunas actitudes de las mujeres que fueron; observé cierta prepotencia y otras cosas, pero eso no empañó mi éxtasis, más bien me dejó mucho para reflexionar acerca del papel de las zapatistas y de las no zapatistas en el encuentro.

No negaré que cada noche temblaba de angustia al pensar si nuestras “camas” de polines y tablas todavía eran de nosotras, pues cada día llegaban cientos de mujeres buscando dormitorio. Las primeras tres noches fueron tranquilas, llegábamos, montábamos los polines, encima de estos las tablas, acomodábamos nuestros *sleeping bag*, las hamacas y, antes de dormir, nos disponíamos a platicar las vivencias del día con nuestras compañeras de dormitorio, a quienes conocimos el día que nos acreditamos para ir al caracol. Éramos de distintas nacionalidades: Grecia, Colombia, México, Alemania, País Vasco y más, se escuchaban varias lenguas en ese dormitorio donde, mínimo, pernoctábamos cien mujeres. Nos cuidábamos, cuidábamos nuestras cosas y nuestras camas, estuviera quien estuviera cuidábamos lo de todas.

Y se llegó el momento tan temido por mí. La cuarta noche, la última... Llegamos cansadas al dormitorio y, ¡oh sorpresa!, nuestras camas ya estaban *okupadas* por un grupo de diez mujeres.

Mi mayor preocupación era mi sobrina –así le digo a la pequeña de mi amiga–, quería que tuviera un lugar dónde aterrizar y dormir bien. También me preocupaba que mi cadera tuviera un lugar plano donde descansar, si no fuera por eso, no me hubiera importado dormir o no dormir donde fuera.

Y se llegó el momento tan temido por mí. La cuarta noche, la última... Llegamos cansadas al dormitorio y, ¡oh sorpresa!, nuestras camas ya estaban *okupadas* por un grupo de diez mujeres. “¡Piensa rápido!”, me dije a mí misma. Hice un recorrido visual de 360 grados por el lugar y ya no había ni espacio ni polines ni tablas para armar.

“¿Qué haremos?”, nos preguntamos las que nos encontrábamos en ese momento. Estábamos petrificadas, incrédulas por lo que estábamos viviendo. Acto seguido, no recuerdo quién de todas les dijo a las *okupantes* que ese era nuestro dormitorio, eran nuestras camas y las cuestionamos por haber aventado nuestro equipaje al suelo. Así sin preguntar, sin importarles que el equipaje fuera de otras mujeres “iguales” a ellas, hermanas que estaban en el encuentro como ellas.

Muy a la defensiva –y a la ofensiva– nos gritaron, nos dijeron que llegaron primero y que ni modo por nosotras. Les dijimos que habíamos llegado tres noches antes que ellas. Les explicamos que traíamos a una pequeña de dos años, que ade-

más estaba dormida y necesitábamos acostarla a descansar. En ese instante, recordé las palabras y muchos de los testimonios que las mujeres zapatistas nos habían compartido durante el encuentro: lucha y resistencia por el territorio. ¡Uf! ¡Ahora sí estábamos todas a prueba!

Las *okupantes* nos dijeron que a ellas les habían quitado sus camas cada noche y que se tuvieron que desplazar cada noche a distintos sitios para poder dormir, fue su explicación y sugerencia para nosotras. Entonces pensé: “la cagaron, no defendieron su dormitorio, su territorio”, “no acordaron, no consensaron, no aprendieron o qué”. Nos señalaban una cama grande, montada con equipaje de otras compañeras que no estaban presentes. Nos decían que okupáramos esas camas. Mi amiga les contestó que no íbamos a hacerles lo mismo que ellas nos estaban haciendo a nosotras.



Era necesario acordar algo que beneficiara a todas...

Pero la cosa estaba que ardía, mi cadera dolía, mi sobrina dormía, mi amiga enfurecía... y las otras compas huían, no querían “pelear”, estaban dispuestas a irse a buscar a dónde dormir. Digo pelear porque era la actitud de las mujeres *okupa*, pelear.

Me mantuve calmada analizando el espacio y la situación. Las palabras de las zapatistas resonaban cada vez más fuerte en mí: “no les pedimos que luchen por nosotras, cada quien su lucha... resistencia y defensa del territorio... etcétera”. Hasta que vi unas pocas tablas con polines y un hueco entre nuestra cama y la de otras mujeres. Sugerí que juntáramos todas las camas, las de las ausentes, las de las *okupas* y las de nosotras para dormir aunque fuera apretadas, y para que nadie saliera perdiendo ni desterritorializada o descamada. Las *okupas* no querían, se resistían, no cedían ni siquiera a la sugerencia de compartir el espacio entre todas, estaban aferradas a que ahora esas camas les pertenecían a ellas y no iban a ceder ni un pedazo.

Pensé que la magia se había acabado, que la realidad, la vida cotidiana nos había alcanzado, pero que aún así nadie me quitaría lo vivido y lo aprendido. Decidí considerar esta experiencia como un taller vivencial en el que aplicaría lo aprendido todos esos días: defensa, resistencia, colectividad, compartir, construir, hermandad.

Ya no discutimos, como si nos telepatéáramos, las que llevábamos tres noches durmiendo juntas comenzamos a colocar los polines y tablas en todos los huecos. Sin pedirle permiso a nadie comenzamos a juntar todas las camas hasta que logramos una gran cama de varios metros, calculo que de unos catorce. Luego, colocamos nuestras cosas como cada noche, sólo faltaba

espacio para una de nosotras. Cuando las okupas nos vieron tan decididas y tan respetuosas de “su espacio”, se recorrieron un poco para compartirnos unos centímetros de “su territorio”. Finalmente, la compa que quedaba ya tenía dónde acostarse.

Una vez terminada la faena, todas nos sentamos a platicar como si nada hubiera pasado. La verdad, yo no estaba como si nada hubiera pasado... yo estaba feliz de que habíamos logrado tener todas un lugar para dormir. Me hubiera encantado que fuera sin discutir, me hubiera fascinado no haber sentido angustia ni un puñetazo en el estómago cuando vi nuestras camas apañadas y nuestro equipaje aventado al suelo. Hubiera agradecido mucho que antes de invadirnos hubieran pedido espacio, que hubiera consenso para dormir todas juntas y bien. Pero ante la inexistencia del hubiera, decidí tomar este momento álgido como un aprendizaje de vida.

Cuando llegaron las demás compañeras, sus camas ya estaban preparadas y sus *sleeping bag* tendidos. Se pusieron felices de ver a más mujeres en nuestro dormitorio. Para ellas fue una excelente idea que hayamos compartido la cama con las otras, con las *okupas*, porque no se enteraron que, por unas horas, fueron invadidas y por poco se quedaban despojadas de sus camas; sólo llegaron a platicar sus excitantes vivencias y a dormir. ¡Qué bueno!

Con esta experiencia de unas cuantas horas me doy cuenta que tengo todavía mucho por aprender y más por practicar en mi vida cotidiana. No bastan los encuentros y los talleres de pocos días o unas horas para creer que con eso está solucionada la vida. Necesito practicar todo lo aprendido en este encuentro, es mi responsabilidad, mi obligación y mi compromiso conmigo y con las demás.

Trazando mandalas por la autonomía

Amaranta Cornejo Hernández¹ y Perla O. Fragoso Lugo²

Fue durante una cena que decidimos participar colectivamente. Juntas hemos hecho muchas cosas –en el espacio académico que compartimos y también en el día a día que vivimos–, hemos pasado por varias y la convocatoria de las zapatistas nos llenaba de ilusión el corazón, por la rebeldía y fortaleza que ellas nos inspiran. La pregunta que quedaba pendiente esa noche era cómo participar. Semanas después, luego de mensajes por el *whatsapp*, en algún otro encuentro con comida de por medio, coincidimos en ganas de hacer algo dibujado. Con más días transcurridos decidimos que sería un mandala.

La palabra mandala procede del sánscrito clásico y aunque literalmente significa “trazar un círculo o centro sagrado”, se traduce a veces como “recipiente de esencias”. En las tradiciones hinduista y budista, es un símbolo sagrado del desarrollo

¹ Académica y activista feminista interdisciplinaria, interesada en cómo la comunicación y la afectividad potencian procesos políticos. Ama la danza y el chocolate.

² Antropóloga social, investigadora y docente apasionada; feminista, sin duda. En la última década ha abordado problemáticas vinculadas con las expresiones de las violencias en el mundo contemporáneo.

espiritual, pero también representa pictóricamente alguna de las dimensiones del universo. El psicólogo Carl Jung empleó los mandalas como una herramienta para alcanzar la integridad psicológica. Actualmente, dibujar y pintar mandalas son actividades que se recomiendan para recuperar la conexión con la naturaleza y con la Tierra, pues siempre son representados como un círculo, forma primigenia del universo mismo de la que surgieron las demás formas.

Nuestra idea de pintar un mandala colectivo surgió de la posibilidad de compartir con las compañeras que asistirían al Encuentro un ejercicio que generalmente es individual. Es un ejercicio que requiere de empatía, trabajo en equipo, aceptación de la diversidad, colaboración, respeto de la diferencia... todos ellos, valores reivindicados por el feminismo, especialmente en sus vertientes latinoamericanas. A la vez, remite a la consigna zapatista de “un mundo donde quepan muchos mundos”. Nos pareció que era una forma de compartir haciendo todas. No presentamos algo para ser escuchado o visto, sino una actividad que involucrara activamente a las compañeras. Contemplamos que al pintar el mandala construiríamos un espacio para compartir, para reír, para conversar y hacernos más conscientes de una dimensión de conexión con una parte espiritual de nosotras, pero también política.

Los preparativos prácticos y materiales del viaje los fuimos resolviendo también, desde un ritmo que dicta nuestro caos de tiempos agitados. Cerca del final de febrero logramos decidir qué días iríamos y, a partir de ello, cómo y a qué hora irnos. La tarde previa, las cuatro mujeres que nos conformamos en la colectiva Shabi Ot (“Te cuido” en tsotsil), nos dividimos las compras de comida para el desayuno y algunas cosas para el tiempo que estaríamos en el Encuentro. Cada decisión fue



Foto / Andrea Calderón

respetuosa de los anhelos y las posibilidades de cada una. Aquí comenzó a tomar forma esa convocatoria lanzada por las zapatistas: organizarnos según nuestros modos y ritmos, en nuestras cotidianidades.

Cuando logramos entrar al lugar del Encuentro, nuestra emoción se tornó en sonrisas más frecuentes, en un paso más pausado. Nos deteníamos a mirar todo, estábamos como esponjas recibiendo lo que veíamos, oíamos, sentíamos. Nos impresionó la cantidad de mujeres que encontramos, lo diversas que somos; aun así, logramos encontrarnos con amigas y compañeras a quienes difícilmente vemos. Era una alegría constante. Entre todas recreamos un ambiente de tranquilidad, confianza, entusiasmo y alegría por encontrarnos ahí. Esta sensación no es nueva, es añorada... y en esos momentos era tan limpia como el cielo azul que baja por la cañada.

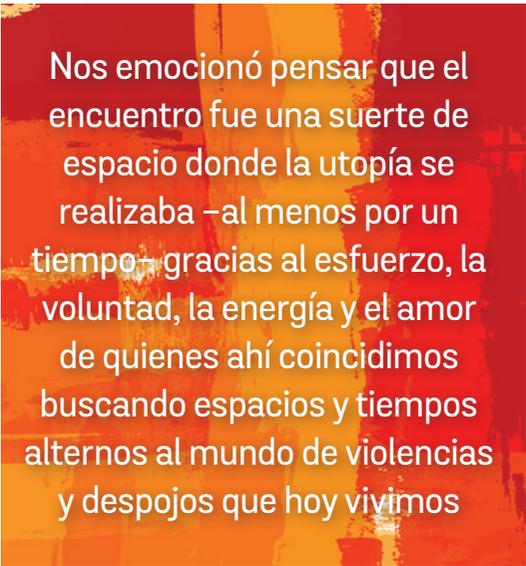
La mañana cuando nos tocó compartir la actividad que propusimos, nos preparamos con nerviosismo, sin duda. Desayunamos algo, comentamos cómo pasamos la noche y nos fuimos al lugar que se nos asignó para realizar el megamandala. Ya estaba listo. Apenas extendimos la manta con el trazo y sacamos las pinturas, llegaron mujeres con sus hijxs.

La sorpresa fue que llegaron muchas niñas, hijas de las compañeras asistentes, pues en el Encuentro no había muchas actividades para las más pequeñas. Esto nos resultó muy grato, fue un ejercicio de compartición intergeneracional. Abrió una dimensión inesperada del taller, pues muchas niñas empezaron a pintar sus cuerpos –manos, cara, brazos– de manera espontánea, conectándose con su cuerpo en una actividad libre y lúdica.

Luego de hora y media, llegó una compañera zapatista y nos pidió que fuéramos cerrando para que pudiera realizarse la siguiente actividad: un partido de voleibol. La organización coordinada de las decenas y decenas de actividades fue impecable, no sólo por la puntualidad, sino por la forma en que se dio la transición de uno a otro. Es impresionante la apropiación que las zapatistas han hecho del espacio público, que hizo posible que el Encuentro se haya realizado de la mejor manera, aun cuando habíamos rebasado numéricamente lo planeado.

Una vez terminado el mandala, lo dejamos como un presente para las compañeras zapatistas, como un recuerdo de la presencia de nuestro colectivo de mujeres y niñas trabajando por una causa común, cuyo resultado puede ser interpretado como imperfecto, pero en el que fue representada la diversidad, la alegría y las expresiones de colores más diversas.

La experiencia del Encuentro no se redujo al evento mismo, sino que se extendió a la preparación para ir en grupo –la organización, lo que cada una se dispuso a aportar, la complicidad para pensar y montar nuestro taller–, así como a lo que ocurrió después del Encuentro, en el grupo de mujeres que acudimos juntas: el fortalecimiento de nuestra amistad, com-



Nos emocionó pensar que el encuentro fue una suerte de espacio donde la utopía se realizaba –al menos por un tiempo– gracias al esfuerzo, la voluntad, la energía y el amor de quienes ahí coincidimos buscando espacios y tiempos alternos al mundo de violencias y despojos que hoy vivimos

plicidad y solidaridad; la posibilidad de nutrir nuestras energías con el entusiasmo y compromiso de las compañeras que, al igual que nosotras, acudieron; la confirmación de la esperanza al reconocer cómo las mujeres zapatistas han sumado al proyecto autonómico, pues planearon, diseñaron, convocaron y desarrollaron el evento con sus manos, sus cabezas y sus corazones.

El viaje de regreso lo hicimos con los corazones regocijados y llenos de una serenidad que también era efervescente. Platicamos sin parar de todo lo que vimos, pensamos, sentimos, imaginamos. Nos emocionó pensar que el encuentro fue una suerte de espacio donde la utopía se realizaba –al menos por un tiempo– gracias al esfuerzo, la voluntad, la energía y el amor de quienes ahí coincidimos buscando espacios y tiempos alternos al mundo de violencias y despojos que hoy vivimos. Nosotras no somos las mismas, nuestra relación ya no es la misma. Sin duda alguna, somos resultado de lo que lxs zapatistas insisten: juntarnos, reconocernos y, desde ese sabernos diferentes, construir.

Un bosque de mujeres que luchan

Andrea Calderón García¹

Irene Ragazzini²

El encuentro

A hí estábamos, como un bosque: más de 8 mil mujeres de todos los colores, tamaños y edades. Cada quien con su dolor de mujer, con su rabia y fuerza. *Nos hicimos monte*, gracias al llamado de las mujeres zapatistas y nos encontramos en el Caracol de Morelia, una de las cinco sedes del gobierno autónomo zapatista. En la entrada nos recibió un gran letrado que decía: “Bienvenidas mujeres del mundo”, seguido de otro: “Prohibido entrar hombres”.

El primer día, las compañeras zapatistas nos compartieron de su lucha, de cómo era antes, de cómo habían sido para las mujeres los años de la clandestinidad, de la guerra y de su papel en la construcción de autonomía, haciendo énfasis en el

¹ Tonalhuayotzin, Nuestra Raíz AC, Doctorado en Desarrollo Rural UAM-X.

² Colectivo Nodo Solidario y Doctorado en Desarrollo Rural UAM-X.

esfuerzo y los cambios que tuvieron que hacer para participar en el gobierno autónomo. También, en sus palabras destacaron la importancia de su papel de promotoras en las diferentes áreas de la organización, en particular en el área de la Salud Autónoma. Todo lo dicho, lo representaron a continuación en obras de teatro que dejaron claro, una vez más, el proceso interno de expresión y creatividad sacado a la luz con el CompArte.

Cuando al final del primer día quedamos a oscuras, en una negrura que sólo puede percibirse lejos de las ciudades, y al voltear para atrás nos encontramos con un mar de luces, se tiñó el aire de la



Foto / Andrea Calderón

emotividad colectiva que, por oleadas, nos había estado bañando desde la mañana. Más tarde, las compañeras zapatistas nos dirían:

“Hermanas y compañeras: este día 8 de marzo, al final de nuestra participación, encendimos una pequeña luz cada una de nosotras. [...] Esa pequeña luz es para ti. Llévala, hermana y compañera. Cuando te sientas sola. Cuando tengas miedo. Cuando sientas que es muy dura la lucha, o sea la vida, préndela de nuevo en tu corazón, en tu pensamiento, en tus tripas”.

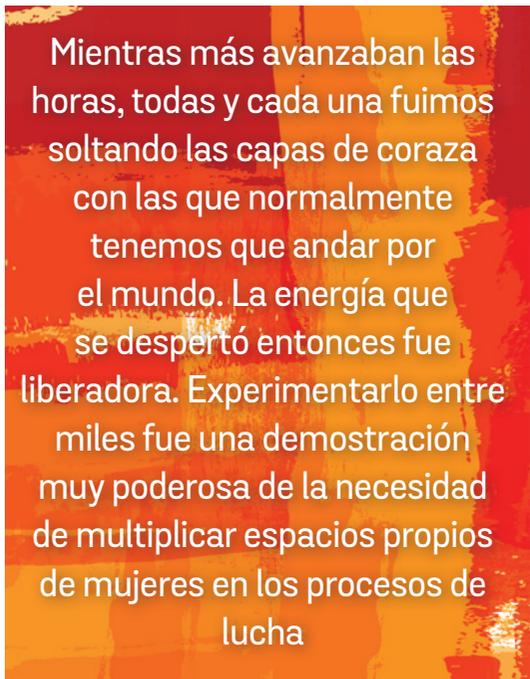
Esa luz se continuó encendiendo de múltiples e inesperadas formas a lo largo de los dos días siguientes, fue permeando los cuerpos de las mujeres presentes mediante los distintos sentidos. El programa de actividades, propuestas por quienes llegamos desde diferentes lugares, era abrumador. En cada esquina del Caracol empezaron a brotar las múltiples expresiones de nuestras luchas. En cada espacio había una comisión de zapatistas en escucha atenta, para luego compartir lo aprendido con sus comunidades. Nos estábamos encontrando.

Hubo pláticas referentes a nuestros cuerpos de mujeres, a nuestros retos como madres, a nuestra libertad sexual; relatos de experiencias de lucha en defensa del territorio, de trabajo comunitario y barrial, de distintos tipos de organización de mujeres y de feminismos; relatos y representaciones teatrales de experiencias de violencia, feminicidios, búsqueda de desaparecidos, violencia de Estado. Talleres de sanación, tejido, danzas. Muestras de fotos y pinturas. Rituales en búsqueda de

una espiritualidad no patriarcal. Saludos y palabras de hermandad desde luchas y pueblos de toda América y otros continentes. Torneos de futbol, voleibol y basquetbol. Nos estábamos escuchando, preguntando, mirando y abrazando. Juntas bailamos, lloramos, jugamos, cantamos, rezamos y gritamos. Nos respetamos. Nos sentimos. ¿Será que así hacemos política las mujeres? ¿Sin separar nuestros dolores de nuestros cuerpos, nuestros cuerpos de nuestra tierra, nuestras palabras de nuestros corazones, nuestra lucha de nuestro@s hij@?

El hecho de que todo esto se pudiera dar en un espacio en donde los hombres no estaban presentes, permitió que mientras más avanzaban las horas, todas y cada una fuimos soltando las capas de coraza con las que normalmente tenemos que andar por el mundo. La energía que se despertó entonces fue liberadora. Experimentarlo entre miles fue una demostración muy poderosa de la necesidad de multiplicar espacios propios de mujeres en los procesos de lucha.

Sin pretender hacer una lucha sin los hombres, sino reconociendo que en estos espacios es posible sacar a la luz una fuerza que normalmente no sale. Los compañeros que luchan, tanto los zapatistas como los de los otros



Mientras más avanzaban las horas, todas y cada una fuimos soltando las capas de coraza con las que normalmente tenemos que andar por el mundo. La energía que se despertó entonces fue liberadora. Experimentarlo entre miles fue una demostración muy poderosa de la necesidad de multiplicar espacios propios de mujeres en los procesos de lucha

rincones, en esta ocasión se quedaron en la casa, algunos cuidando de los niños, otros de los espacios, interpelados de alguna u otra forma por lo que estaba aconteciendo en Morelia.

Las zapatistas

El espacio donde se conjugaron todas estas experiencias, intenciones, historias y cuerpos es parte de una finca ganadera, recuperada luego del levantamiento del EZLN en 1994, un espacio que hoy “es para todas”. Los orígenes de la lucha zapatista y la vivencia femenina se pueden palpar a través de las palabras de la compañera insurgenta que habló en la inauguración del evento a nombre de las mujeres zapatistas:

“Lo mismo miré como está la situación en nuestros pueblos desde antes de la lucha, una situación muy difícil de explicar con palabras y más difícil de vivir, viendo cómo morían de enfermedades curables niños y niñas, jóvenes, adultos, ancianos y ancianas. [...] Y aunque no teníamos estudios, sí teníamos mucha rabia, mucho coraje de todas las chingaderas que nos hacen. Porque viví el desprecio, la humillación, las burlas, las violencias, los golpes, las muertes por ser mujer, por ser indígena, por ser pobre y ahora por ser zapatista.”

En los años que han pasado desde entonces, el zapatismo no se ha detenido en su caminar, siendo referente de organización y dignidad, en su continuo invitar y proponer. La autonomía indígena es un ejercicio permanente de resistencia y de cons-

trucción, en el día a día, de los derechos a la libre determinación de los pueblos. Visitarles es también sumarse al festejo por los logros que han ido alcanzando con su paso firme.

“Y vi que la rebeldía, que la resistencia, que la lucha es también una fiesta, aunque a veces no hay música ni baile y sólo hay la chinga de los trabajos, de la preparación, de la resistencia. Miré que donde antes sólo podía morir por ser indígena, por ser pobre, por ser mujer, construíamos en colectivo otro camino de vida: la libertad, nuestra libertad. Y miré que donde antes solo teníamos la casa y el campo, ahora tenemos escuelas, clínicas, trabajos colectivos donde como mujeres, manejamos aparatos y dirigimos la lucha, aunque con errores, pero ahí vamos avanzando, sin que nadie nos diga cómo debemos hacer sino nosotras mismas. Y miro ahora que sí hemos avanzado, aunque sea un poco, pero siempre sí algo. Y no crean que fue fácil. Costó mucho y sigue costando mucho”.

El despliegue de organización que pudimos ver y sentir en el encuentro es resultado de décadas de trabajo político, de reflexión y acción indígena, de un proceso dinámico sumamente creativo en cuyo caminar preguntando se ha cuestionado el cómo nos ha educado el Estado, sus formas de impartir justicia, de cuidar la salud, de relacionarse con la producción agrícola. El rechazo a las instituciones y proyectos gubernamentales ha permitido a las y los zapatistas la creación de un sistema propio para la sociedad civil, que se hace evidente en los momentos en que se nos permite tener una probadita, sorprendernos y llevarnos mucha tarea para nuestras prácticas organizativas propias. Parte de este proceso ha versado sobre

la transformación en las estructuras de poder patriarcal, posibilitando que las mujeres puedan hoy desarrollar, de manera autónoma, un encuentro de esta talla.

Las zapatistas dejaron claro en sus palabras, el ejemplo de cómo la organización y la resistencia permiten construir a pesar de todas las adversidades. En su hacer de cada día del encuentro, se hizo evidente su propuesta de respeto, de escucha, de aprendizaje, de no competencia, así como la apertura, la voluntad de retroalimentación, de escuchar lo que podíamos mirar como visitantes, lo que podíamos criticar a modo de generar nuevos aprendizajes. ¿Será este un modo más femenino de interlocución zapatista?

¿Qué sigue?

“Y eso que se necesita es que nunca más ninguna mujer, del mundo que sea, del color que sea, del tamaño que sea, de la edad que sea, de la lengua que sea, de la cultura que sea, tenga miedo. Porque acá sabemos bien que cuando se dice ‘¡Ya basta!’ es que apenas empieza el camino y que siempre falta lo que falta”.

Mirarnos todas ahí, sentirnos, compartir experiencias, decirnos hermana, compañera, con mujeres de los cinco continentes, vernos en el espejo de la diversidad, es un paso fundamental en la lucha de las mujeres.

Viene el momento de transmitir y pensar en los ecos del encuentro, cada quien en sus escenarios, de sentir lo que nos produce desde la distancia, de reelaborar y considerar por dónde seguir.

Es necesario también prestar atención a las críticas hechas al feminismo por las zapatistas, y reflexionar sobre las relaciones entre nosotras. En este hacernos hermanas, compañeras y celebrar nuestro ser mujeres que luchan, mirarnos desde los distintos lugares que ocupamos en el sistema. Pensar también en cómo podríamos, en los espacios de encuentro, hacernos cargo entre todas de generar las condiciones materiales para estar reunidas intercambiando, planeando, gozando.

La propuesta de una lucha desde este *bosque de mujeres* implica un gran reto: será necesario aprender no sólo de la fuerza de las zapatistas, sino también de su humildad y persistencia. Los acuerdos fueron seguir vivas e ir analizando, en nuestros espacios, “quiénes son los responsables de nuestros dolores que tenemos”. Reunirnos dentro de un año, fortalecidas y nutridas por otros encuentros de mujeres que vayamos organizando, cada quien en sus latitudes. Se trata de poner en juego toda nuestra creatividad para ir criando y creciendo este impulso y así nutrir nuestras luchas, *sin rendirse, sin venderse, sin claudicar*.

Destellos que atraviesan sierras: De la Mixteca al Caracol de Morelia

Andrea Calderón García¹

Cuando nos enteramos que las zapatistas estaban haciendo la invitación para el Encuentro de Mujeres que Luchan, poco a poco empezó a agitarse el mar de montañas en la Mixteca, con la ilusión del atrevido viaje en colectivo a Chiapas con la Red de Mujeres Sembrando Dignidad.² Compartimos la convocatoria con los grupos de mujeres de las comunidades oaxaqueñas de Lázaro Cárdenas (Ocotepéc), San Pedro Tidaá (Nochixtlán) y Santa María Cuquila (Tlaxiaco) y, entre el miedo y la ilusión, empezaron los preparativos.³

¹ Tonelhuayotzin, Nuestra Raíz AC, Doctorado en Desarrollo Rural UAM-X.

² La Red de Mujeres Sembrando Dignidad reúne a compañeras de cuatro comunidades de la Mixteca Alta oaxaqueña que se han organizado en grupos productivos que funcionan como espacios de aprendizaje y de autocuidado. Nuestra Raíz, ha promovido y acompañado estas iniciativas así como otros esfuerzos por crear y fortalecer procesos comunitarios por el bien común y el empoderamiento social en la zona.

³ En este texto se reúnen testimonios de 13 mujeres mixtecas que participaron en el Encuentro, los cuales fueron grabados en distintos momentos a lo largo del viaje. Compartimos estas experiencias como parte del torbellino que, iniciando en territorio zapatista, ha llegado a cada uno de nuestros rincones.

“Yo estoy muy contenta para ir a ver Chiapas porque no sabemos cómo está”, decía Guadalupe en Lázaro Cárdenas. “Es para la primera vez que voy, pero estoy muy contenta”, agregaba Sara, quien viajó en compañía de su hijo José, de cuatro años, y su suegra Isabel, de 72.

Formamos un grupo de 15 mujeres que nos fuimos congregando a lo largo del camino. Luego de todo un día de recorrido atravesando la sierra y una noche para llegar de Oaxaca a Tuxtla Gutiérrez, estábamos en Chiapas. Ya muy próximas a llegar, narraba Carmen: “Le damos gracias a dios de que ya vamos avanzando en el lugar que vamos a llegar, nosotras venimos de San Pedro Tidaá, Distrito de Nochixtlán. Yo de mi parte me siento muy contenta, muy a gusto de conocer otros lugares [...] me gusta salir y venimos aquí con las compañeras, muy contentas, muy a gusto.”

María Teresa, vecina del mismo pueblo, quien viajaba con su hija que estudia en Oaxaca, agregaba: “Vamos llegando a este lugar, San Cristóbal de las Casas, es muy bonito, muy hermoso, aquí recorriendo con las compañeras me siento muy feliz y muy contenta. [El encuentro] es para mí una toda una sorpresa, [...] para allá vamos y ahora sí, es tal vez un encuentro, para mí, de mujeres campesinas, y por lo que decían es nacional e internacional, y pues me gustan estos encuentros, para mí es una sorpresa, la verdad”.

Teresa, su tocaya y comadre, expresaba con mucha emoción: “La verdad estoy muy contenta de venir, [...] me imagino muchas cosas. Me imagino que vamos a tener un encuentro con las mujeres, vamos a hablar de nuestras experiencias, a lo mejor va a haber unos cantos, no sé, pero yo la verdad vengo muy contenta”.

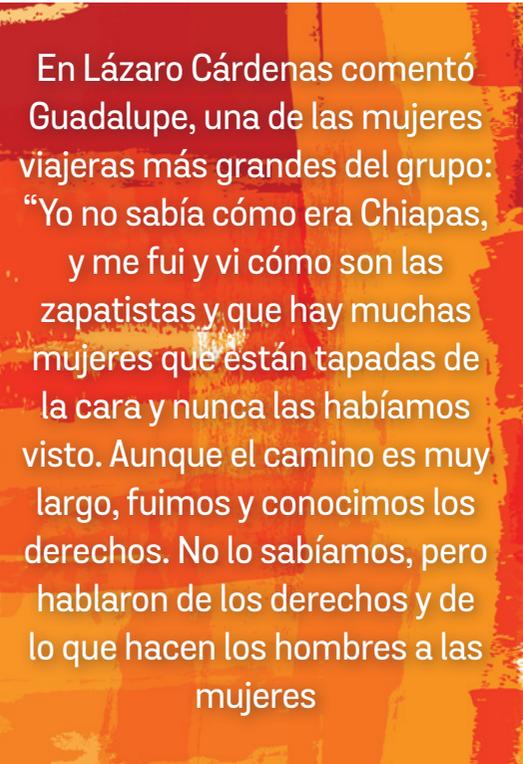


Foto / Andrea Calderón

Lucía completó las expectativas de las mujeres tidadeñas: “Me llena de emoción por venir a conocer este lugar tan hermoso, yo me imagino cosas buenas de este encuentro porque se trata de conocer experiencias y nos vamos a llevar cosas buenas de aquí.”

Por su parte, Guadalupe, una de las representantes de la juventud dentro del grupo, atestiguaba: “Venimos desde Santa María Cuquila, Tlaxiaco, y estoy muy contenta de ir a conocer a otros lugares, de hacer un intercambio de ideas, de culturas, de experiencias con las demás personas. Estoy muy emocionada y muchas gracias por la invitación, la vamos a aprovechar, la vamos a disfrutar, la vamos a pasar bien. [...] Me imagino que son unas personas o mujeres organizadas, que son amables, activas, trabajadoras, que son muy animadoras, yo siento que nos va a ayudar y nos va aportar algo para nosotras, algo bueno”.

Llegamos a Morelia ya oscureciendo, entre las sombras que se integraban en una larga fila, podíamos entrever cuerpos de todas variedades.



En Lázaro Cárdenas comentó Guadalupe, una de las mujeres viajeras más grandes del grupo: “Yo no sabía cómo era Chiapas, y me fui y vi cómo son las zapatistas y que hay muchas mujeres que están tapadas de la cara y nunca las habíamos visto. Aunque el camino es muy largo, fuimos y conocimos los derechos. No lo sabíamos, pero hablaron de los derechos y de lo que hacen los hombres a las mujeres

“Me siento sorprendida, la verdad, de ver tantas mujeres y espero aprender muchas cosas, pero está muy bonito, Chiapas me encantó. [...] Me imaginaba que íbamos a ser unas doscientas, trescientas gentes, pero esto sí es exagerado, muchísima gente y luego que del mundo, pues sí, muchos extranjeros [...] Está hermosísimo el lugar, el clima y todo”, comentó Ernestina, de San Pedro Tidaá.

Nos acomodamos en dos galerones, que cada día fueron haciéndose más cómodos. Tras despertar con las risas de las cocineras, que temprano entraron en funciones y recibiendo el amanecer con las mañanitas, el sol fue dando forma a las dulces sospechas nocturnas.

“Para mí es muy agradable conocer a donde yo nunca había conocido y estar aquí con mucha gente de todo el país. [...] Es lo que yo deseo, que no nos olvidemos de los que estamos viendo [...] Y para mi familia, yo les voy a comentar todo lo que estamos viendo, todo lo que estamos conociendo y pues, a lo mejor llegue a pasar hasta más lejos, que mi hijo lo vaya a ver hasta dónde estoy recorriendo”, contaba Carmen, a quien luego de un taller de automasaje, en el que participó el segundo día, se le curó un dolor con el que llevaba meses.

Después de escuchar las palabras de las zapatistas en el discurso inaugural, empezaron a sincronizarse las ideas. Una compañera de Tidaá, también de nombre Carmen, reflexionaba: “Está muy emocionante, la verdad yo me siento muy contenta porque yo me vine muy lejos de mi pueblo, de mi familia, a mí siempre me gusta arriesgar la vida, salir, conocer

gentes diferentes, lugares diferentes y la verdad me siento muy contenta. [...] Sí es cierto, es nuestra inconformidad con el dichoso gobierno que siempre nos anda estafando y ahora sí que ellos hacen mucha promesa y a la vuelta, cuando están en el poder, ya no se acuerdan de la gente pobre, de la gente necesitada, de la gente campesina. Yo en mi caso mío, mis hijos arriesgaron la vida, emigraron para poder tener su casita, y ahora sí que los impuestos a dónde se están quedando, pues. Y nosotras somos personas a las que siempre nos discriminan, en mi caso mío, en el distrito de Nochixtlán que yo vendo mis tortillas, me corren por un lado, me corren por el otro, no me dan el lugar en donde yo me siento a vender mis tortillas. Nos dicen que somos pueblerinas y bueno, nos discriminan tan feo, y para mí sí es una tristeza, porque la verdad el gobierno se pone rico con todos nuestros impuestos, a la mejor tienen cuanto carro del año, su buena casa, a lo mejor hasta avioneta, a lo mejor todo tienen y nosotros dónde estamos quedando, y la verdad sí me da mucha tristeza la verdad. [...] Mi inconformidad es con el gobierno, porque siempre nos anda estafando dinero, nos estafa y nunca nos ayuda, nos hace mucha promesa, nos engañan con una bolsa, con una gorra, con una botella de agua, y cuando están en el poder ya no se acuerdan de nosotros. Por mi parte, yo sí me siento muy contenta de conocer este lugar, porque estando en un solo lugar sí nos sentimos cerradas y nunca nos despertamos a defender nuestros derechos, pero pues gracias, de poco en poco vamos conociendo. Me siento muy contenta, muy a gusto, de conocer personas realmente desconocidas.”

Sobre las palabras que compartieron las zapatistas, reflexionaba Esther en torno a otro de los temas: “Me ha agradado este lugar porque es muy bonito, hay mucha vegetación, y el discurso que dieron en la mañana me gustó porque hablan sobre las mujeres, que debemos de ser valientes y poder hacer, aunque el hombre no nos apoye podemos salir adelante y

no por las cosas que nos dicen, nos amenazan, no podemos defendernos, porque tenemos derecho, a pesar de indígenas que somos, ese tema me gustó, de las mujeres. [...] Me gustó por lo que dicen ellas, que podemos organizarnos como mujeres y a pesar de tantas cosas que pasan como violencias, nosotras debemos de no tener miedo, sea cual sea, pero uno ser valiente y seguir adelante lo que uno quiere”.

Pasamos el día en zambullidas en historias de abuso y resistencia, de horrores y luchas, de esperanzadoras dificultades, contadas, bailadas, actuadas. Miramos a las zapatistas en el templete, pero también en la tierra... en la cancha, en los baños, en las cocinas, en los puestos de comida. Las miramos desde detrás de los textiles, palas de madera, tenates, semillas, pomadas que cuidaban las compañeras para vender, y también desde los diversos tránsitos que fueron convirtiendo en un espacio casi propio el territorio libre de hombres en que viviríamos los siguientes días.

“Yo no me esperaba ver a estas mujeres zapatistas que están bien organizadas, porque mediante la radio y la televisión siempre se habla de ellas otra cosa: que son malas, que son... Pero al ver este encuentro yo veo que no, que son una organización que están exigiendo su derecho y libertad para ser libres. Más que nada es tener esa equidad de género, pero exigir los derechos que nos pertenecen como ser humano, desde la casa hasta el gobierno. Y sí me gusta esta organización cómo está puesta, y no es como lo cuentan los medios de comunicación”, decía Lucía. Más tarde agregaba: “Es algo que a mí me ha sorprendido también, la manera en que estas mujeres que están aquí bien organizadas, de cómo nos dan a conocer que no hay que discriminarnos, en primer lugar entre compañeras, y todo lo que se produce en nuestra región, pues no hay

que perder nuestras costumbres o nuestras raíces, ya sea lo que se aprende en cada comunidad en artesanías, que nos valoremos unos con otros en seguir usándolos”.

Antonia, quien para hacer sus huipiles y rebozos inicia el proceso desde cardar la lana e hilarla, miraba con lente de experta artesana: “Me siento contenta y sobre todo que estoy viendo esos que está diferente su ropa”.

Al final del día, Sara resumía: “Me ha gustado, hay muchas zapatistas, están bien bonitas, y pues están hablando de las mujeres que cómo nos podemos respetar, cómo nos podemos entendernos”.

En medio de la noche, las zapatistas pusieron imagen y palabra al sentimiento que se iba gestando en los corazones. Silenciosamente, aparecieron cientos de luminiscencias. Una “pequeña”, resplandeciente, luz para cada una de las asistentes, para llevarla y juntarla con otras luces. Dormimos, con los cuerpos agitados por las presentaciones del día y el baile, iluminadas por esas esperanzadoras, rebeldes flamas.

Al día siguiente, nos dejamos seducir por la avalancha de talleres, en un inicio todas juntas, con pena y nervios de lo que pudiera pasar, pero poco a poco haciendo nuestro el espacio y fluyendo en los ríos, cascadas y lagunas de experiencias.

“Aquí estuvimos y a escuchar unas pláticas, y sí estuvo bueno la plática, me gustó y de ahí platican varias cositas que son buenos. Sobre las mujeres”, decía Antonia, luego de las primeras horas de la mañana. Sara agregaba: “De que las mujeres no tenemos el obligación de la violencia, que no debemos de dejarnos para que nos obliguen a hacer algo”. Guadalupe,

luego de aprovechar para quejarse un poco del frío que habían pasado, complementaba: “Nos explicaron que ya no hay que dejar que los hombres nos traten mal, que no está bien, nos dijeron. Aunque se nos hace un poco difícil comprender, dicen que hay hombres machistas y que no necesitamos que existan, y que ahora ya hay derechos para nosotras. Antes no podíamos hablar, pero ahora ya podemos.”⁴

Al tercer día, la entrega a la vivencia era plena. Compartía Teresa luego de un taller de biodanza: “A mí me gustó bastante, bastante, porque yo la verdad, por muchas cosas, soy un poco difícil de reír y en el momento que estuvimos bailando, la verdad me solté de risas, estoy muy contenta. Cuando nos dimos el abrazo, me acordé cuando era bebecita, me acordé de mi hija, cuando yo la abrazaba y la tenía en mis brazos, yo la amamantaba. Me sentí primero muy contenta y después triste, pero de todo hay aquí entre las mujeres, hermosas, muy amables, la verdad estoy muy contenta. Yo no me lo imaginaba. Yo por la economía nunca salgo, pero estoy muy contenta, hay muchos árboles verdes, y gracias a dios por darnos la oportunidad de estar disfrutando de este maravilloso encuentro de mujeres.”

Carmen reflexionaba: “Todos los talleres sí me gusta, más que nada la que pasó apenas. La de ayer... algunas cosas no le entendí. Pero me siento muy contenta de conocer gentes diferentes, de estar en este lugar, pero a la vez estoy triste porque yo arriesgué mi vida para venir en este lugar”.

⁴ Las traducciones de los testimonios en mixteco fueron realizadas por Lizbeth López Cruz, a quien agradezco por su comprometida labor.

“Es muy emocionante, muy bonito este lugar, y por pasármela bien para mí, yo. Me impactó, es una alegría que no sé ni cómo describirlo, la verdad no lo había vivido”, decía Lucía con emoción, luego de mostrar a las compañeras una toalla femenina que recién había elaborado y tras escuchar el relato de quienes habían asistido al taller de autoexploración ginecológica y de las distintas obras de teatro que habían presenciado otras compañeras.

Después de las palabras de cierre y temporal despedida, y de una noche de mucho baile, María Teresa repasaba la experiencia: “Este encuentro me pareció muy bonito porque las compañeras zapatis-tas están muy organizadas, se ve que todos coordinan muy bien en cuanto a la polémica que ellos han tenido desde los tiempos pasados. Pero ahora que hicieron este primer encuentro, de lo que ellos son, sus vivencias reales que tuvieron y tienen en la actualidad, pero pues ellos ya se han estado organizando y mis respetos a ellas, yo las admiro porque tienen una organización. Para mí es un evento muy importante porque estando aquí, uno ve muchas cosas buenas que



ellas organizaron y para mí todo fue bonito. [...] Es de gran beneficio para nosotras y a lo mejor llegando al pueblo ya lo practicaremos, y lo poco o mucho que he aprendido les voy a enseñar a mis compañeras.”

“Yo siento que las palabras que dirigieron a todas las personas fueron muy sinceras, las sentí con mucho sentimiento, siento que hubo un agradecimiento por parte de ellas, tanto de los que visitamos, como de lo que ellas nos ofrecieron, nos ofrecieron mucha atención y me agradó mucho que la gente se fue contenta y que tienen ganas de volver y de seguir compartiendo experiencias. Fue un momento de mucha emoción y a la vez de mucha nostalgia, porque algunas no queríamos que se terminara, queríamos que siguiera. Pero pues nos vamos contentas, felices y con ganas de regresar”, decía Guadalupe, quien de ahí se dirigiría a Puebla, a su semana de concentración en el CESDER.

Unos días después de regresar cada quien a su pueblo, se compartió con las demás compañeras que forman parte de los grupos, pero que por diversos motivos y responsabilidades familiares no pudieron asistir al encuentro.

En Lázaro Cárdenas comentó Guadalupe, una de las mujeres viajeras más grandes del grupo: “Yo no sabía cómo era Chiapas, y me fui y vi cómo son las zapatistas y que hay muchas mujeres que están tapadas de la cara y nunca las habíamos visto. Aunque el camino es muy largo, fuimos y conocimos los derechos. No lo sabíamos, pero hablaron de los derechos y de lo que hacen los hombres a las mujeres. También de que en donde van las mujeres a aliviarse, los doctores no son buenos y las tratan mal, y ahora ya no hay que dejarnos, ya hay muchas cosas y por eso ahora se rebelan y por eso fuimos

y conocimos que no hay que dejar que nos traten así, que antes sí se podía, pero ahora ya no son esos tiempos para que las cosas estén así. Y fuimos a muchos lugares, no a uno sólo, y hacían grupos en las casas donde fuimos y cada rato nos cambiábamos de grupo, apenas nos conocíamos y tratábamos de entender el tema y nos íbamos a otro lado.”

Sara agregaba: “Allá en Chiapas nos dieron tema por tema para escoger cuál nos gustaba más, y fuimos con la tía Antonia al taller de machismo y violencia. Nos dijeron que no nos dejemos nosotras las mujeres que nos maltraten nuestros hombres, que nos violen, que no les permitamos que nos hagan así porque ya hay nuestros derechos que nos ayudan para que no suframos, y por eso lograron hacer las mujeres zapatistas que haya justicia. Porque hay lugares donde hacen muy feo. Nos enseñaron unas fotos donde vimos que hay mujeres que se están aliviando y las tratan muy mal los doctores. [...] También hablaron de que las personas grandes y las que tienen a sus nietas o hijas deben creerles cuando les cuentan qué es lo que les pasa cuando van a la escuela, porque luego no les creemos y empiezan a generar la depresión y se enferman más adelante. [...] Hay que creerles a los niños.”

En Tidaá, algunas de las reflexiones y espejeos tras el chapuzón en el bosque de mujeres que luchan fueron las siguientes:

Teresa: “Fue muy divertido, estuvo muy bonito, fue un día inolvidable para mí, porque es un grupo de mujeres donde comparten, trabajan en equipo, es un grupo de mujeres donde son muy organizadas y a mí me gustaría también trabajar en equipo para así poder, cualquier trabajo que uno tiene nos podemos apoyar porque ahí las mujeres zapatistas dicen que la

verdad valemos igual hombre o mujer, tenemos el mismo valor y hay que saber que, pues la verdad, tenemos los mismos valores y apoyarnos en cualquier cosa, ser organizadas, ser puntual en cualquier trabajo que uno realiza. Y también lo que me gustó mucho fue el masaje de las pelotitas porque cuando uno tiene un dolor de espalda pues darnos un masaje en la espalda, en el lugar donde uno nos duele con esa pelotita. Y también darnos un abrazo, cómo se puede decir, abrazarnos, darle un abrazo a nuestra compañera, darle su masajito y que ella se sienta relajada. [...] Me gustó mucho compartir con varias compañeras, de varias comunidades, de varios países. Me gustó muchísimo de ir en ese lugar, no me arrepiento de haber ido. Y eso es lo que yo comparto con cada uno de ustedes, que no nos siéntamos solas, que la verdad estamos con varias compañeras, que la verdad si uno quisiera pues sí podemos compartir con cada uno de nosotros ya que la verdad tenemos el mismo valor, hombre y mujer valemos igual y así es que debemos trabajar en grupo, estar bien organizadas y sí se puede, si uno quiere todo se puede. [...] Las mujeres zapatistas nos dan valor a hacer el trabajo y decir sí puedo, hacer el trabajo, cualquier trabajo que uno quiere hacer, sí se puede, porque esas personas, mujeres zapatistas nos dan el valor, nos dan el ánimo de que sí se puede trabajar siempre si uno quiere trabajar. Todo se puede. Y pues me ayudó bastante porque me ayuda a reflexionar, cualquier cosa, todo se puede. Con la familia, las compañeras, todas las personas debemos trabajar y decir “sí se puede”, y no ser negativa, no decir “no puedo”, porque así pues no podemos salir adelante.”

Lucía: “Allá me sorprendió mucho, mucho, en primer lugar, la organización de cómo están ellas muy bien organizadas y, sobre todo, los días que estuvimos allá había muchas cosas que aprender... en medicina, en masajes, en toda la convi-

vencia como mujer. Sí me gustaría que otras personas también conocieran todo esto que fuimos, porque la verdad sí es importante saber e ir organizándonos como mujer, más que nada para ir conociendo conocimientos de otros lugares y así traerlos y ponerlos en práctica. Hay mucho en ese encuentro que fuimos porque fueron varios días, pero fueron muchas cosas que hubo al mismo tiempo, el cual fueron pocas cosas que capté pero sí fueron cosas que sí nos dan beneficio. Por ejemplo, eso de cómo cuidarse como mujer, cómo valorarse y lo más impresionante es que vino mujeres de todo el mundo, se podría decir, y sí me impresionó bastante, no tengo palabras para describir lo sorprendente que yo me sentí en ese momento. [...] Al estar ahí en el campamento y conocer a las mujeres zapatistas me cambió mucho la forma en que se están organizando, ya están organizadas, porque la verdad esa organización debemos de tener en cada comunidad, la verdad aquí no lo tenemos. Y me gustó mucho de todo un poco del cual ellas hablaron de cómo sufrieron mucho para llegar hasta ahorita donde están y sí una organización que debe de ser como mujeres, ser más organizadas y hacerlo con ese amor y respeto como mujeres, más que nada, porque eso es lo que nos lleva para tener esa organización como comunidad. Y sí, con las de Lázaro Cárdenas, muy bien las mujeres que fueron ahí, yo por lo que veo sí están organizadas porque se ve su trabajo que han presentado también y se ve que están unidas, lo cual en Tidaá nos hace falta. Pero sí me gustó cómo las zapatistas están bien organizadas, y pues eso es lo que debemos de traernos un poco de eso y ponerlo en práctica aquí. Es lo que me cambió o me hace ver que si yo en algo estoy mal pues ahí confié en que son cosas buenas y que hay que ponerlo en práctica, ya sea en el hogar, en el pueblo.”

Carmen: “Para mí fue muy agradable conocer muchas personas de diferentes partes, que yo nunca había conocido a esas personas. Ahí estuve muy a gusto con todas las personas, compartí capacitaciones de medicinas, masajes, ejercicios, violencia, cuando la mujer el maltrato que le dan los doctores, enfermeras, cuando nos tratan mal con nuestro paciente. [...] Entonces nosotros como mujeres valoricemos nuestra persona para que no nos engañen y no nos digan que no tenemos, que no valemos, porque todas nosotras mujeres valemos lo mismo que los hombres. Yo fui y a mi regreso yo me vine bien tranquila, bien feliz, también fuimos a conocer otras partes y me gustó mucho conocer la pirámide, la cascada. Fue un poco cansado el viaje pero llegando a nuestros hogares nos relajamos mucho. Y ahora sí que nos olvidamos de todo lo que teníamos en nuestras casas, nuestras labores de campo y todo, pero ahí nos olvidamos todo porque estuvimos con muchas personas.”

Sin duda este capítulo, tan especial en la vida de cada una de nosotras, ha cambiado nuevamente ese horizonte, siempre móvil, en el camino de la utopía. El ejemplo de las zapatistas deja una huella para seguir saboreando día con día. Ser testigos de las vivencias de estas mujeres mixtecas desde la confianza en la conformación de redes, de vínculos, de reflexiones compartidas, como estrategia para hacer frente a la voracidad del sistema patriarcal-capitalista, refresca la esperanza en que la construcción colectiva de sueños resplandece en los tejidos que resisten atravesando las diversas serranías de nuestro mundo.

El feminismo no es una utopía

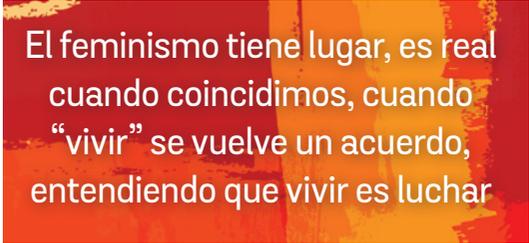
Angélica Gómez y Dirce Navarrete¹.

Estar por primera vez en territorio zapatista fue –al principio– emocionante; después, sorprendente. Al inicio, nuestra expectativa fue que el evento se desbordaría por la cantidad de mujeres que se sabía que iban a llegar; sin embargo, ya en el evento, nos asombramos al observar lo bien organizadas y preparadas que estuvieron las compañeras zapatistas. En el mismo espacio nos encontramos cerca de 7 mil mujeres diversas de más de 48 países, feministas y no feministas, indígenas, urbanas, de todas las edades, culturas y apuestas políticas. Asimismo, sucedieron múltiples y numerosas actividades, durante las cuales la planeación, seguridad, cuestiones técnicas y logísticas fueron cuidadas por las compañeras zapatistas y tuvieron listo –todo el tiempo– cada detalle y espacio.

¹ Oficiales del área de Programas en Fondo Semillas. Dirce es politóloga egresada de la UNAM. Activista especializada en juventudes, derechos sexuales y participación política de las mujeres. Involucrada desde los 18 años en el movimiento feminista, donde ha aprendido que las redes de mujeres salvan vidas. Actualmente es acompañante de organizaciones dentro del Programa *Cuerpo*. Angélica es latinoamericanista, egresada del CELA – UNAM. Se ha mantenido cercana al trabajo por los derechos humanos de mujeres afrodescendientes e indígenas, así como de personas migrantes. Actualmente es acompañante de organizaciones dentro del Programa *Tierra*. Fondo Semillas es una organización feminista que apuesta por la consolidación, sostenibilidad e impacto del movimiento de mujeres en México. Otorga financiamientos flexibles y acompañamiento a diversos grupos, colectivas, organizaciones y redes de mujeres.



De nuestra parte, como asistentes, nos abrimos también de forma natural a la paciencia y cordialidad que ahí nos estaban invitando a practicar. Desde el primer día, esperamos alrededor de cuatro horas para entrar a la sede del evento, así como los demás días, las colas eran largas y lentas para entrar al baño, para comprar comida, para bañarse... pero la espera se hacía con tolerancia e interés por la mujer que estaba a nuestro lado; además, nos permitía observar el hermoso paisaje y las prácticas entre mujeres de todas partes del mundo. La tolerancia nos regaló la capacidad de observar los ires y venires de la marea que ahí estábamos.



El feminismo tiene lugar, es real cuando coincidimos, cuando “vivir” se vuelve un acuerdo, entendiendo que vivir es luchar

Durante el encuentro tuvieron lugar más de 300 actividades de danza, teatro, deportes, música, poesía, talleres, pláticas, conversatorios, exposiciones y demás intercambios. Se abordaron diversos temas del movimiento amplio de mujeres y feminista: tierra y territorio, apropiación del cuerpo, trabajo sexual, aborto, derechos sexuales, diversidad sexual, guerra, feminicidios, entre otros. El objetivo fue encontrarnos para conocernos y reconocernos como mujeres que luchan y ha sido muy grato ver que ese objetivo de “encontrarnos” –y no sólo reunirnos– fue real y contundente.

La palabra utopía deriva del griego οὐ, que significa literalmente “no-lugar” o “no hay tal lugar”. Si entendemos el feminismo como una apuesta política que pretende transformar radicalmente el lugar de las mujeres en el mundo, luego de haber sido parte de este espacio de encuentro, podemos decir que el feminismo no es una utopía. El feminismo tiene un lugar, y

ese lugar existe en todos los mundos donde hay mujeres resistiendo y luchando contra un sistema económico y político de guerra, que tan solo en México asesina a 7 mujeres al día.

Desde el inicio del encuentro, las compañeras zapatistas nos convocaron a la escucha, empatía y comprensión de la otra, nos demostraron que sí es posible escucharnos y respetarnos sin hacer menos las demás propuestas, aunque no entendamos ni compartamos las mismas posturas. Fueron ejemplo de escucha y apertura, invitándonos a la par a “seguir luchando cada una desde su lugar, según su tiempo y su forma”, porque ya sabemos que todas vamos contra un mismo enemigo.

El feminismo tiene lugar, es real cuando coincidimos, cuando “vivir” se vuelve un acuerdo, entendiendo que vivir es luchar, luchar porque el dolor que todas las mujeres hemos vivido alguna vez, de diversas formas, no se vuelva a repetir en otra mujer de cualquier lugar, de cualquier grupo, de cualquier geografía.

Desde Fondo Semillas, compartimos la alegría de poder haber sido parte de este momento histórico para el movimiento feminista y para el movimiento zapatista, para las mujeres de México y de todo el mundo. Nos sentimos parte, nos sentimos comprometidas en aportar para que el feminismo no sea más una utopía, para que tenga un lugar, para hacerlo posible.

Conocemos, reconocemos y nos hermanamos con el trabajo y las luchas que miles de mujeres, centenas de organizaciones, hacen en todo el país para cambiar la vida y las estructuras de opresión de las mujeres en todo el mundo.

Gracias por los encuentros, gracias por las sonrisas, gracias por la fortaleza y enseñanza de las compañeras zapatistas, gracias por el acuerdo de vivir y el aprendizaje de solidaridad con todas y para todas, que fortalece nuestra lucha y nuestros movimientos, que nos impulsan y nos alientan el corazón.

Recogiendo recuerdos

Beatriz Olivera Villa¹

Llevo puesta la blusa color turquesa que compré hace semanas a mujeres zapatistas. La visto y su olor a humo y a leña quemada me hace recordar el fogón de la cocina de mi abuela. Recuerdo a mamá reclinada sobre el metate echando las tortillas: agarra una bola de masa, la tortea entre sus manos y la extiende en el comal, yo soplo fuerte a la lumbre y atizo la leña para que no se apague, mientras las gallinas, atentas, merodean en el patio esperando el mejor momento para picotear algo de masa. Poco a poco van saliendo las tortillas, esponjadas, calientitas, gorditas. Luego las untamos con manteca y salsa macha que ha preparado mi abuela en su molcajete de piedra, con harto chile amarillo del que pica. ¡Qué delicia!

Ahora, varias semanas después de aquellos días del Encuentro, sigo recogiendo mis recuerdos, los recientes y los más viejos, los de esos días y los de otros, pero al fin y al cabo cosas que vienen a la cabeza, como algunos de los sueños: breves, cortos e intensos.

¹ Investigadora en FUNDAR, Centro de Análisis e Investigación.

Hace calor y estoy rodeada de puras zapatistas, estamos en las últimas filas de una carpa verde destinada a la poesía y literatura y, durante unas horas, me he quedado sola, alejada de mi grupo, en un espacio que siento como si sólo fuera para mí. Reconozco que prefiero ocupar las filas de atrás cada que puedo, me gusta la confianza que dan esos lugares y la cierta distancia que permite estudiar bien el espacio donde te mueves, ¡y vaya que he tenido suerte! Porque justo a mi rincón ha llegado un nutrido grupo de zapatistas.

“Nosotras las invitamos porque queremos ver si desde allá, desde las ciudades se puede hacer la lucha, ¿tú crees que se pueda...?”

En la carpa, la facilitadora nos pide que escojamos a una compañera. Una mujer zapatista me hace señas, me ha escogido: –que si quiero ser su compañera–, dice. –¡Va, va, pero ¡cómo no!–. La moderadora pone un ejercicio y nos pide que nos rocemos las yemas de los dedos, una a la otra, al parecer la actividad será... no sé para qué será... pero la hago gustosa. Y ahora que los veo... mis dedos son huesudos y fríos y

los de mi compañera zapatista son tan calientes y fuertes. Sí, ella tiene manos fuertes como las de mi abuela, las mismas manos con las que atendía a sus trece hijos todos los días y las mismas con las que se defendía de mi abuelo golpeador... ¡Ay! Pero estoy recordando de más... y yo prefiero seguir sintiendo ese calorcito tan rico de las manos de mi compañera. La suerte sigue de mi lado porque ahora nos piden que juntemos nuestras palmas y después, los brazos, así que descaradamente me arrimo a ella. Este calor... tanto tiempo y tantos recuerdos asomándose.

“Nosotras las invitamos porque queremos ver si desde allá, desde las ciudades se puede hacer la lucha, ¿tú crees que se pueda...?”. Reacciono. La moderadora ha pedido que nos contemos un secreto y esto es lo que ella me da a cambio. Y aunque me agarró por sorpresa, respondo casi sin pensar ¡que sí!... ¡que sí! ¡claro que es posible! y me digo a mí misma que ya estamos luchando, que también desde las ciudades estamos luchando para que este jodido sistema cambie, para vivir mejor, para vivir bien, para todas, para todos, por los que fueron y para los que vendrán, porque así



es esto, porque es lo correcto, porque todas las luchas son la misma lucha y porque como dicen ellas –las zapatistas–: *la lucha es como un círculo*, podemos saber dónde comienza, pero no dónde ni cuándo termina.

Veo cómo los ojos de mi compañera me sonríen, o más bien lo adivino porque el pasamontañas me impide ver su sonrisa. Nos despedimos, nos abrazamos, ambas, sin ponernos de acuerdo. Esta mujer y su calor me han hecho recordar en unos minutos a ellas, a los miles de mujeres que asistieron a ese Encuentro y también, a las que ya no están, a las que el patriarado invisibilizó, a las que vivieron su propia lucha a contracorriente durante el siglo pasado y por las que estoy aquí: mis abuelas. Ellas también me hicieron vestidos y blusas color turquesa que, a pesar del tiempo, siguen oliendo a humo y a leña.

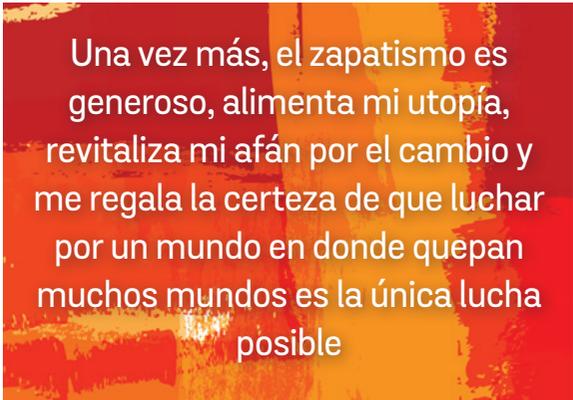
Un mundo donde quepan muchos mundos, el gran regalo de las mujeres zapatistas

Bertha Bocanegra Hernández¹

El 1 de enero de 1994 fue el inicio que marcó una perspectiva diferente en mi postura política. Sin duda el EZLN ha sido con frecuencia un referente en el que he depositado mis esperanzas. Por diversas circunstancias no había podido estar en tierras zapatistas y aunque en muchas ocasiones acompañé desde la distancia su posicionamiento, sus luchas, no había tenido la fortuna de experimentar la magia de estar en territorio liberado.

He conversado con otras mujeres que asistieron al *primer encuentro de mujeres que luchan* y es sorprendente cuánto de lo que dicen es tan cercano a mi vivencia. Es probable que entonces lo que exprese en este texto no sea diferente a lo que otras mujeres han narrado, tal vez esta sea una de las grandes virtudes del encuentro, provocar emociones, sensaciones,

¹Licenciada y maestra en pedagogía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha colaborado con organizaciones de la sociedad civil que atienden problemáticas de grupos vulnerabilizados, particularmente niños, niñas y adolescentes en situación de calle.



Una vez más, el zapatismo es generoso, alimenta mi utopía, revitaliza mi afán por el cambio y me regala la certeza de que luchar por un mundo en donde quepan muchos mundos es la única lucha posible

reflexiones, análisis semejantes entre tantas mujeres diferentes que hasta hace poco no sabíamos que existíamos.

El encuentro con tantas mujeres que se reconocen como luchadoras, la sensación de seguridad que hacía tanto tiempo que no experimentaba, la empatía, solidaridad, la sonrisa a flor de piel y el abrazo incondicional (cuando alguna de nosotras se rompió mientras se narraba la violencia en la que nos encontramos), la fortaleza de las mujeres jóvenes, la sabiduría de las mujeres mayores fueron como explosiones emotivas que no dejaron de sacudirme.

Valoro cada experiencia, incluso las negativas, que para mi fortuna fueron muy limitadas. Una de las experiencias que recupero como el gran aprendizaje es el haber vivenciado de forma tan intensa la diversidad. Cientos de mujeres distintas, con luchas múltiples, con orientaciones sexuales diversas, colocando de forma contundente sus utopías, sus banderas, sus realidades mientras la gran mayoría de las asistentes recibíamos sus palabras en un clima de respeto y tolerancia.

No significa que no hubo debate, probablemente hasta discusiones acaloradas, pero en mi limitada experiencia, en las mesas/conversatorios en los que estuve presente, lo que prevaleció fue el diálogo. Podría parecer algo sencillo de construir entre cincuenta, noventa o hasta cien personas. No, éramos miles de mujeres, de diferentes países, con diferentes idio-



Foto / Bertha Bocanegra

mas. Fue impresionante vivenciar de forma tan emotiva la diversidad, fue tan contundente e indiscutible la sororidad, fue la prueba irrefutable de que es posible, que no sólo son buenas intenciones o discursos gastados de la lucha feminista.

Y cómo no establecer un compromiso implícito para el diálogo y la sororidad si el jueves 8 de marzo las mujeres zapatistas, con sus discursos, sus obras de teatro, sus cantos, nos dieron una lección invaluable, por lo menos es una de las más contundentes que yo he recibido. Esas

mujeres que han tenido que sortear tantas adversidades y que siguen con una fuerza extraordinaria luchando por otro mundo posible; no podíamos hacerlo de manera distinta, ¿quién se atrevería a apagar esa luz que nos compartieron al final de esa extraordinaria jornada?

Una vez más, el zapatismo es generoso, alimenta mi utopía, revitaliza mi afán por el cambio y me regala la certeza de que luchar por un mundo en donde quepan muchos mundos es la única lucha posible. Esta certeza me llena de una fuerza que me acompañará en mis batallas.

Tu corazón dice que estás feliz

Brenda Rodríguez Herrera¹

Volver –después de 17 años– a territorio zapatista, estar ahí ahora convocada por las mujeres rebeldes me hizo preguntarme ¿por qué vine? Y como pajarita que regurgita, me paseé las primeras horas del Encuentro dándole vueltas a este pensamiento... Caminé por el Caracol viendo todo lo que podía. La posibilidad de actividades era tan vasta, que decidí que donde el corazón me jalara, ahí me quedaría.

Pasada la emoción de las primeras palabras de la insurgenta Erika:

Lo que importa es que somos mujeres y que somos mujeres que luchamos, o sea que no nos quedamos conformes con lo que pasa y cada quien, según en su modo, su tiempo, su lugar, ahí lucha o sea que se rebela. Se encabrona pues y hace algo.

¹Feminista ambientalista

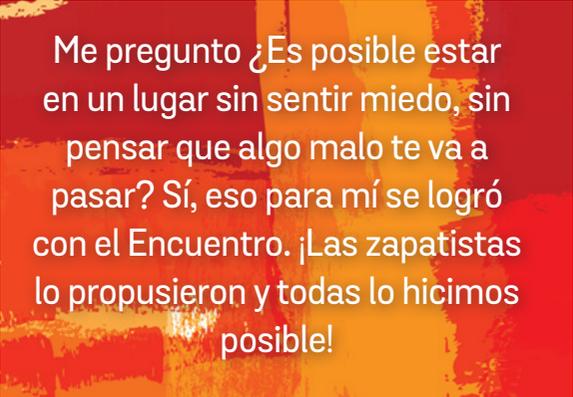
Tomé lápiz y cuaderno y empecé a preguntar, sin más, a conocidas y extrañas: ¿por qué viniste al Encuentro? Este ejercicio resultó chido, repleto de sonrisas, lágrimas, reflexiones, más preguntas, esperanzas, abrazos, miradas profundas, todo desde la mujerada, nosotras, todas:

Vine para conocer la realidad de la organización zapatista, saber lo que pasa acá. Venir rebasó mis expectativas.

Vine para encontrar las diferencias, para solidarizarme con otras luchas, para apoyar a caminar y para amar a las diferentes personas que estamos aquí.

Vine porque es de puras mujeres, vine emocionada de compartir y con curiosidad porque nunca había estado en un lugar así. Y para saber qué generaremos desde aquí.

Vine porque quiero escuchar a las zapatistas, saber cuál ha sido su proceso desde el 94. Desde el 2000 no había vuelto, las quiero escuchar. Estoy en una etapa en la que necesito esperanza, seguir soñando y teniendo utopías de que las mujeres pobres e indígenas harán la revolución. También vine para darme ánimos y para ver qué ha pasado con lo que hicimos las que vinimos en los ochentas y noventas.



Me pregunto ¿Es posible estar en un lugar sin sentir miedo, sin pensar que algo malo te va a pasar? Sí, eso para mí se logró con el Encuentro. ¡Las zapatistas lo propusieron y todas lo hicimos posible!

Me decidí porque quería reencontrarme con muchas luchas y recargar fuerzas, vine para aprender, para animarnos entre nosotras. Para ver a las compañeras que están luchando contra proyectos de muerte.

A las Zapatistas jóvenes les pregunté ¿por qué nos invitaron?

Ojalá que ustedes en sus pueblos se organicen, desde sus formas. Hay otros sufrimientos, asesinatos... Ya no queremos más muertes

Si ustedes se organizan, luchamos todas. Unidas seremos más fuertes.

No queremos que se vuelvan zapatistas. Nosotras luchamos por nosotras, queremos que ustedes luchen desde sus lugares.

Las palabras fueron apareciendo entre miles de mujeres, todas diversas, llenas de colores, llenas de la esperanza que recargamos entre todas, con dolores y ausencias, de abrazos compartidos:

Crecí políticamente con el zapatismo, quise venir para aprender de las mujeres zapatistas para mis propias luchas. Me emocionó estar con tantas mujeres que luchan.

Las zapatistas se dieron cuenta que nadie nos ve y por eso, ellas nos llamaron.

Estamos en un espacio donde podemos estar juntas. ¡Las mujeres zapatistas son un chingo!

El Encuentro me parece coherente y estratégico y creo que están construyendo una mirada alternativa a todos. Hay que escucharlas.

Vine para darle esperanza a mi vida y sentido en mi trabajo, para juntarme con otras. Vine para comprender

y ser cómplice.

Era la posibilidad de contactar con otra realidad. Me parece que las zapatistas han logrado cosas que las feministas no hemos logrado, quise venir para respirar esperanza.

¡Ah! quería conocer el movimiento zapatista, aprender, vivirlo. Me dieron muchas ganas de venir con puras mujeres, me relajé porque sé que no pasará nada malo estando juntas. Vine para conocer otros colectivos, para relacionarme y participar en actividades que nunca he hecho.



Foto / Brenda Rodríguez

Vengo del País Vasco y es difícil que allá se convoque a un Encuentro de este tipo, vine para crear redes y conocer otras realidades.

Vine para sentir sororidad de todas, el mundo ahora va a compartir luchas: las nuestras.

Vine para compartir conocimientos, para ser parte de una comunidad y para recordar que lo personal es político.

Vine para sentir esperanza, para poder expresarme con confianza, para demostrar que podemos ser sin sentir miedo.

Se me antojo venir y estar en una experiencia única, para tener tranquilidad entre mujeres. Estar sin miedo de nada, generar energía chida.

¡Tenía que estar aquí! Encontrar a otras y saber que el oasis es aquí, con todas.

¡Vine por la revolución feminista!

Las palabras de las zapatistas calaron hondo (cada día recuerdo algo, sus palabras, su enseñar desde el ejemplo cotidiano) y creo que pasará tiempo para seguir asimilando todito lo que allá vivimos.

Supongo que, como muchas, yo quería tocarlas, abrazarlas, escucharlas, sentirlas, hablar con ellas. En los espacios donde participé me quedaba cerquita de ellas, primero sin hablar, luego intercambiamos miradas, sonrisas tímidas, con algunas pude conversar. En el taller de bordado platicamos sobre puntadas fáciles de aprender, para mi sorpresa, ellas no saben hacerlo porque sus atuendos son esos muy bonitos que llevan listones de muchos colores, ¡ellas costuran, no bordan!

Por recomendación de Gloria me fui a asomar a la clínica, ahí Jazmín –la promotora– junto con el doctor me revisaron minuciosamente porque tenía dolor de estómago. Yo miraba a Jazmín y le decía: quiero que tú me revises por favor. Con sonrisa tímida, ella asintió.

Cuando terminé de escuchar mi ritmo cardiaco, le pregunté –Jazmín, ¿qué te dijo mi corazón?

Ella contestó, –que está muy feliz.

Me pregunto ¿Es posible estar en un lugar sin sentir miedo, sin pensar que algo malo te va a pasar? Sí, eso para mí se logró con el Encuentro. ¡Las zapatistas lo propusieron y todas lo hicimos posible!

Era evidente, el Encuentro se acercaba a su fin, todas íbamos y veníamos, alzábamos nuestro hogar de cuatro días. En ese trajín, una escena llamó mi atención: las compañeras zapatistas estaban recolectando galones y garrafones de agua vacíos. Me acerqué a preguntarles, contaron que no tienen acceso a agua entubada. Por ejemplo, las compañeras de La Realidad diariamente caminan un par de horas hasta el manantial para el acarreo del agua. Los galones de cuatro litros

serían usados por niñas y niños; los garrafones de 20 litros, para almacenar agua; las mujeres –como sabemos– en cada viaje llevan hasta 40 litros en dos cubetas, una de cada lado. ¡Carajo! Esta es solo una cara de las muchas realidades que es necesario transformar entre todas.

El último día los montes nos regalaron un amanecer espectacular. De camino al baño, me encontré con varias compañeras zapatistas con las que conversé sobre el regreso a sus comunidades, les esperaban muchas horas de camino. Platicamos un poco, igual que nosotras dijeron estar contentas de recibirnos y conocernos y que, claro, nos esperan el próximo año.

Como todo el Encuentro, la organización de su regreso estaba perfectamente planeada. Las camionetas llegaron desde las cuatro de la mañana y empezarán a irse a las siete: primero las del caracol de La realidad, llegarán en la noche, dormirán ahí y luego, la última parada, su casa.

Acordamos luchar juntas en contra del sistema capitalista patriarcal, que es quien nos está violentando y asesinando.

Puntales como ellas solas, las camionetas empezaron a avanzar a las siete de la mañana, a lo lejos se escuchó el sonido de un caracol... todas corrimos al lugar más próximo para verlas en su partida. Empezamos a aplaudir, a llorar, a gritar a todo pulmón: ¡vivan las zapatistas!, ¡gracias!, ¡buen regreso! Esto realmente me conmovió, ahora nos tocaba a nosotras despedirlas y claro, agradecer una vez más su invitación, como cuando días antes, ellas nos recibieron.

¡La utopía existe, son las mujeres zapatistas y nosotras juntas!

Ecós tapatíos de las mujeres que luchan

Carmen Díaz Alba¹

El 8 de marzo, en el Caracol de Morelia, amanecíamos con las mañanitas dedicadas a las mujeres luchadoras, marcando el inicio del Primer encuentro de mujeres que luchan. Diez años antes, en el Caracol de la Garrucha, las zapatistas habían convocado al encuentro de mujeres “Comandanta Ramona”; en estos diez años, las zapatistas nos han mostrado una gran lección de lo que significa ser mujer que lucha en colectivo.

Desde Guadalajara, quienes respondimos al llamado organizamos actividades previas para recaudar fondos, para que el dinero no fuera un impedimento para asistir. Salieron tres camiones con compañeras que viajaron por más de 24 horas para participar en el encuentro; otras viajaron en avión. Podías identificar rápidamente quiénes iban al encuentro por las mochilas con mensajes feministas, las casas de campaña y bolsas de dormir, pero sobre todo, por las sonrisas y la emoción que reflejaban.

¹Profesora en ITESO, Universidad Jesuita en Guadalajara e integrante de Femibici, colectivo feminista ciclista.



Foto / Carmen Díaz

Asistí al encuentro con un grupo de estudiantes de licenciatura de la universidad donde trabajo y una colega del colectivo del que formo parte desde hace ocho años, Femibici. Unas llevábamos muchos años sumándonos a las iniciativas zapatistas, otras recién empezaban a conocerlas, pero todas habíamos estado activas en la campaña de recolección de firmas para la candidatura independiente de Marichuy, la vocera del Concejo Indígena de Gobierno. En el camino, nos fuimos encontrando compañeras de muchas latitudes, con distintas causas.

La convocatoria de las compañeras zapatistas era clara: “si eres una mujer que lucha, que no está de acuerdo con lo que nos hacen como mujeres que somos, si no tienes miedo, si tienes miedo pero lo controlas, pues entonces te invitamos a encontrarnos, a hablarnos y a escucharnos como mujeres que somos.”² Y eso fue lo que sucedió, el Caracol de Morelia se convirtió en un centro de encuentro, de diálogo, entre miles de mujeres que luchamos cada día.

Al llegar, nos sorprendió una enorme fila para entrar al Caracol: más de 8 mil participantes, decían las compañeras. Rebasamos los espacios para dormir y agotamos la comida. A pesar de esto, las zapatistas no negaron la entrada a ninguna, nos hicieron sentir bienvenidas, nos albergaron, nos alimentaron, nos compartieron sus experiencias y escucharon las nuestras.

Fue también un espacio de encuentro con amigas de larga data de distintas regiones del país, un espacio para conocer diversas iniciativas de México y de otros países que impulsan la organización de las mujeres para la defensa de nuestros

² <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2017/12/29/convocatoria-al-primer-encuentro-internacional-politico-artistico-deportivo-y-cultural-de-mujeres-que-luchan/>

derechos. Para algunas, era la primera vez que estaban en un espacio de sólo mujeres. Ellas eran las protagonistas y encargadas del buen funcionamiento del evento: desde el sonido hasta la seguridad.

Cuando la Insurgenta Erika tomó la palabra, nos aclaró que era una palabra colectiva. Las zapatistas nos contaron que lo que saben, no lo aprendieron de manuales o libros, sino que lo aprendieron en la práctica: “aunque no teníamos estudios, sí teníamos mucha rabia, mucho coraje de todas las chingaderas que nos hacen”.³

Sus palabras fuertes nos invitaron a entender cómo los distintos sistemas de dominación se entrelazan entre sí, y que no es solo el patriarcado, sino también el capitalismo y el racismo lo que nos está afectando a todas. Marichuy y varias de las Concejales estaban también ahí, atentas, a la escucha. Erika denunció una supuesta hermandad en automático entre mujeres:

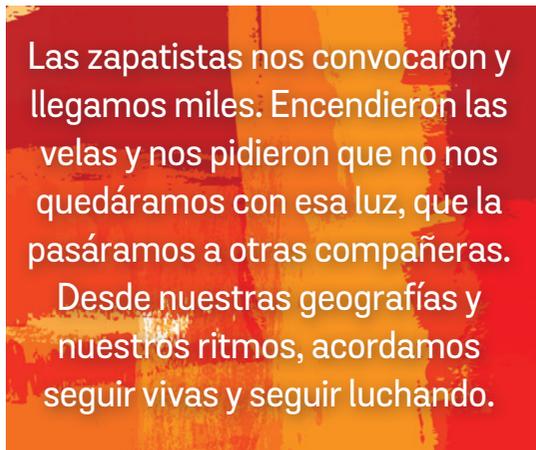
sépanlo bien que no siempre era hombre quien me explotaba, me robaba, me humillaba, me golpeaba, me despreciaba, me mataba. También muchas veces era mujer quien así me hacía. Y todavía así hacen (...) También hay mujeres de las ciudades que nos desprecian que porque no sabemos de la lucha de mujeres, porque no hemos

³ <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/08/palabras-a-nombre-de-las-mujeres-zapatistas-al-inicio-del-primer-encuentro-internacional-politico-artistico-deportivo-y-cultural-de-mujeres-que-luchan/>

leído libros donde las feministas explican cómo debe ser y tantas cosas que dicen y critican sin saber cómo es nuestra lucha.⁴

Otro punto del discurso que nos dejó a muchas reflexionando fue cuando compartió una hermosa metáfora sobre la diversidad de mujeres que luchan, de cómo en el bosque o en el monte hay árboles muy distintos:

lo sabemos que cada pino o cada ocote no es igual, sino que cada uno es diferente. Lo sabemos, sí, pero cuando vemos así decimos que es un bosque, o que es un monte. Bueno, aquí estamos como un bosque o como un monte. Todas somos mujeres. Pero lo sabemos que hay de diferentes colores, tamaños, lenguas, culturas, profesiones, pensamientos y formas de lucha. Pero decimos que somos mujeres y además que somos mujeres que luchan. Entonces somos diferentes, pero somos iguales⁵.



⁴ <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/08/palabras-a-nombre-de-las-mujeres-zapatistas-al-inicio-del-primer-encuentro-internacional-politico-artistico-deportivo-y-cultural-de-mujeres-que-luchan/>

⁵ <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/08/palabras-a-nombre-de-las-mujeres-zapatistas-al-inicio-del-primer-encuentro-internacional-politico-artistico-deportivo-y-cultural-de-mujeres-que-luchan/>

Nos invitaron a no competir con las demás para ver quién era la más revolucionaria o más liberada. Nos propusieron elegir: escucharnos y hablar con respeto o competir entre nosotras y darnos cuenta de que al final nadie gana. Nos propusieron “luchar juntas, como diferentes que somos, en contra del sistema capitalista patriarcal”. Y nos abrieron su espacio para conocernos entre nosotras, para escucharnos entre nosotras y compartir nuestros saberes. En cada taller y espacio propuesto por las mujeres de la sociedad civil había una delegación de zapatistas que tomaban notas, para compartir después con otras mujeres.

Hubo decenas de actividades culturales: música, teatro, baile, poesía. También partidos de básquet, de voli, de futbol, defensa personal, yoga. Hubo talleres para todos los gustos y espacios, para articular las luchas. Bailamos al ritmo de la batucada, cantamos, nos abrazamos. Efectivamente, hay muchas formas de resistencia. Las obras de teatro me dejaron especialmente impresionada, ¡qué habilidad para abordar las cuestiones políticas desde la vida cotidiana! En los talleres, hablamos de que el feminismo tenía que ser antirracista, aprendimos de la resistencia frente al despojo por toda América Latina, aprendimos a mapear nuestro cuerpo-territorio. Espacios simultáneos y a reventar. En cada espacio, las zapatistas escuchaban atentas y tomaban nota, para compartir ellas también a su vuelta con las compas que no habían podido estar en el encuentro.

De regreso en Guadalajara, nos reunimos para hacer un balance colectivo y decidimos organizar una charla para compartir con la comunidad universitaria lo que habíamos vivido en el encuentro. Entre los elementos que acordamos contar estaba

el porqué decidimos ir, qué esperábamos y qué encontramos. También hablamos de los alcances del encuentro, cómo seguir en la lucha desde nuestras propias geografías y del papel de la universidad frente a estos encuentros. Como nosotras, supe que otros grupos de mujeres también invitaron a compartir sus experiencias. En un auditorio muy concurrido y con las fotos del encuentro como telón de fondo, fuimos platicando una por una la experiencia que habíamos vivido. Toca ahora organizarse para ir cambiando la cultura universitaria, para que esté libre de racismo, de sexismo, de clasismo. Para entender que el conocimiento no está solamente en los libros, también está en la lucha. Sin duda, vivir esta experiencia nos marcó a todas. Las zapatistas nos convocaron y llegamos miles. Encendieron las velas y nos pidieron que no nos quedáramos con esa luz, que la pasáramos a otras compañeras. Desde nuestras geografías y nuestros ritmos, acordamos seguir vivas y seguir luchando.

Somos un monte

Christian Aurora Mendoza¹

Llegaron solas, en grupo, traen a sus hij@s, dejaron a sus parejas, llegaron con su compañera. Han viajado 3 horas, 15 horas, 26 horas, 2 días...

Observan las mantas de bienvenida, las mantas con mensajes políticos, zapatistas, feministas, mantas que las invitadas trajeron pidiendo libertad para sus pres@s, justicia para sus desaparecid@s.

Les dan la bienvenida, les hablan de historia, de su historia. Les cuentan que fueron empleadas del hogar, tratadas como en la época de la colonia, pero en el siglo XX. Les explican lo que es una vida de humillación, desprecio y violencia, y les cuentan que ese desprecio y esa humillación y esa violencia no sólo venía de los hombres, sino también de otras mujeres.

¹ Feminista de formación multidisciplinaria que desde hace más de 10 años ha trabajado acompañando a grupos de mujeres indígenas, rurales y trabajadoras organizadas.

Es cazadora y recolectora de información, agricultora de momentos para recordar y eterna soñadora de la justicia social.



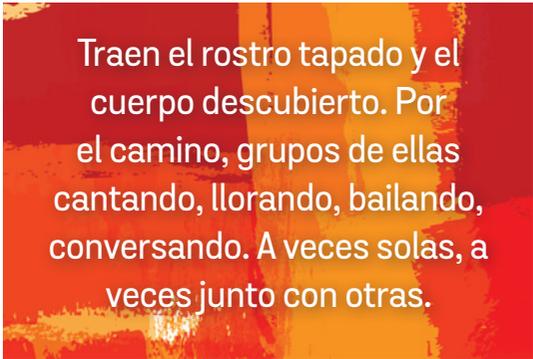
Foto / Gisela Espinosa

Les hacen pensar si ellas, las invitadas, también las han chingado de alguna forma.

Les platican cómo se han organizado, lo que les ha costado y lo que han logrado. Les dicen por qué las han invitado.

Les explican que todas son un bosque o un monte, todas diferentes pero juntas y que en ese espacio, en ese tiempo podían escoger competir o alimentarse unas a otras. Eligen lo segundo.

Los días son una fiesta que se toma bastante en serio.



Traen el rostro tapado y el cuerpo descubierto. Por el camino, grupos de ellas cantando, llorando, bailando, conversando. A veces solas, a veces junto con otras.

Viejas conocidas, todas por conocer; hacen procesiones y te bendicen con rituales mientras juegan básquet, fut y voli. Son narradoras de deportes y corredoras profesionales.

Hablan de aborto, anticoncepción, embarazo y ciclo menstrual. Hablan desde la exclusión y la dirigencia, desde el miedo y la creatividad, desde la defensa y el autocuidado. Hablan de la madre tierra y de los planetas del infinito universo. Escuchan y se quedan con ganas de preguntar, ven y se quedan pensando...

Traen el rostro tapado y el cuerpo descubierto. Por el camino, grupos de ellas cantando, llorando, bailando, conversando. A veces solas, a veces junto con otras.

Esperan por el agua, por la comida, por el baño, el asiento y el café. Cargan con su plato, su termo, su cuchara y una bolsa para la basura. Duermen en el piso, pasan frío de noche y mueren de calor en el día.

Te muestran sus más grandes tesoros: fotos de clítoris, pinturas de rostros diversos, bordados de predominante violeta. Han escrito poemas, obras de teatro, compuesto canciones. Sus armas son la pluma, la guitarra, sus manos, la palabra, el cuerpo entero; juegan con cámaras y micrófonos mientras pintan las paredes e intervienen el espacio.

Caminan entre gente que admiran, o que seguro pueden admirar. Se cansan, pero quieren seguir.

Unas cantan trova y canciones infantiles, otras arman una fiesta batucada, rap improvisado y hasta se aparecen con la música ranchera y danzas de extrañas latitudes. Venden sus artesanías traídas de distantes lugares y productos naturales para la salud y bienestar.

Dejan que su cuerpo hable, que su mente hable, que su corazón escuche...

Cuidan a la otra,

a nadie le ha faltado nada.

Se van a dormir arrulladas por los grillos y las conversaciones nocturnas, por la fiesta y por sus propios pensamientos.

Guardan su corazón rebosante.

Sueñan con seguir vivas, seguir luchando, a su modo, a su tiempo, y quizá,

volverse a encontrar.

Si no hay mujer, no habrá revolución

Claudia Gómez Godoy¹

Para Marina y Regina.

Queridas Hijas:

Ahorita son pequeñas para entender esta carta, espero que algún día, cuando sean más grandes –aunque quizás eso sea muy pronto– puedan leerla y entender por qué, en marzo de 2018, su mamá se fue cinco días a algo que se llamó “Encuentro de Mujeres que Luchan”.

Resulta que ustedes tienen una mamá, que como muchas otras, le importa que ustedes tengan sus uniformes limpios, que hagan bien la tarea, que vayan al ballet y a la escuela, que jueguen, que lean, que sean respetuosas y solidarias; pero también tienen una mamá distinta, pues me preocupa mucho el país en el que vivimos, por ustedes, pero también por nosotros, por mí... Como saben ustedes, no me gusta la injusticia, trabajo para que las cosas cambien, a eso le dedico mucho

¹ Abogada litigante especializada en derechos humanos y pueblos indígenas, agrarista, feminista y orgullosa mamá.

tiempo. Además, a veces me gusta escaparme algunos días, ser mamá es muy cansado, aunque pocas lo reconocen, bueno, cada vez somos más las mamás que hemos abandonado la maternidad romántica y disfrutamos vivir llenas de contradicciones. Además, soy defensora de derechos humanos y eso incrementa mis riesgos y como cualquier mamá mexicana, vivo con miedo permanente de que algo les pase a ustedes y de que algo me pase a mí. Me da pavor leer las historias de violencia hacia las niñas y las mujeres, pero no quiero que eso me inmovilice.

Foto /Gisela Espinosa



Quiero presentarles 5 mil amigas que nos volvimos comunidad y hemos decidido, desde donde estamos, seguir luchando contra el sistema capitalista patriarcal que nos está violentando

Quiero contarles que en Chiapas, las mujeres zapatistas nos convocaron a todas las mujeres que luchan a un Encuentro sólo de mujeres, sólo de mujeres que luchan, y yo me puse de acuerdo con algunas amigas y pensamos que era buena idea ir, compartir nuestras luchas y nuestras reflexiones de las distintas violencias que vivimos como mujeres, que viven nuestros territorios y nuestro país. Resulta que las que nos invitaron a la fiesta pensaron que íbamos a ser 500 y llegamos cerca de 5 mil ¡ya se imaginarán el caos que fue eso! No había lugares suficientes para dormir, para comer, para hacer pipí; pero aun así, fue una de las experiencias más bonitas de mi vida. Tantas mujeres juntas implicó que hiciéramos filas y filas, pero en las filas nos fuimos conociendo.

Al Encuentro llegaron muchísimas mujeres, zapatistas, mexicanas, latinas, trabajadoras, feministas, estudiantes, bailarinas, cantantes, actrices, académicas, pintoras, cineastas, periodistas, campesinas, profesionistas, futbolistas, cocineras, vendedoras, artesanas, bordadoras, lesbianas, travestis, niñas, jóvenes, mujeres mayores, discapacitadas, indígenas, europeas, maestras, madres de desaparecidos, músicas, masajistas, basquetbolistas, trabajadoras domésticas, intelectuales, maestras de yoga, escultoras, refugiadas, dirigentes, activistas y muchas mamás. Me sorprendió la cantidad de bebés y niños; muchas compañeras traían bebés, criar amorosamente y estar en la lucha implica un esfuerzo mayor, pero ahí estábamos también las mujeres-mamás que luchan.

Todas llegamos con una preocupación, con una pregunta, con miedos como los míos y con muchas esperanzas, pienso que a todas nos mueve la situación que se vive en México y en el mundo, pero particularmente lo que nos está pasando a las mujeres. Así que de maneras muy distintas, cantando, bailando, jugando futbol, haciendo yoga o defensa personal, durante tres días nos contamos lo que nos duele: la violencia hacia las mujeres, el patriarcado, el machismo, los feminicidios, las desaparecidas, la violencia laboral, la violencia al nacer, la violencia sexual, el cacicazgo, la contaminación, la minería, los proyectos extractivos de la naturaleza, situaciones todas muy difíciles de entender, sin embargo, todas compartimos de maneras muy sencillas, muy imaginativas, muy lúdicas. En particular me sorprendieron las compañeras zapatistas, que con canciones denunciaban el machismo, con obras de teatro la violencia laboral, con poemas el capitalismo.

Pero, lo más bonito del Encuentro fue darnos cuenta que en todo el mundo estamos encontrando la cura a esas enfermedades, con solidaridad entre las mujeres –que se dice sororidad–, con amor a la naturaleza y a la que llaman madre tierra, con lucha, con resistencia, con memoria, con momentos de compartir, con alegría, con sinceridad, con vernos a los ojos, contarnos, abrazarnos, llorar y sentir que no estábamos locas, que vale la pena luchar, que la lucha es alegría, que la lucha es entender a las otras, que entre más acompañadas estemos menos solas nos sentimos, que somos muchas y que esas muchas estamos haciendo cosas bien chidas para construir un mundo en el que podamos salir a la calle sin miedo. La propuesta zapatista es vivir y como para nosotras vivir significa luchar, nos convocan a seguir luchando.

Muchas compañeras me preguntaron en el Encuentro que por qué no las había llevado. La verdad es que no sabía las condiciones en las que íbamos a estar (ser su mamá me ha hecho muy precavida), así que llevaba colchón inflable, cobija, almohada y bolsa de dormir. Nunca pase frío, como algunas de mis compañeras, pero estando ahí lamenté mucho no haberlas llevado, la sensación de estar en un lugar a salvo, sin riesgo de violencia, fue como estar en un lugar mágico en el que de pronto los monstruos y los miedos se fueron; una utopía. Si se vuelve a hacer algo parecido, ¡quiero que me acompañen! Quiero presentarles 5 mil amigas que nos volvimos comunidad y hemos decidido, desde donde estamos, seguir luchando contra el sistema capitalista patriarcal que nos está violentando.

Las compañeras zapatistas nos compartieron lo difícil que ha sido para ellas dejar de ser discriminadas, sus mismos compañeros y esposos les impedían participar y luchar. Conocí comunidades zapatistas en 1995, una canción de ellas dice: “si no hay mujer, no hay revolución”. En 25 años es impresionante ver lo que han logrado como mujeres zapatistas. Se ven más fuertes, más sanas, más altas, caminan con mucha dignidad, ven para arriba, ven a los ojos y con ellos, nos sonríen, sus trajes impresionantes, de gala, impecables, muchas jóvenes con pantalones que dejan ver unas piernas fuertes, que lo mismo juegan un partido de fútbol que cantan, bailan, graban todas las mesas, bordan, preguntan. Nos quieren entender.

Mi última reflexión: pensar en todas aquellas mujeres jóvenes que nacieron zapatistas, ellas ya no conocieron lo que había antes, cuando ellas nacieron ya había revolución, ya otras mujeres habían luchado para que se reconociera su derecho a

votar, a tener tierras, a hablar y a vivir libres de violencia y, aunque su lucha no ha terminado, son mujeres que se ven más libres, más felices.

Me gustaría pensar que cuando ustedes entiendan esta carta, todas aquellas dolencias que nos llevaron en marzo de 2018 al Caracol de Morelia, han desaparecido y que en su lugar el amor, la esperanza, la vida, el respeto, la igualdad y la solidaridad rigen las relaciones entre los hombres y las mujeres, que yo soy una mamá sin miedo y que ustedes son mujeres libres y felices, emocionadas porque pronto será marzo y volveremos a encontrarnos con las amigas feministas de mamá y las compañeras zapatistas sólo para bailar, cantar, abrazarnos, darnos masajitos y ¿por qué no? Jugar otro partido de fútbol.

Crear dos, tres... un chingo de caracoles con mujeres que luchan

Gisela Espinosa Damián¹

Tan pronto se lanzó la convocatoria, empezaron los mensajes: ¡Vamos! ¡Me apunto! ¡Yo también! ¡Yo voy! Muchas nos juntamos en San Cristóbal para tomar el transporte que nos llevaría al Caracol de Morelia. Y el vehículo emprendió la marcha: murmullos, pláticas, anécdotas, risas, encuentros de amigas que hace mucho no se miran, canciones ¡Alegría!

Avanzado el camino, al llegar a ese punto donde decía: “Bienvenidos. EZLN. Caracol IV Morelia”, se desbordó la emoción: bajamos, abrazos, sonrisas, lágrimas... Y al caer la noche pisamos los alrededores del área del Encuentro. Lejos se distinguían las pálidas luces de la mesa de registro, larga y casi inmóvil fila nos antecedía, cuatro horas para ingresar al sitio. Cerca de la media noche, por fin entramos. Un cielo estrellado y hermoso y un aire húmedo nos recibieron. Como pudimos nos acomodamos en un auditorio construido en una cima, techado y sin paredes ¡Qué frío! Ideas no faltaron: “el capullo”

¹ Académica de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

(una bolsa de plástico envolviendo los pies), “el salchichón” (sleeping y cuerpo entero metidos en un plástico para lograr calor... e inmovilidad por toda la noche), “colchones” de cajas de cartón...

“Las mañanitas” marcaron el final de la primera noche ¡Y se hizo la luz! Comenzaba un 8 de marzo especial, único, en tierras zapatistas, en un escenario natural hermosísimo, con ese sorpresivo coro de mujeres cubiertas con pasamontañas, caminando junto a cientos de mujeres que llegaban de todos los rumbos del caracol para concentrarse junto al templete donde cantaban las zapatistas.

¿Cuántas mujeres fuimos al Encuentro del Caracol de Morelia? Pensé que llegaríamos



mil, luego supe que tan sólo las anfitrionas serían dos mil. Al amanecer del 8 de marzo se decía que cinco mil, pero durante el día arribaron más y más transportes repletos de mujeres. Y el 9 de marzo, cuando todos los grupos de discusión estaban a reventar; cuando todos los eventos políticos, artísticos, deportivos y culturales estaban al tope; cuando las filas para comprar alimentos, agua o fruta eran larguísimas... cuando los improvisados dormitorios estaban tapizados de cobijas o *sleepings* y las laderas e incluso los huecos entre el suelo y los templetes estaban cubiertos de tiendas de campaña; cuando era incesante el movimiento de mujeres en todos los espacios, concluí: ¡Somos un chingo!

Y es que el Primer Encuentro Internacional Político, Artístico, Deportivo y Cultural de Mujeres que Luchan tuvo la virtud de llegar al oído, al pensamiento, al puño y al corazón de miles de mujeres que tal vez no participan en Política (con mayúscula), pero luchan. Quizá nos reunió la idea de fortalecer y articular a los movimientos sociales desde abajo y a la izquierda; quizá coincidimos en la lucha contra el capital, el patriarcado y la normatividad heterosexual... Llegamos sin la preocupación de juntar firmas para Marichuy, con el propósito de encontrarnos en tierras zapatistas y con mujeres zapatistas a las que reconocemos autoridad para llamarnos.

Con la cálida frase: “Hermanas y compañeras que nos visitan...”, la insurgenta Érika abrió el evento. Marcó límites y libertades con humor y con firmeza: no va a entrar ningún hombre porque son “mañosos”, dijo, y se levantó un clamor divertido y aplausos cómplices; “ustedes pueden andar donde quieran... hablar, escuchar, mirar, fiestar”, y más aplausos. “Me tocó leer –dice–, pero mi palabra es colectiva”. Y a través de su propia historia ilustra la historia social del racismo, de la injus-

ticia y de la violencia; pero también de la resistencia y del cómo una mujer indígena aprende a leer, a analizar y a luchar, afirmando que incluso “podemos defendernos, tomar el mando y dirigir combates con mayoría de hombres...” y que no es fácil, “porque no sólo se lucha contra el pinche sistema capitalista sino también contra el sistema que les hace creer a los hombres que las mujeres somos menos y que no servimos”.

Érika destaca la diversidad étnica, lingüística, de edad, nacionalidad, escolaridad... de las asistentes, y queda en la memoria su metáfora: “un bosque de mujeres”, donde cada mujer es única o parecida a otras, pero entre todas formamos un bosque, y lo que importa es que cada una “lucha, se rebela, se encabrona y hace algo”. Una de las maravillas del Encuentro fue el ambiente entusiasta, energético y rebelde, sensible y vital, donde fluyeron novedosos lenguajes para comunicar el dolor, la alegría, la indignación y la esperanza; para compartir experiencias, luchas, saberes, sentimientos; para expresar deseos y apuestas para el hoy y para un tiempo lejano que ya se cimenta.

Fue un Encuentro de encuentros, un constante agruparse, dispersarse, reunirse; hallar mujeres distintas con las que se conversan historias, preocupaciones, propuestas. Se llega –o a veces no se llega– a las actividades elegidas entre las decenas que ofrece el programa. Salen al paso sorpresas. Así, en un caminar con y sin rumbo, nos topamos con esa poeta delgadísima que conmueve hasta las lágrimas al tocar un pasado argentino que es presente nuestro: muerte, violencia y mujeres buscando a sus seres queridos... o a la bailarina que asombra a Gabi, la zapatista que dice: “mira sus zapatos...”, zapatillas de punta con las que danza emotivamente al ritmo del canto setentero de León Chávez: “Se va la vida, se va al

‘ahujero’, como la mugre en el lavadero...”; o lo que de reajo vemos en el templete de al lado, donde una bailarina solitaria faldea y zapatea sones, huapangos y jarabes por más de una hora. Esta también es una forma de lucha. Así hallamos al grupo de mayas kakchikel que luchan ejerciendo y defendiendo sus saberes como comadronas, tejedoras, músicas y pintoras ¡Que sigan platicando, cantando, mostrando sus textiles! Nadie quiere que se vayan.

A un lado de los templetes, en las canchas, un público fascinado con el fut, el voli, el básquet, en el calorón y a pleno sol, escucha a las cronistas encapuchadas y mira a equipos deportivos de encapuchadas con ropa deportiva de novedoso, colorido y espectacular diseño indígena. Teatro, pintura, fotografía, música, defensa personal, por donde quiera que se mire se hallan novedades, formas creativas de luchar. La batucada feminista llevando tras de sí una marcha, un círculo, un ciento de mujeres bailando al son de los tambores y gritando consignas contra el capitalismo patriarcal y heterosexual.

Por la noche, las raperas con sus “Batallones femeninos sin zapatos de tacón...” alternando con el conjunto de encapuchadas que, ante el clásico “¡Otra! ¡Otra!”, piden paciencia “porque apenas estamos aprendiendo”. Nadie desespera



El Primer Encuentro
Internacional Político, Artístico,
Deportivo y Cultural de Mujeres
que Luchan tuvo la virtud de
llegar al oído, al pensamiento,
al puño y al corazón de miles
de mujeres que tal vez no
participan en Política (con
mayúscula), pero luchan

ni se va, tampoco cuando el sonido falla: “es que casi siempre los hombres se encargan de esto... ¡Y ya lo resolvimos sin ellos!”. Aplausos y gritos festivos. No importan las dificultades, la alegría, la simpatía de las artistas y las ganas de *fiestar* es desbordante. Las noches acaban de madrugada y las jornadas se inician a las seis de la mañana: el ritual, esa comunión en el dolor y la pena, la esperanza y el coraje por nuestras desaparecidas y asesinadas... la espiritualidad también se vive viniendo de otros mundos. Días largos e intensos.

Las brasileñas del Movimiento de los Sin Tierra mantienen expectante al auditorio al contar cómo destruyen con sus manos los monocultivos y hacen la vida imposible a las empresas

Foto / Gisela Espinosa



que los promueven, las lecciones, los riesgos... “Mapeando mi cuerpo territorio” convoca a un numeroso grupo que pone en juego una y otra categoría, se tocan, se dibujan, senti-piensen; Mujeres de los medios libres con gran concentración discuten su triple lucha: por abrirse un espacio y un derecho en un marco monopolizado por grandes empresas, al interior de los “libres” por abrir un espacio para temas de mujeres, feministas y de género; y ante sus compañeros, contra prácticas sexistas y hostigamiento sexual. Las duras y conmovedoras reflexiones sobre feminicidios, asesinatos de defensoras, desapariciones, trata de personas... El “teatro de la oprimida”, diseñado para que todo el público participe en una especie de juicio al sistema de salud excluyente y a médicos racistas y sexistas... Los talleres sobre nuestro cuerpo, nuestro placer, sobre el orgasmo y el autocuidado. En todas las actividades hay chingos de mujeres y un ambiente efervescente.

Asombra, despierta simpatía, afecto, ver que en cada espacio las zapatistas toman nota para poder compartir con sus comunidades lo que vieron, lo que aprendieron, lo que ahí se dijo. Y también impresiona la cantidad de mujeres con pasamontañas que toman fotografías, graban videos o audios, son una camada zapatista de comunicadoras, periodistas organizadas con la misión de registrar y llevar la nota a sus comunidades y al resto del mundo, porque muchas de sus imágenes y audios circularon por las redes, para empezar, por Enlace Zapatista.

En la mesa sobre defensa territorial y contra el extractivismo, Moira Millán, la líder mapuche argentina, da cuenta de la valentía de las mapuches al defender su territorio y enfrentar la represión y la militarización, dejando ver el importante papel de las mujeres en esta lucha; ahí también se comprende que cuando las mujeres guardan sus semillas –“que no

se diga ‘banco’ de semillas porque es palabra empresarial”– defienden modos de vida y espacios que de otro modo son arrasados por el monocultivo; se expone la peculiar relación entre las mujeres y el agua y cómo la defensa del agua es defensa territorial sexuada; toman la palabra mujeres de Temacapulín que destacan su larga lucha contra la hidroeléctrica que arrasaría la comunidad; y mujeres veganas hacen ver que lo que comemos, la demanda de las y los consumidores, también se expresa en territorios biodiversos o devastados. La participación es rica, ahí habla una mujer zapatista sobre la defensa de sus territorios construyendo autonomía –en muchas mesas no participaron las zapatistas, quizá nuestros tiempos, ritmos, temas y lenguajes lo dificultaron–, intervienen mujeres de otras regiones de México, Ecuador, Paraguay, Uruguay, Chile, cuyos territorios acosados defienden las mujeres y los hombres. Al final, Moira pide que cantemos una esperanzadora estrofa en lengua mapuche. Y cantamos con el puño en alto, también aquí se mezclan el coraje y las lágrimas. Se propone un pronunciamiento... El tiempo vuela y nadie dijo que las mujeres del campo no sólo defienden territorios, sino su derecho a la propiedad, el uso, el usufructo y el derecho a decidir sobre tierras y territorios.

En la noche negra que estamos viviendo, mujeres y pueblos de México y de varias regiones del mundo, las zapatistas dan luces, siembran alegría y fe. Muestran que se puede resistir construyendo otros mundos en medio de la adversidad, que se puede compartir en medio de las diferencias. Y reconociendo que éstas existen, que enriquecen y también dividen, proponen estudiar, analizar y discutir para ver si es cierto que nuestra lucha es contra el *patriarcado capitalista* y contra cualquier patriarcado; si coincidimos, qué bien, pero si no, dicen: “como quiera nos vamos a ver para luchar por la vida de todas

las mujeres”. Y lanzan la propuesta de un segundo encuentro en 2019, “pero no nada más en tierras zapatistas, sino en sus mundos de cada quien, de acuerdo a sus tiempos y sus modos... que cuando vengan puedan decir que en sus mundos se reunieron, discutieron y acordaron”. Así que no se vale esperar una nueva convocatoria con los brazos cruzados, hay que crear dos, tres... un chingo de caracoles con mujeres que luchan.

Foto /Gisela Espinosa



De cómo quedé tocada

Gloria Salazar¹

Cuando Hilda me invitó a ir en grupo al encuentro de mujeres en Chiapas no me imaginé que iría a una experiencia tan intensa y vital.

Leí la convocatoria y confieso que la frase “si eres hombre, de balde estás escuchando o leyendo esto porque no estás invitado” me provocó incomodidad, hasta irritación, pero después de los tres días en El Caracol de Morelia la frase fue cambiando en mi interior. Al final del discurso de apertura de Erika, con su “los hombres son mañosos”, entre otras ideas por supuesto, ya me fue sonando adecuada.

Desde que me subí a la camioneta de San Cristobal hacia El Caracol, empezó la sensación de bienestar y alegría. Es fantástico compartir el gusto por la música y cantar a voz en cuello a Juanga; compartir las necesidades femeninas (hacer pipí, tener hambre, tener sed, marearse) con tanta soltura y comprensión. Y para empezar la experiencia zapatista, encontrarse con

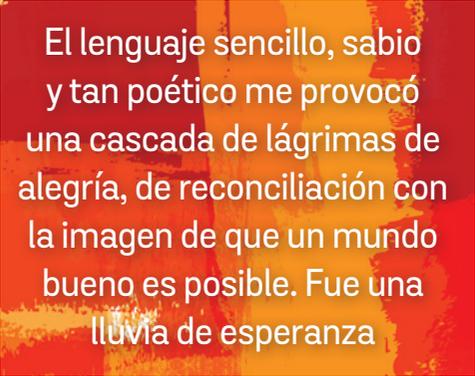
¹ Consultora de negocios, fotógrafa y ambientalista de nuevo cuño.

ese letrero “Bienvenidos a territorio del EZLN” que me dijo que sí, que es cierto que esa utopía existe. Fue el primer, iba a escribir golpe, pero no, fue la primera caricia al alma. De ahí en adelante fue una cascada de sorpresas y alegrías.

El recibimiento de los hombres zapatistas: cortesía, cordialidad y eficiencia para cargar nuestras cosas a la fila de registro. Empezó a tomar forma eso de que los hombres se quedan afuera y están para ayudar. La larga espera para entrar sirvió para empezar a entonarse con el ambiente que privó los tres días: paciencia, tolerancia, convivencia divertida y amable, que hubo toques de irritación, sí, los hubo, también somos humanas.

Traspassar ese enorme letrero de bienvenida fue como entrar a un mundo diferente, en donde hubo otros códigos de convivencia, en donde las indígenas eran las anfitrionas y guías de nuestros comportamientos y su presencia dignísima, con ropas tradicionales y capucha, infundían una sensación de respeto y admiración que fue creciendo a medida que las oí, que las vi en perfecta coordinación atendiendo a sus ¿5, 6, 7, 8, 9 mil? invitadas; cantando, bailando, haciendo teatro, jugando fútbol y oyendo a las luchadoras de otros países y de México.

Me sentí tan bien de saber que yo podía ser parte de la lucha de las mujeres en contra del pinche sistema capitalista y patriarcal, como dicen ellas, aunque no sea académica, ni teórica, ni ilustrada feminista.



El lenguaje sencillo, sabio
y tan poético me provocó
una cascada de lágrimas de
alegría, de reconciliación con
la imagen de que un mundo
bueno es posible. Fue una
lluvia de esperanza

Mi expectativa de que hubiera acuerdos de acciones conjuntas pronto se desplomó en el discurso de apertura y plantó a cambio una semilla que pugna por germinar en mi desencantado corazón. El lenguaje sencillo, sabio y tan poético me provocó una cascada de lágrimas de alegría, de reconciliación con la imagen de que un mundo bueno es posible. Fue una lluvia de esperanza.

Yo no quedé igual. Estoy tocada por ese espíritu y sí, ya estoy en lucha, desde mi lugar, en mi mundo, con mis posibilidades, con mis medios.

Conmigo tuvieron un triunfo más.



Una sacudida a la conciencia, a la esperanza y al corazón

Hilda Salazar¹

I. La arribazón

Poco equipaje bien escogidito, fiel a las instrucciones de las entusiastas organizadoras del grupo de mujeres de procedencias distintas y un tema de preferencia. El plato, el vaso, el cubierto, la bolsa de dormir y los víveres empiezan a parecer exiguos ante las noticias de que se han inscrito mucho más de mil, que son seis mil, no, ¡ocho mil! La fuente incierta indica también que hace frío, mejor consigan cajas de cartón, plástico, otra cobijita.

La emoción se impone a la incertidumbre, ahí nos las arreglamos con nuestras provisiones colectivas e individuales. Arrancan tres camionetas perfectamente coordinadas al sinuoso camino rumbo al Caracol de Morelia. Las curvas pronunciadas pronto provocan mareos, náuseas, malestar. Los señores choferes consideran que la parada para estas y otras necesidades

¹ Integrante de Mujer y Medio Ambiente, A.C.

serán más adelante; el poder del volante se impone hasta llegar al pequeño muro que anuncia: “Bienvenidos. Nueva Reforma, EZLN...”, estamos en territorio zapatista. La piel se enchina por primera vez... ya estamos llegando. Párese porfis, vaaamos, una foto. La escena se nos quiere escapar sin registro ¿cómo va a ser con 30 celulares listos para disparar? De ninguna manera, el grupo se retrata para atestiguar que sí, que venimos, que estamos aquí.

Apenitas anochece cuando avistamos el famoso letrero “Bienvenidas mujeres del mundo”. Un enjambre de hombres zapatistas nos saluda a la par que cargan nuestros equipajes todos. Los pequeños encapuchados se echan al hombro un costal de naranja, del otro lado una maleta, una mochila, una bolsa. Nos conducen a una fila mientras el equipaje forma una montaña considerable. Es la cola para el registro.

A la media hora la fila no se ha movido un centímetro; empiezan las investigaciones: en una mesa, una sola compañera busca en una base de datos, anota a mano el gafete, responde preguntas, da instrucciones y de la fila no se entera; por allá, otra mesa con dos más, tres en total para inscribir a unas ¿quinientas? Los cálculos se vuelven difíciles; el ir y venir por esa fila gorda pronto revela que eso de mujeres del mundo parece cierto, muchas argentinas, che, españolas, güeras *ojiazul piqinininglich* y en ¿alemán, holandés? Mujeres indígenas de Chiapas, de Guatemala, de Puebla, de Perú, de Chile, de Oaxaca. Cabezas semirapadas, rastas, rebozos, sombreros, cachuchas. No cabe duda, el feminismo rejuveneció de manera asombrosa, aquí hay un relevo generacional que tiene sus modos, otros. La inmovilidad de la fila a nadie impacienta, se arman corrillos, música, comprensión. Después de cuatro horas estamos a punto de alcanzar la meta, cuando se

presenta un pequeño altercado con un grupo recién llegado que entra por una fila alterna, de las “ya registradas que vienen en camión”. Se arma la consigna: “que se formen, que se formen”, unos cuantos gritos, reclamos y promesas de respeto al derecho ajeno. Nadie reclama la larga espera, no, sólo la falta de democracia corporal.

En la gran puerta de herrería, fuertemente custodiada por mujeres zapatistas, nos recibe otro enjambre de ayuda, ahora femenino; muchas se coordinan para cargar entre dos o tres los pesados bultos, garrafones de agua, las caras sonrientes detrás de los pasamontañas nos hacen saber que todas, todas somos muy bienvenidas. La experiencia vital ha comenzado.

II. Ellas hablan

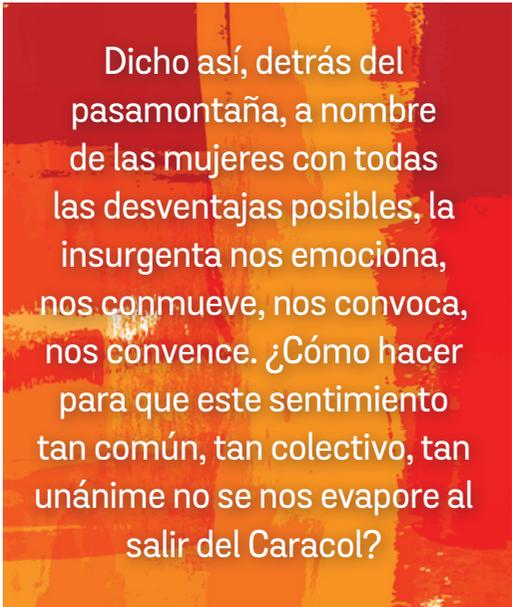
Unas mañanitas rancheras nos despiertan en punto de las seis. El grupo femenino, musical y de nombre rebelde nos entona varias piezas con las que se estrena el escenario principal de este encuentro. Caras desveladas, cabellos ensortijados, cobijas, abrigos, rebozos, chamarras, plásticos, se enderezan para recibir este regalo temprano del Día Internacional de la Mujer.

La hora campirana nos deja ver un amanecer apenas tibio. De a poco la noche inacabable, sobre rudo piso de cemento, en un galerón descubierto y rotundamente gélida va quedando atrás. El frío expulsa al exterior en busca de un cafecito, un

baño, un alimento. El recorrido tenaz para cubrir las necesidades básicas toma su ritmo, lento, pausado, difícil y, otra vez, sorprendente. Aquí hay de todo, se empiezan a mostrar los puestos de café, las letrinas, el agua potable y la destinada a los sanitarios, la llave para lavar su traste, la olla grande con frijoles sobre la lumbre de leña, huevitos, tamales, tostadas. Puestos de frutas, bastantes. Estas personas conocen a sus invitadas, claro que sí, desayunos vegetarianos por sí.

Espaldas adoloridas, pies enteleridos e intercambios sobre la rudeza de la noche hacen dudar si las más añosas tendremos cuero pa'aguantar los tres días. La mañana transcurre entre café, baño, comida, caminatas cortas y reconocimiento de nosotras y ellas. De a poco vamos tomando un ritmo distinto, más tranquilo, sin apuros, seguras de que algo va a suceder. Muchas siguen llegando, camionadas enteras van dejando a otras y otras más.

A media mañana se nos invita a la explanada grande, frente a la plataforma, en donde toman su lugar las anfitrionas. Vamos a empezar. La insurgenta Érika habla en nombre de muchas, nos hace saber que las palabras que nos dirige no son improvisadas, qué va, es un discurso perfectamente estructurado, es una pieza de oratoria más clara que el agua clara.



Dicho así, detrás del
pasamontaña, a nombre
de las mujeres con todas
las desventajas posibles, la
insurgenta nos emociona,
nos conmueve, nos convoca,
nos convence. ¿Cómo hacer
para que este sentimiento
tan común, tan colectivo, tan
unánime no se nos evapore al
salir del Caracol?

Mientras nos explica por qué y para qué este Encuentro, nos va narrando los 34 años de lucha zapatista. Entrelaza las ideas sobre las razones del levantamiento armado con la necesidad de hablar desde, para y por las mujeres; mientras cuenta una parte de su vida personal nos hace reflexionar sobre cómo la pobreza, la discriminación, el machismo son parte de una misma lucha. No requiere construcciones conceptuales para explicar la doble opresión de las mujeres, sólo relata cómo al regreso de un empleo mal pagado, sin derechos y sin respeto, las mujeres llegan a su casa a lidiar con su “patrón marido”. Con poesía, Erika explica cómo entienden la unidad en la diversidad, convoca a dejar de lado el protagonismo, invita a la escucha mutua, propone humildad y buen trato, reivindica las diversas formas de lucha sin desdeñar ninguna, no ofrece ni pide ayuda, no propone caminar juntas, solo seguir caminando. Con la frase “cada una desde su lugar, su tiempo y su modo”, nos reconoce a todas como mujeres que luchan. Dicho así, detrás del pasamontaña, a nombre de las mujeres con todas las desventajas posibles, la insurgenta nos emociona, nos conmueve, nos convoca, nos convence. ¿Cómo hacer para que este sentimiento tan común, tan colectivo, tan unánime no se nos evapore al salir del Caracol?

Las intervenciones de las representantes de los cinco Caracoles se intercalan con teatro y música. En la explanada, las mujeres zapatistas –muchas– forman filas perfectas, todas con paliacates o pasamontañas, con niños cargando a pleno rayo del sol, no se mueven, no se quejan, apenas hablan. Es una disciplina que no es de hoy, habla de una organización férrea. Con el arte y la palabra nos comparten distintas historias de lucha, de opresión, de violencia, de pobreza. Palabras como la rabia, el coraje, el “pinche capitalismo” y otras como no tenemos miedo, no nos arrepentimos, estudiamos,

aprendimos, nos atrevimos, se repiten en muchos discursos. La obra de teatro no hace concesiones, nos muestra todas las formas de violencia que sufren las mujeres: discriminación, violación, despojo, humillación, golpes y muerte... la garganta se cierra, las lágrimas son irremediables ante una puesta en escena que muestra una realidad que se extiende por todo Chiapas, por todo México, por todo el continente, por todo el mundo. Pero el mensaje final siempre es esperanzador, siempre es de lucha, siempre llama a la no rendición.

Se acerca la noche, baile para unas, momento de mejorar los lechos nocturnos para otras. Con más experiencia y mucho mejor pertrechadas con cajas de cartón, “las mujeres de juicio”, las que por nuestra edad merecemos consideraciones especiales, las ancianas nos disponemos a acostarnos. El tapizado humano se ha multiplicado, los espacios vitales se reducen considerablemente. Acostadas sí, dormidas... es otro asunto.

III. El Encuentro

¿Qué sigue? ¿Y dónde serán las actividades para las que nos pidieron inscribirnos? Se ven organizadoras por ahí y por allá; destacan las milicianas, quienes con su uniforme, su macana y radio en la cintura, nos vinieron a cuidar, a fijarse que no se metan los hombres, porque ya sabemos, dijo Érika con humor, “son mañosos”. Ellas nos hacen saber que el programa se va a poner en su momento. Por ahora lo que sigue son los deportes: hay fútbol, basket y más tarde volibol. Arranca el partido

¡MUERA POR SIEMPRE LA TRIPLE
EXPLOTACIÓN DE LA MUJER!

Mañana
Cuando me
vaya,
Con qué
corazón me
iré...?
(Juan Rulfo)



Foto / Gisela Espinosa

de las mujeres de Oventic contra La Realidad. No tengo la menor duda, soy partidaria de La Realidad solo porque juegan el balón con sus hermosas faldas plisadas, de colores brillantes, con una pequeña capa que cubre la mitad del pecho, su pasamontaña y sus calcetas con tenis de muchos colores.

Ante un sol radiante, nadie se acuerda de la helada noche, aquí una quiere un sombrero, un paraguas y el bloqueador con FPS+50. Ellas corren por la cancha a toda velocidad mientras la cronista se empeña en narrar el partido al más puro estilo futbolero. Ya por algunos lugares se han pegado grandes lonas en las que se anuncian más de 170 actividades: talleres, pláticas, teatro, danza, videos, fotografía, baile, música, poesía, defensa personal, sexualidad, veganismo, testimonios de las madres de desaparecidas y asesinadas, experiencias nacionales e internacionales de lucha y resistencia. ¿Dónde y cómo será todo esto? Los lugares están perfectamente señalados, las organizadoras –zapatistas y no– nos esperarán en esos “salones” que se instalan en los sitios que fungen como dormitorios en la noche, los comedores, los templetes. Hay sonido hábilmente manejado por las técnicas capaces de sobreponerse a los imprevistos y realizar veloces reparaciones; computadoras para video, escenarios para el fandango, el baile o los movimientos esotéricos y homenajes a la Pachamama, la menstruación o lo que a cada grupo o “colectiva” (así en femenino) se le ocurra. A nosotras, las del tema de “mujeres en defensa de la tierra, el territorio y contra el extractivismo”, nos toca hasta el sábado y nuestro taller de tres horas se convirtió en una exposición de 25 minutos. Ah, ta güeno.

Caigo en la cuenta de que mi reloj interno se apaciguó, el tiempo va lento, tanto que ni vale la pena medirlo ¿para qué?; mi deber ser se quedó dentro de la bolsa de dormir y me siento en una sombra a mirar, a escuchar, a dormitar un poco. No me da la gana de ir a ningún evento, de oír ninguna charla, de participar en nada, solo reposar y mirar. Las veo a ellas ir y venir con sus ropas, sus bebés muchas, sus zapatos de plástico que me hacen recordar esos muy famosos “Wendy”, las más jóvenes con pantalones de mezclilla, a la pura moda tuxtleca que tanto me gusta. Todas con su pasamontaña o su paliacate. Nos veo a nosotras y noto también que tenemos nuestras “modas” según la edad, la procedencia, la ideología. Camisetas con muchas leyendas, blusas bordadas por manos indígenas o de a tiro, las imitaciones en plástico que dan el gatazo, pantalones cortos y piernas al aire, vestidos playeros y el eterno uniforme de las militantes de viejo corte con la clásica mezclilla y camisetas holgadas o pegaditas.

El hambre me mueve y empiezo mi rondín por los múltiples salones y escenarios. Encuentro una obra de teatro de un par de actrices que se refieren a la sexualidad reprimida o violentada de las mujeres, en sus diálogos hablan de las vaginas, los clítoris, los orgasmos desconocidos o reprimidos. Me interesa más el público, en especial las caras encapuchadas con reacciones diferentes, unas no se inmutan, otras muestran una sonrisa ante el humor –para mi gusto muy “urbano”– de las actrices. Mi animal político y enjuiciador se ha despertado, pero sin darme cuenta me voy quedando, ahora la obra misma me ha capturado. Ellas son buenas y cambian de tema en 15 segundos, ahora denuncian con ingenio y buena actuación

los feminicidios, las desapariciones, las violaciones de jóvenes estudiantes, mujeres trabajadoras, indígenas migrantes. El público está atrapado y, otra vez, el nudo en la garganta se me convierte en lágrimas, impotencia y sí, rabia, mucha rabia.

Con mi taco en la mano entro a la exposición de las brasileñas del Movimiento de los Sin Tierra, que también tuvo que ajustar su tiempo, es muy amena y su experiencia interesante, queremos oírla un poco más, pero también otras quieren participar. Sigue una exposición sobre la metodología del teatro de la opresión, un poco larga, me voy al baile regional que está suave y me sigo por aquí y por allá, no resisto la vendimia de bordados guatemaltecos, pequeñas carpetas zapatistas, blusas hermosas que nunca me pondría, exposiciones fotográficas, testimonios dolorosos de los movimientos “Ni una más”, otra vez me alcanzan las ganas de llorar ¿pos qué me pasa? Mejor me voy a formar mi media hora al baño... Ahora veo un partido de voli entre zapatistas y un equipo de jóvenes que juegan bien, pero el respetable le va a las anfitrionas, ellas aguantan y le echan los kilos. Los escenarios se van mezclando de a poco. Qué bueno que me di esa vuelta, aquí todo vale la pena, en todo hay un mensaje o una experiencia de la cual aprender, aquí hay muchas mujeres que luchan.

La relación entre fuereñas y lugareñas se va asomando tímidamente, en esas contendientes deportivas, en conversaciones personales, en apretones de manos y abrazos espontáneos. Ellas son menos un “ejército zapatista” y nosotras menos unas extrañas. Sí, parece que sí, que hay Encuentro.

IV. El retorno

Un despertar diferente por la inminente partida. No asistiremos a la clausura, no bailaremos en la fiesta a la que los hombres sí están invitados, no escucharemos más a la bajista zapatista, ahora estrella de fama mundial. Nuestro transporte llegará a las 12 en punto. Ya habituadas a un insólito despertar temprano, nuestro ir y venir del baño al equipaje, de la comida a la preparación de la plática en la que participaremos, anuncia una nostalgia anticipada.

Puntuales llegamos al sitio indicado donde encontramos a nuestras copartícipes del tema que nos ha agrupado. Les proponemos una dinámica que dé oportunidad a un intercambio con un público numeroso. El acuerdo, un poco forzado, se dificulta cuando la primera ponente no quiere dejar el micrófono, menos aun cuando el público quiere escucharla. Al fin, otras intervenciones tienen lugar y logramos el diálogo sobre un tema que a todas parece crucial: nuestras tierras, nuestros territorios, nuestros recursos naturales y formas de vida están en disputa. Indígenas mapuches, mixes, zapotecas, brasileñas, chilangas, argentinas comparten sus ideas, sus experiencias, sus denuncias. El grupo se anima a proponer un posicionamiento, en volver a juntarnos, a manifestar nuestro apoyo a las luchas y situaciones urgentes. No importa si estas propuestas son muy operativas, muestran un deseo de caminar juntas. Se nombra la comisión, se refrenda la cita “dentro de un año, cuando las compañeras zapatistas nos vuelvan a convocar como lo han anunciado”. Una de ellas pide la palabra y da el marco perfecto para cerrar nuestro panel. Contentas y coreando un canto mapuche, nos preparamos para nuestro retorno.



Foto /Gisela Espinosa

Nos quedan unos minutos que aprovechamos para despedirnos de conocidas y también de esas mujeres que nos reunieron. En un par de días se han vuelto entrañables, menudean los abrazos, los apretones de manos, los cariños a las niñas y niños pequeños, a nuestras cocineras preferidas, a esa que va pasando y le queremos agradecer.

Algo ha cambiado. Nuestras ideas y percepciones se movieron un poco,

nuestras emociones se expusieron a flor de piel, nuestro respeto por las diferentes se ensanchó. Estas mujeres sabias, valientes y organizadas nos invitan a seguir luchando, a no rendirnos, a no claudicar... cada una desde su tiempo, su lugar y con su modo. Antes de partir extrañamos ya ese paisaje fastuoso que dio marco a un trajinar de palabras, acciones y emociones. Ahora, a la distancia, sabemos que nos ha calado hondo.

Tocar el Alma

Isabel Reyes Posadas¹

Si me preguntan, ¿quién te invitó? Diré que la voz de la montaña. Una voz colectiva, femenina, luchadora, resiliente y amorosa.

Si me preguntan, ¿quién te recibió en el encuentro? Diré que un rostro juvenil y sonriente por debajo de una capucha, con una falda colorida por mil listones. Una voz discreta y compasiva que nos comentó:

–Habrá más encuentros de mujeres, y otros para hombres y un día haremos un encuentro para ambos. Porque tal cual, en el trayecto viajamos con hombres que llegaron hasta el lugar pensando que entrarían, por lo menos a la cocina... y no fue así.

¹ Soy parte de la Red de Promotoras y Asesoras Rurales, vivo en Chiapas desde hace 18 años, trabajo la educación para la salud y alimentación consciente en sistemas alimentarios locales.

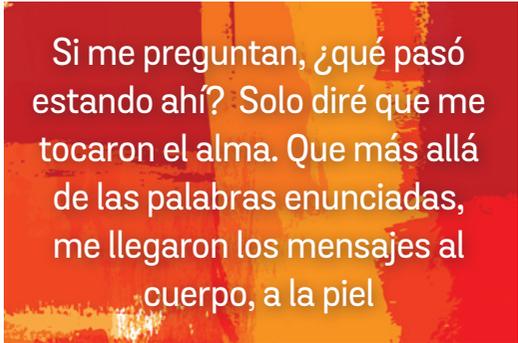
Desde ahí, en esa puerta con una gran manta dando la bienvenida, sentí que entraba al mundo calzado y vestido de las mil formas de ser mujer. ¡¡Eso me enchinó la piel!!

Si me preguntan, ¿qué pasó estando ahí? Solo diré que me tocaron el alma. Que más allá de las palabras enunciadas, me llegaron los mensajes al cuerpo, a la piel y se formó una sonrisa en mis entrañas, esa que se da justo cuando algo o alguien te toca el alma.

La noche del 8 de marzo, después de ver esa cortina de luces formada por las velas en las manos de cada mujer indígena convocante, asemejando su movimiento al vuelo de luciérnagas, sólo sentí que me tocaban. El silencio que se formó en ese instante fue el más acompañante que he sentido en los últimos tiempos. Miles de corazones femeninos sin dudas y sin palabras, también nos encendimos.

Ya muy entrada la noche, en mi casa de campaña, en medio de dos mujeres más (apiladas en dos metros cuadrados), cerré los ojos pensando: *ser yo dentro de tantas y ser tantas sintiéndose solo una.*

El mensaje de las mujeres zapatistas fue profundo. Es un abrazo que perdura, un espacio para contenernos en medio de un contexto por demás violento. El llamado de las compañeras zapatistas fue para infundirnos valor y lo hicieron con



Si me preguntan, ¿qué pasó estando ahí? Solo diré que me tocaron el alma. Que más allá de las palabras enunciadas, me llegaron los mensajes al cuerpo, a la piel



Foto /Isabel Reyes

tal respeto, amor y dignidad que va a permanecer en mi ser y hacer (a eso me comprometo).

Al encuentro no nos convocaron para discutir y ampliar o estrechar fronteras ideológicas o condolernos por tiempos pasados. El llamado fue, desde mi sentir, una apuesta a crear un presente que nos genere y mantenga la fuerza necesaria. Esa que todos los días se vuelve el motor desde las diferentes trincheras donde toca vivir y/o morir a las mujeres del mundo.

El llamado desde la voz de la montaña es a ¡VIVIR! Lo que es tanto

provocador como subversivo, porque bien sabemos que en este presente –literalmente– nos están matando y desapareciendo. Pese a eso, y por eso, durante cuatro días se gestó una energía tal que aún no podemos reconocer el alcance, pero sí la capacidad de transformarnos desde dentro hacia una nueva forma de vernos y comprometernos en nuestras luchas *a nuestro tiempo y a nuestro modo*, como lo dijeron nuestras sabias anfitrionas.

El Encuentro que me tocó el alma

Julieta Valdez Acosta¹

La emoción empezó en el momento que llegó la convocatoria en un mensaje. Pensé, ¡es la primera vez que las mujeres zapatistas convocan, no puedo faltar! quiero escuchar su palabra, vivirlas, sentirlas, abrazarlas y verlas.

Y que se arma el grupo para ir al Caracol. Algunas conocidas, otras no tanto, pero al final todas teníamos contacto con alguna. Se me ocurrió invitar a mis sobrinas, más emoción al asunto porque era la primera vez que asistían a un evento así. Ellas emocionadas, yo preocupada por lo que pensarán sus madres (mis hermanas).

Los mensajes no pararon desde que llegó el primero, información por aquí, información por allá, en ningún lado era precisa, siempre faltaba algo y al final, lo logramos. Encontramos transporte, hostales, hoteles, nos registramos, compramos

¹De origen campesino de la Sierra Hidalguense, venida a Maestra en Desarrollo Rural, integrante de la Red Género y Medio Ambiente y miembro de Amnistía Internacional México. De risa franca y libre, gusta del huapango y los huateques.

boletos de avión y viajamos. Más y más emoción. Cuando Brenda y yo terminamos la lista, sentía un hoyo en el estómago y la emoción no paró, al contrario, se incrementó.

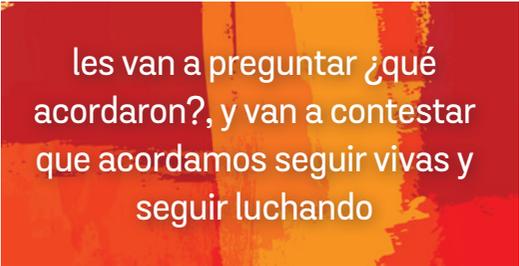
Por fin, llegó el gran día, 7 de marzo. La cita, a las tres de la tarde en el centro de San Cristóbal de las Casas. ¡Aaaaah!, pero antes armamos las viandas, porque se decía que la comida no era suficiente para tanta mujerada: 5 mil registradas más 2 mil zapatistas. Inició el viaje al Caracol con un buen repertorio musical de Juan Carlos, el conductor. Juan Gabriel, el favorito de chicas, medianas y grandes, se armó el huateque en el camino, con el yo no nací para amar, nadie nació para mí, solo fui un loco soñador, no más...

La parada técnica y la foto –no podía faltar– juntas todas, algo fundamental, necesitábamos el registro de que estábamos ya en territorio zapatista. Continuamos nuestro viaje por un camino sinuoso, pasando Altamirano el tiempo se me hizo corto porque de pronto, ¡llegamos!

Los compas, preparados para cargar nuestras cosas y guiarnos a la fila del registro. La fila era grande y el hambre se empezó a sentir, todas empezamos a sacar comida y compartir, porque se miraba que iba estar lento el asunto. Casi a las 12 de la noche me tocó registrarme, me molestó no ver a las mujeres zapatistas en el registro; pensé, ¿por qué ellas?, no me gusta, ¡quiero a las zapatistas! Mi sentir se transformó pasando la reja, un te ayudo me cambio por completo. Tres chicas listas para cargar nuestras maletas, dos de ellas un poco tímidas, pero la Araceli, una bala para armar la casa de campaña.



Un canto suave y amoroso me despertó el día siguiente, ¡qué linda está la mañana en que vengo a saludarte, venimos todas con gusto y placer a felicitarte...! ¡Aaayyyy!, me llegó al alma, lloré, y de pronto, gritos y aplausos, todas agradecidas. Me levanté, quería verlas, tres chicas en un templete cantándonos las mañanitas ¡guaaaauu, qué regalo!, gracias, gracias, lo recuerdo y lloro, mi alma sigue tocada.



les van a preguntar ¿qué acordaron?, y van a contestar que acordamos seguir vivas y seguir luchando

El día uno dedicado para ellas, las compas zapatistas. Con sus discursos, nos empezaron a contar su historia y el porqué de su lucha. El de la insurgenta Érika, muy llegador y profundo, expresando su palabra a su tiempo y a su modo, el llanto se hizo presente una vez más. La vi en el templete y pensé: estas pequeñas mujeres nos siguen dando grandes lecciones; recuerdo que dijo: les van a preguntar ¿qué acordaron?, y van a contestar que acordamos seguir vivas y seguir luchando. Para ese momento yo estaba en la lloradera total, volteé a mi lado y vi a Claudia igual, lloro que lloro y tejiendo. Me encantó, tejiendo la vida y la experiencia. Así nomás empezó el primer día, la insurgenta Erika nos cimbró a todas.

Después de esas palabras y la lloradera, necesitaba descansar. Caminé para encontrar un lugarcito, en mi búsqueda que veo a Gise debajo del templete, recostadita sobre su mochila, shshshshsh no le digan, busqué mi pedazo... para mi sorpresa, estaba lleno –el sol estaba muy fuerte y la sombra era muy preciada–, hasta que lo logré. Me despertó una vocecita que

me hizo salir de inmediato, una chiquita de lo más divertida y creativa narraba el partido de futbol, muy buen partido por cierto. Las obras de teatro, bailes y la luz de las velas no faltaron y los gritos de emoción de todas, tampoco.

Tenía muchas ganas de platicar con las compas y preguntarles muchas cosas. Viendo una exposición sobre feminicidios, coincidí con una de ellas, le pregunté –¿por qué la convocatoria?– Porque esto, –contestó señalando las fotos.

La batucada, las consignas a todo pulmón, ...alerta, alerta, alerta que camina, la lucha feminista por América Latina... o el no, no, no, no señor, yo no me casaré, así le digo al cura y así le digo a usted...

La expresiones culturales a todo lo que dan, no me dio tiempo de ver todo, no me perdí a las Reinas Chulas y el rap, buenísimo. En la noches, el huateque no faltó, una noche antes de regresar me encontré con una chica de nombre Yoalli, le comenté –un nombre náhuatl en la selva de Chiapas, mmmm eso está sospechoso–, nos reímos muchos las dos. Yoalli me dijo que les llevó un año preparar el encuentro, más de una asamblea en los Caracoles y que era la primera vez que se juntaban todos los Caracoles. A nuestro lado, estaba un grupo de chicas zapatistas jugando hulahula, una de ellas insistió, insistió hasta lograrlo entre risas y baile. Terminamos bailando todas en círculo, pasando al centro y haciendo la bulla respectiva. Se terminó la música y con ello vino la despedida, Yoalli me dio un par de abrazos grandes, grandes y profundos que no quería soltarla, encontré un alma gemela. Me sentí tan segura que me olvidé un poco de las sobrinas y las dejé.

El día siguiente, desmontar todo y llegar a nuestra presentación. Me perdí un poco, no encontraba el lugar. Historias de lucha, fuertes e intensas, todas queríamos escuchar y quienes presentaron, ser escuchadas, el tiempo fue poco, algunas robaron el micrófono, me enfadó, pero al final llegó el orden, ayudó mucho –uufff–, estuvo a punto de salirse de control. Qué mejor cierre de nuestra mesa que las palabras de la mujer zapatista, ya no hizo falta más.

El regreso, asoleada y cansada. Regresé llena de tanta esperanza en nosotras, las mujeres, todas cambiando y transformando nuestro entorno, solas y acompañadas. Tardé varios días en que se acomodaran las emociones y los sentires. Así me dejó ese encuentro, muy tocada, muy movida, confrontada y, al mismo tiempo, preparada para la lucha en colectivo y como individua.

¿Qué sigue?

Reflexiones desde la Sierra de Santa Marta, Veracruz

Julieta María Jaloma Cruz¹

En el altavoz, resuenan las palabras de la insurgenta Érika, la hermana zapatista que nos dio la bienvenida:

A mí me toca leer, pero esta palabra la acordamos en colectivo con todas las compañeras que son organizadoras y coordinadoras en este encuentro. Para nosotras como mujeres zapatistas es un orgullo muy grande estar aquí con ustedes y les damos las gracias porque nos dieron un espacio para compartir con ustedes nuestras palabras de lucha como mujeres zapatistas que somos (Insurgenta Erika, 8 de marzo de 2018).

¹ Integrante del Centro de Derechos Humanos de los Pueblos del Sur de Veracruz “Bety Cariño” A.C. y del Proceso de Articulación de la Sierra de Santa Marta. Profesora de la Universidad Veracruzana Intercultural, vecindada de Huazuntlán y estudiante del Doctorado en Estudios Feministas de la UAM Xochimilco.



Foto /Verónica Munier Jolain

En silencio y con el corazón atento, escuchamos a miles de mujeres que nos reunimos para compartir alegrías y dolores, para aprender, conocernos, abrazarnos, encontrarnos...

Desde que supimos de la convocatoria al “Encuentro de Mujeres que Luchan”, nos emocionamos y, como colectivo de mujeres del Proceso de Articulación de la Sierra de Santa Marta del sur de Veracruz,² decidimos participar para fortalecernos, para seguir aprendiendo de nuestras hermanas zapatistas, para que nuestras compañeras que no han ido a Chiapas conozcan su palabra, su lucha y sus formas de vivir la autonomía.

Algunas las conocemos desde hace tiempo, visitamos sus caracoles, hemos convivido con ellas en sus comunidades, a través de las Brigadas Civiles de Observación (BriCO) del FrayBa,³ o en las Escuelitas Zapatistas, en los Seminarios del Pensamiento crítico frente a la hidra capitalista, en el Congreso Nacional Indígena y recientemente, en el Consejo Indígena de Gobierno.

Las mujeres zapatistas siempre han sido nuestra inspiración, como la Comandanta Ramona, su imagen junto con la de Bety Cariño nos acompañan en nuestras reuniones de mujeres, recordamos su palabra y su lucha, porque siguen vivas mientras estén en nuestro pensamiento y nuestros corazones.

² El colectivo de mujeres participa en el Movimiento Regional Indígena en Defensa y Respeto por la Vida, iniciado en octubre de 2017 como un esfuerzo con más de 80 comunidades, para evitar megaproyectos extractivistas (minería, eólicos, fracking).

³ El Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de Las Casas organiza brigadas con grupos de personas voluntarias a las comunidades zapatistas que han vivido represión o conflictos internos, para registrarlas y entregar un reporte.

Después de haber ido al encuentro de Chiapas, compartimos con compañeras que no pudieron ir cómo nos organizamos para llegar allá –en autobús y en una camioneta prestada–, les contamos que después de 15 horas de viaje llegamos al Caracol de Morelia (hicimos más tiempo porque nos perdimos de San Cristóbal al Caracol) y tuvimos que esperar en una fila interminable como tres horas, para registrarnos y pasar al campamento a descansar. Estábamos exhaustas, pero felices.

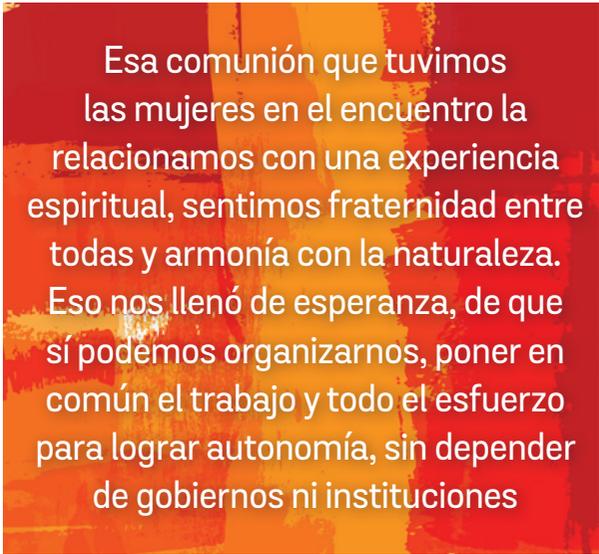
¿Qué más compartimos? Que no terminaban de llegar camiones, autos y camionetas llenas de mujeres, la mayoría muy jóvenes, estudiantes, integrantes de colectivos, otras como nosotras, mujeres maduras, mamás o abuelas, todas diferentes, de territorios lejanos, hablando muchas lenguas... todo un *bosque de mujeres* (como diría la Insurgenta Érika). Nos emocionamos y nos admiramos de ver que efectivamente ¡somos *un chingo!*

Me gustó mucho vivir esa experiencia... y fue la primera vez que fui, nunca salía de mi casa, yo nada más aquí en el pueblo, pero de aquí a la ciudad nunca había ido. La verdad, lo que vi fue algo maravilloso e inolvidable. Y yo les compartí a mi familia que fue una experiencia bien bonita, vi a tantas mujeres, no había hombres, estuvimos unas cinco mil o más, éramos muchas y de diferentes lugares. Ahí no se vio que tú tienes más y tú tienes menos, que tú te vas allá y yo me voy acá, no hubo ni una diferencia, aunque nos haya tocado dormir en el piso o en la tierra, pero todas parejas, no hubo de que yo tengo más dinero y duermo más cómodo, ahí no se dio eso, todo parejo (María, de Tatahuicapan de Juárez, mayo de 2018).

Como es su costumbre, las hermanas zapatistas nos recibieron con una generosidad desbordada, lo entregaron todo: su tiempo, sus atenciones. Con gran esfuerzo se prepararon, con mucha anticipación, no les preocupó desvelarse o madrugar para que todo estuviera listo. Con humildad y a la vez con una gran fortaleza y dignidad, nos recibieron con mucha alegría y respeto.

Esperaban como 500 mujeres y llegaron 5 mil, y de repente, cómo hacer de comer, ya no había dónde dormir, no sabían cómo acomodarnos, por eso nos tocó en el zacate, lo bueno que traíamos una lona para taparnos, aunque pasamos frío, lo bueno que no cayó agua. Y luego se acaba la comida y había que ir a la ciudad a comprar más todavía, estuvieron en chinga todo el tiempo. Lo que me llama la atención de ellas, que organizaron todo entre puras mujeres, también lo del sonido, porque como en una fiesta, había sonido grande, y eran puras chamaquitas que resolvieron lo técnico, ¡aunque batallaron un chingo! (Verónica de Tatahuicapan de Juárez, mayo de 2018).

Las hermanas zapatistas cumplieron lo que habían advertido en la convocatoria: “*se prohíbe la entrada a los hombres*”. ¡Fue un espacio solo para nosotras!, fue algo único que nunca habíamos experimentado. Nos sentimos seguras, libres, confiadas, con mucha alegría y fraternidad. Las hermanas milicianas fueron las encargadas de custodiar el Caracol de día y de noche, siempre había alguien cuidando el portón.



Esa comunión que tuvimos
las mujeres en el encuentro la
relacionamos con una experiencia
espiritual, sentimos fraternidad entre
todas y armonía con la naturaleza.
Eso nos llenó de esperanza, de que
sí podemos organizarnos, poner en
común el trabajo y todo el esfuerzo
para lograr autonomía, sin depender
de gobiernos ni instituciones

Se me hizo tan difícil participar así, porque eran muchos grupos al mismo tiempo y cuando llegábamos a uno, ya se había terminado lo que estaban dando y nos íbamos a otro y por la multitud de gente igual como que no pudimos participar bien, porque todos los talleres estuvieron llenísimos, pero en todos se sentía esa seguridad, porque estábamos puras mujeres, porque se sentía esa atracción de una paz, de una confianza, de una seguridad que ¡nunca lo había vivido!, nunca lo había sentido ni experimentado, ¡la verdad! (Felicitas, de Úrsulo Galván, mayo de 2018).

Con mucha curiosidad y entusiasmo, nos distribuimos para participar en algunos de los tantos talleres simultáneos. En todos los espacios y cabañas del Caracol de Morelia, había mujeres ávidas de escuchar y compartir sus experiencias, dudas y dolores. Tuvimos la oportunidad de conocer las luchas de las mujeres mapuches para defender su territorio en la Argentina, donde el gobierno no reconoce la existencia de los pueblos indígenas y las empresas transnacionales, en contubernio con el Estado, quieren despojar de su tierra y agua a los pueblos.

Nosotras, como mujeres, podemos luchar también contra el gobierno. Si nos proponemos hacer algo por nosotras, lo podemos lograr. Esa fue la enseñanza o la experiencia que vivimos allá. Porque yo vi muchas mujeres que de verdad son mujeres de lucha, que son capaces de hacer algo por ellas mismas, y tienen hijos y no les importó, y de verdad mi reconocimiento para esas mujeres, porque sí saben cómo defenderse. (María, de Tatahuicapan de Juárez, mayo de 2018).

Las mujeres zapatistas han podido organizarse y han podido defender todo sobre su tierra, la naturaleza, la montaña. Pensé que nosotras también podemos hacerle como ellas, conocimos a muchas mujeres que han podido hacerlo por ellas mismas. Me gustó escuchar que tienen su propio gobierno y que ahora tienen un solo corazón. Ellas están bien unidas, bien organizadas, y ya tienen valor, ya tienen la fuerza de defender todo del gobierno. Pura mujer ya pudieron valorar igual que al hombre. (Santana, de Soteapan, mayo de 2018).

En colectivo, reflexionamos acerca de la situación que vivimos las mujeres nahuas, popolucas y mestizas en la Sierra de Santa Marta, cómo muchas veces el miedo nos paraliza y seguimos calladas y aguantando maltratos o situaciones violentas con el esposo, y también la desvalorización del trabajo de las mujeres en la vida comunitaria. Por eso, para nuestras compañeras que fueron a Chiapas por primera vez, verse reflejadas en las mujeres zapatistas y en otras mujeres que luchan fue una experiencia muy potente.

Es muy bonito ver mujeres que son nuestra imagen misma, lo vemos en otras, pero a veces nosotras no somos capaces de hacerlo, a veces el miedo es el que nos hace decir no, me quedo callada, no digo nada y ahí seguimos con el miedo, pero si rompemos ese miedo, ese silencio, podemos hacer muchas cosas por nosotras mismas. (María, de Tatahuicapan de Juárez, mayo de 2018).

Para mí fue algo admirable, porque yo las veía así bien rudas, vestidas con sus trajes de militar. Yo me quedaba así, pensando, ¡Dios mío, de dónde sacan tanta fuerza para atender cinco mil mujeres, si no es que éramos más, cómo tienen tanto como para hacer ese llamado, y de dónde salimos tantas mujeres..! Porque aquí nos vemos poquitas, pero si se hace un llamado de esa forma nos damos cuenta que no estamos solas, que en el mundo entero, en diferentes lugares, de los pueblos, ciudades y países, hay mujeres como nosotras que quizá tienen los mismos sueños, que quizá tienen los mismos pensamientos, lo que nosotras pensamos y queremos. Para mí fue algo inolvidable. (Felicitas, de Úrsulo Galván, mayo de 2018).

Esa comunión que tuvimos las mujeres en el encuentro la relacionamos con una experiencia espiritual, sentimos fraternidad entre todas y armonía con la naturaleza. Eso nos llenó de esperanza, de que sí podemos organizarnos, poner en común el trabajo y todo el esfuerzo para lograr autonomía, sin depender de gobiernos ni instituciones.



Nos dimos cuenta del poder de las mujeres, de la importancia de cultivar estos espacios, con organización desde abajo, construyendo vínculos y redes con las luchas de otras mujeres haremos la revolución.

También recordamos que al final del encuentro, las compañeras zapatistas nos dijeron: “si llegan a sus pueblos y les preguntan qué acuerdos tomaron todas las mujeres, el único acuerdo que tomamos es seguir luchando por la vida”. Esta última reflexión la relacionamos con nuestro “Movimiento Regional Indígena en Defensa y Respeto por la Vida” y qué podemos hacer como mujeres representantes en nuestras comunidades.

¿Y qué sigue después del Encuentro?

Comentamos que uno de los primeros pasos a dar es incluir a nuestros compañeros en estas reflexiones, compartirles lo que vivimos en Chiapas. Ha sido una larga lucha de las hermanas zapatistas en la que han lidiado con el machismo de sus compañeros, y si bien no se les ha quitado del todo, ellas les están demostrando que sí pueden organizar solas encuentros tan grandes como este. Para que tengamos fuerza en la organización, también tiene que estar la fuerza de las mujeres. Por eso es fundamental retomar el sentido comunitario en los movimientos de lucha, rebelarnos mujeres y hombres ante las prácticas patriarcales, reconociendo que solo desde el amor, la libertad y el respeto a la diversidad podemos construir relaciones armónicas.

Se reflexionó que los compañeros de nuestras comunidades muchas veces piensan que si salimos a reuniones y talleres de mujeres, nos estamos organizando contra ellos o para ser más que ellos. Hay que convencerlos de que no es así, tomar acuerdos con ellos conciliando los intereses de mujeres y hombres, trabajar por el bien común y promover la ayuda mutua. Y con los hombres violentos, buscar la reeducación en la comunidad, porque no queremos que se vayan a los reclusorios y regresen peor.

Por último, cada una asumimos compromisos que llevaremos a cabo en nuestras comunidades: formar grupos de salud, promover la medicina tradicional, retomar iniciativas para la generación de recursos con miras a la autonomía económica de las mujeres, trabajar con mujeres jóvenes y organizar faenas para cuidar los manantiales.

Nos queda mucho por delante, pero gracias a la esperanza y la energía que nos transmitieron todas las mujeres en el encuentro, seguiremos apoyándonos, dándonos valor y fuerza como mujeres, para defender la vida y nuestro territorio.

De cuando las zapatistas me cantaron “Las Mañanitas”

Karla Priego Martínez¹

Tomé la decisión a última hora, no la tenía contemplada... es que con tanto trabajo... pero las palabras de alguien, que días antes me dijo desafiantemente: “Pero, qué es la vida si uno no puede hacer lo que se le pega la gana”, me retumbaron ese 5 de marzo. Como suele pasar con las buenas decisiones, casi todo se acomodó mágicamente: un lugar que acababa de quedar vacante en la camioneta en la que iba un grupo de amigas; la inscripción al encuentro en San Cristóbal, que nos ahorró horas de espera para entrar al Caracol; hasta quien, incluso, nos pudo hacer un huequito a las que no llevábamos casa de acampar; todo, menos el precio del boleto de avión que me salió carísimo. Aún así valió, no la pena, ¡sino la alegría! El Primer Encuentro Internacional de Mujeres que Luchan fue un lluvia de esperanza, tan oportuna en estos tiempos.

¹ Antropóloga Social de la ENAH, 15 años de especialización en temas de género y medio ambiente, actualmente es Directora de Veredas AC, impulsa proyectos con la Red de Género y Medio Ambiente en México. Consultora de Naciones Unidas y Agencias de Cooperación Internacional.

Esa noche del 7 de marzo, llegamos al Caracol ya pasadas las diez. Se veían los camiones estacionados, que indicaban que ya habían llegado cientos de compañeras. Bajamos nuestras cosas y nos dirigimos a la entrada, en la puerta de una enorme reja yacía el primer letrero: “Bienvenidas, mujeres del mundo” y otro más pequeño, “Prohibido entrar hombres”. Las compas zapatistas solas, en parejas o en pequeños grupos, todas con su pasamontañas, se movían como hormigas, con afán y prisa para recibirnos, nos iban acomodando en los espacios, ya fuera al aire libre, con techados como galerones o en otros como grandes casas, comedores, escuelas, canchas, etcétera. Ellas, las compas, ya habían organizado todo de una manera sorprendente, para irnos acomodando de manera que cupiéramos todas las que estábamos llegando y las que llegarían en los días siguientes.

Pasamos a instalar la tienda, mientras tanto, respiraba con profundidad ese olor de monte, de bosque, de leña; nos sentíamos resguardadas y protegidas, me puse a caminar un poco antes de dormir, viendo con asombro sus pinturas con consignas políticas y sus espacios, todos dispuestos para la comunidad, para el disfrute colectivo, otra cosa tan distinta a como vivimos en la ciudad, con todxs en competencia por los espacios, el tiempo y los recursos. Ya desde ahí, mi respiración fue otra, mi mirada colmada de montaña, mi cuerpo entre cuerpos presentes dispuestos al encuentro; así, el tiempo empezó a cobrar otro sentido.

Al día siguiente, a las seis en punto de la mañana, nos empezaron a tocar “Las Mañanitas”. ¡Hace tanto que no me las cantaban tan temprano...! “Como debe ser”, decía mi *abue*. Eso fue un gran detalle, porque algo que nos han enseñado es-

Las compas de “Arcoiris Rebelde” sacaron la casta, no se amilanaban, no se daban por vencidas y tampoco mostraban frustración

tas mujeres, y quedó patente, es que dentro de la lucha hay tiempo también para la ternura, así fue su recibimiento, de hermanas para hermanas, y con esto nos levantamos; aún no nos quitábamos las lagañas cuando, con una sonrisa de oreja a oreja y entre suspiros, nos dimos los buenos días. Contentas y sorprendidas nos apuramos a dirigirnos al templete, donde se desarrollarían varios eventos

y donde las compas darían los discursos más importantes.

Después de “Las Mañanitas”, dieron un discurso de bienvenida, claro y contundente, sobre su proceso de empoderamiento dentro del propio movimiento zapatista que declaró la guerra al mal gobierno en 1994, y así dio inicio todo tipo de actividades, desde obras de teatro, charlas, conciertos, torneos de soccer, de vólibol y básquetbol. Primero las compas y, al otro día, nos tocaba a las visitantes integrarnos a todo un programa preparado con bastante anticipación, pues el 9 de marzo podría calcularse que había cientos de actividades al mismo tiempo, era toda una explosión de conocimientos, información, danzas, abrazos, gritos, arte y canciones. No era fácil ponerse a platicar con cualquiera de las compas porque todas tenían cosas que hacer para que el encuentro funcionara. El intercambio fue así: primero su expresión, luego la nuestra, durante los tres días... se rompía el vaivén con el júbilo de las consignas, a veces acompañadas de la batucada colombiana, las canciones que se cantaban al unísono, aullábamos, gemíamos o simplemente bailábamos. Nos sentíamos libres y



Foto /Brenda Rodríguez

plenas, no había ninguna amenaza como las que abundan en el mundo de los hombres... nos sentíamos como si fuéramos todas un animal que rugía y se estremecía con dolor y alegría al mismo tiempo, fue una sensación que no se puede describir fácilmente, pero era clara la hermandad y la fascinación por vernos todas diversas, distintas, muy jóvenes unas, otras no tanto, pero iguales.

Yo me apunté al torneo de soccer, rememorando mis tiempos futbolísticos, cuando era parte de un equipo de mujeres que no solíamos ser campeonas, pero sí ¡de gran corazón! El 8 de marzo, una chava se acercó a las que estábamos formadas para la comida para recolectar firmas, por la tarde nos veríamos en un punto para organizarnos. Sí que fue movido ese día, llegaban y llegaban mujeres de todo el país y de distintas partes del mundo, muchas argentinas, que nos contaban de lo importante que había calado por esas tierras el zapatismo y lo que habían hecho para llegar hasta ahí. Fue impresionante ver cómo el movimiento social más importante de los últimos tiempos en México ha impactado en lugares tan lejanos e insospechados, desde Argentina hasta los países del este de Europa. Esto me llevó a pensar en el limitado apoyo que recibió Marichuy como candidata independiente, y cómo desde México vemos hacia otros lados, pero rara vez al país profundo en el que vivimos y el cual tenemos enfrente.

Ahí estaba yo, apuntándome para armar el equipo de fut y continuar la labor de la chica del día anterior que, por alguna razón, no aparecía. Las compas, junto con una joven que les apoyaba en la organización del torneo, esperaban a las capitanas de los equipos que ya se habían apuntado, así que me puse a reclutar velozmente a las distraídas que no tenían equipo,

en poco rato ya éramos 11, aceptaron mi propuesta de que el equipo se llamara “Las Dignas Ochoa”. Jugamos, perdimos y volvimos a perder, jajaja. Al día siguiente, mientras calentábamos para iniciar el partido, unas norteamericanas aprovecharon para pelotear; como de nuevo estábamos todas algo dispersas y no nos completábamos para jugar, las invité al equipo. Me di cuenta que una de ellas dominaba bien la pelota, se veía que era *pro*, pero lo que no advertí es que ese día empezábamos a jugar con las compas, sí... a las que habían perdido en su liga local les tocaba con nosotras, y vaya... pues la norteamericana, por más esfuerzo que hizo por pasar la pelota a las demás integrantes –entre las que estábamos mexicanas, argentinas y francesas–, le salía su instinto de competencia que le hacía jalar la pelota de cancha a cancha y tirar a gol. ¡Era tan surrealista el cuadro! ¡Las compas zapatistas goleadas por una gringa! ¡Era tan políticamente incorrecto! Mientras jugábamos, pensaba en decirle a la estrella del partido que por favor jugara un poco menos, o de plano sacarla y ponerla de portera, pero... no, no hizo falta. Las compas de “Arcoiris Rebelde” sacaron la casta, no se amilanaban, no se daban por vencidas y tampoco mostraban frustración, estoy segura que no hubieran admitido ni un resquicio de ventaja, eso en sí mismo fue una lección de dignidad y de vida, porque así es la vida, como un juego y no se trataba de competir ni de ganar sino de jugar. Nunca olvidaré ese partido. Me llevé tan bien con la árbitra, que al final nos abrazábamos como niñas cómplices de travesuras, no hizo falta preguntarle tantas cosas que rondaban en mi mente sobre el feminismo zapatista, sólo sentir que estábamos juntas ahí, realmente juntas. Le regalé el sombrero que traía para protegerme del solazo, lo recibió con una gran sonrisa y se lo puso luego, luego. Me despedí diciéndole que las guerreras somos así, damos lo mejor que tenemos, como ellas en ese Encuentro. Y nos vemos el próximo año para la *reta*. ¡QUE VIVAN LAS ZAPATISTAS!

Corazonando el poder colectivo

Mariana Mora¹

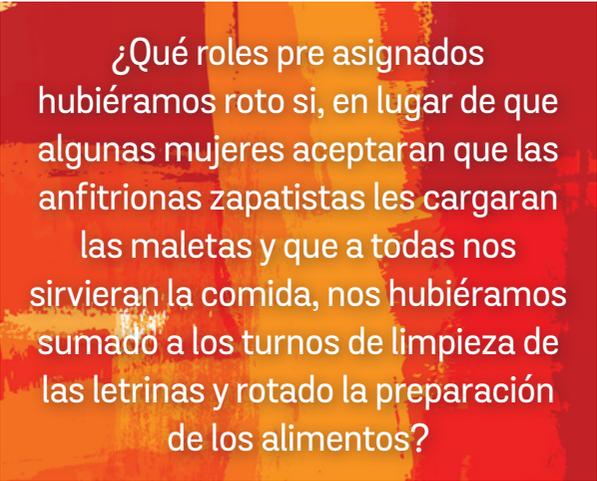
Si Marichuy, vocera del Concejo Indígena de Gobierno, expande el imaginario social a lo que podría ser un gobierno en poder colectivo, las miles de mujeres zapatistas responsables de realizar el Encuentro Internacional de Mujeres que Luchan nos recuerdan que ese horizonte no solo es posible, sino ya es parte de un paisaje político que lleva casi un cuarto de siglo andando. Los preparativos, fruto de meses y meses de trabajo, involucran a todas y a todos de los cinco Caracoles. Estudiantes de las escuelas zapatistas del Caracol IV pintaron, bajo la supervisión de un artista base de apoyo, las canchas de básquet para que cada detalle anunciara: Encuentro de Mujeres del Mundo.

Ya iniciando el evento, integrantes de los consejos autónomos preparan el frijol afuera del recinto, pasan la noche entera recortando etiquetas para guardar las maletas de las invitadas, hacen un sinnúmero de viajes en sus camionetas para

¹ Investigadora profesora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Ciudad de México. Autora del libro Política Kuxlejal: Autonomía Indígena, Racialización e Investigación Descolonizante en Comunidades Zapatistas. Es parte de la Red de Feminismos Descoloniales.

resolver cualquier asunto logístico. Así el papel de los hombres en la retaguardia. Detrás de la valla con el letrero amarillo que en mayúsculas dice: Prohibido Entrada de Hombres, las encargadas de los aspectos técnicos del sonido, las que son “choferas”, las “árbitras” del partido de básquet, las que organizan, resuelven y deciden absolutamente todo, son ellas. Así se sacude la división del trabajo, así se asienta la dignidad, así el ser/hacer gobierno zapatista.

Ser anfitrionas de un evento que atrae la participación, tanto de mujeres de pueblos aledaños como de las tierras tan remotas de Palestina y Kurdistán, afirma su capacidad de seguir haciendo eco. En su crónica recién publicada, una joven describe la emoción de estar en presencia de las que para ella son una leyenda en vida. Otras acuden por casualidad, por la invitación que rebota de manera masiva en redes sociales, como es el caso de una mujer de Ucrania, otra de Turquía, una chilena que se entera que en la ruta de su viaje continental en bicicleta habría un evento de mujeres, decide hacer la parada. El resultado es un encuentro ampliado en potencia, planeado –sin ser predecible–, que atraviesa todo registro. Un encuentro que si bien se sustenta en compartir la palabra, trasciende la voz, toca tierra en el cuerpo, en el alivio temporal de dolores que trastocan generaciones. Una afirmación de lo político desde un sentir–pensar–ser, desde el otán, el corazón.



¿Qué roles pre asignados
hubiéramos roto si, en lugar de que
algunas mujeres aceptaran que las
anfitrionas zapatistas les cargaran
las maletas y que a todas nos
sirvieran la comida, nos hubiéramos
sumado a los turnos de limpieza de
las letrinas y rotado la preparación
de los alimentos?

A lo largo del primer día, mujeres tseltales, tsotsiles, ch'oles y tojolabales comparten décadas de lucha contra la explotación en manos del patrón que a su vez es gobierno, el *ajvalil* en tseltal, quien une su dominación con la de sus esposos, hasta convertirse en el “patrón-marido”. Uno de los murales exige, “¡Muera para siempre la triple explotación de la mujer!”. Palabras que navegan por el aire, desde el templete, por los rincones donde las invitadas escuchamos, algunas sentadas al sol de medio día, otras entre las sombras de los edificios, todas sobre tierras que antes de 1994 pertenecían a la finca Buenavista. Maribel, del Caracol de Roberto Barrios, relaciona ese pasado con el proyecto de muerte que actualmente azota el país: “Se están repitiendo los tiempos de las fincas, los tiempos del sufrimiento, ahora con tantas desaparecidas, asesinadas, un sin fin de injusticias”, todo por culpa del “capataz gobierno”.

Moira Millán, luchadora mapuche, describe las batallas contra artistas de cine y empresarios famosos que los despojan de su territorio. Pero la lucha no es solo contra ellos, reconoce que de lo que poco se habla en el Encuentro es el racismo, “la racialidad de nuestros cuerpos, que algunos cuerpos y vidas de mujer son máspreciados que otros”. Un encuentro desde las diferencias incluye hablar de los privilegios que tenemos algunas mujeres, privilegios que, si no se explicitan y se transforman, terminan silenciando a otras. Es lo que planteamos como Red de Feminismos Descoloniales en nuestra plática “Corazonando el feminismo, alianzas antirracistas entre mujeres”. Desata un debate intenso que incluye compartir reflexiones agudas sobre lo que en el mismo encuentro se reproduce. ¿Qué roles pre asignados hubiéramos roto si, en lugar de que algunas mujeres aceptaran que las anfitrionas zapatistas les cargaran las maletas y que a todas nos sirvieran



la comida, nos hubiéramos sumado a los turnos de limpieza de las letrinas y rotado la preparación de los alimentos? Es la invitación que ofrece una mujer, mientras otra recuerda las palabras de bienvenida de la capitana Érika: “Yo fui sirvienta. No solo recibí maltrato por parte de los hombres”. Preguntas constructivas, urgentes si lo que nos proponemos es alimentar un proyecto de vida en colectivo.

Otras pláticas surgen desde el impulso por romper el aislamiento que el dolor provoca. Acercan unas sillas para conversar con la mamá de Lesvy, estudiante víctima de feminicidio en la UNAM, con la madre de Carlos Sinuhé Cuevas Mejía, estudiante asesinado en el mismo campus universitario. Pasan los minutos, se suman otras mujeres con hijas e hijos desaparecidos o asesinados de otros estados de la república. Las anfitrionas zapatistas las incentivan con la mirada. Comparten su desesperación por la impunidad, sus tristezas convertidas en enfermedad, sus duelos que no cesan, las angustias que aumentan con el paso del tiempo. Aquí no hay que convencer ni justificar nada ante nadie. Después de esa conversación, Doña Hilda, madre de uno de los 43 normalistas desaparecidos de Ayotzinapa, comparte que el encuentro fue importante para ella por muchas razones, incluyendo que “Aquí me siento segura. Sé que ellas me están cuidando. Aquí no me va a pasar nada”. Segura para hablar, segura para sentir, para compartir, para llorar, para dormir un poco, ya que en estos tres años y medio, desde la noche de Iguala, el sueño, además de encontrar a su hijo, es lo que menos ha conseguido.

El último día inicia con una ceremonia que Lorena Cabnal y otras mujeres mayas de Guatemala ofrecen para evocar a las ausentes. Comandanta Ramona, ¡Presente! Berta Cáceres ¡Presente! El humo del copal, las velas y rezos unen el encuentro

con el universo, el mundo de las muertas con las vivas. Desde otro registro, mujeres afrocolombianas del Pacífico repiten cantos que las mujeres esclavas usaban para resistir la muerte. En el documental “Las Cantadoras”, proyectado en uno de los comedores, una de ellas compone versos sobre el tinaco de su casa que se quedó sin agua. Le canta un homenaje al tinaco en medio de un entorno arrasado por décadas de guerra, por los proyectos de palma africana que destruyen la tierra, por los ríos que se contaminan con tanto químico que abre la tierra hasta exponer el oro de las minas. Eleva los detalles más cotidianos a un plano casi sagrado, el resplandor de la vida contra los proyectos de muerte. Si el canto es vida, el tambor, su corazón. La noche cierra con la batucada liderada por Ochy Curiel, la tradición africana del tambor se suma a una cultura recién apropiada por jóvenes tsotsiles de los altos de Chiapas, la guitarra eléctrica. El encuentro convertido en danza, en la alegría que sostiene futuras posibilidades del poder colectivo en femenino.

Cómo el Encuentro con mujeres zapatistas me reconcilió con la vida

Maritza S. Rodríguez Flores¹

Existen parteaguas en la vida y en el corazón de todas. Para mí, uno de ellos fue cuando conocí “el género” y el feminismo; desde entonces, mi forma de ver el mundo y relacionarme en él no han sido lo mismo. Otro fue cuando acudí al Encuentro con mujeres zapatistas en marzo de 2018, este Encuentro me reconcilió con la vida.

Al igual que muchas compañeras, cuando me enteré que las compañeras zapatistas estaban convocando a un Encuentro de mujeres en uno de los caracoles, supe que tenía que ir. Creo que realmente no sabía cómo, cuándo, dónde, ni para qué era el Encuentro, pero sabía que tenía que ir. El llamado atravesó por lo personal, lo profesional, lo ideológico, combinado con un poco de curiosidad y algo más que no sé de dónde vino.

¹ Feminista, ambientalista y xochimilca (de Xochimilco, Ciudad de México). Estudié Relaciones Internacionales en la UNAM, decidí que me dedicaría a algo que hiciera poner los pies en la tierra y no en las relaciones interplanetarias (como le llaman a la carrera). Colaboro desde hace un par de años en una asociación civil sobre género y medio ambiente. Soy socia fundadora de una cooperativa de mujeres sobre agricultura urbana y herbolaria.

NO TE RINDAS...

Aún estás a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo,
de aceptar tus sombras,
de enterrar tus miedos,
de liberar el lastre
y retomar el vuelo.

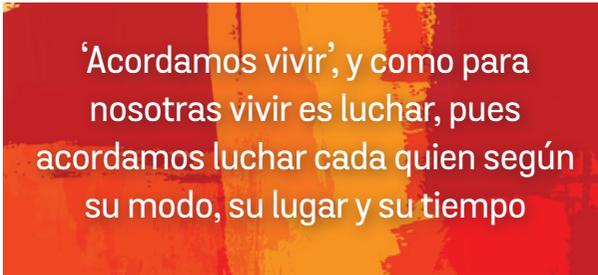


Foto / Maritza Rodríguez

Cuando acudí al Encuentro zapatista no me encontraba muy bien a nivel personal, sentía un gran vacío por la vida y, además, se acercaba mi cumpleaños (perfecto cuadro de emociones desacomodadas, jaja). Está de más mencionar las vicisitudes logísticas y climáticas que vivimos para llegar al Caracol y para pasar la primera noche en un auditorio gigante, semi al aire libre, rodeada de cientos de bolsas para dormir. Las mañanitas de las zapatistas al amanecer del 8 de marzo fueron parte de la cura para una noche complicada y un corazón intranquilo.

Sin duda, el mejor regalo y el primer “reacomodo” fueron las palabras de la comandanta Érika: “Cuando les pregunten cuál fue el acuerdo, ustedes digan ‘acordamos vivir’, y como para nosotras vivir es luchar, pues acordamos luchar cada quien según su modo, su lugar y su tiempo”. Esas palabras retumbaron en mi interior: “acordamos vivir”. Porque cuando una no se siente bien con la vida, estas palabras se convierten en una invitación, en un reacomodo, pero sobre todo, en un abrazo colectivo y en un compromiso personal. Pero no sólo vivir por vivir, sino vivir para luchar, luchar para vivir mejor; luchar con otras, al lado de la mujer violentada, la mujer acosada, la mujer explotada, la mujer deprimida, tu mamá, tu hermana, tus sobrinas, tus amigas.

El discurso de inauguración fue el primero de varios reacomodos, lecciones y experiencias: escuchar los testimonios de mujeres que luchan contra el despojo de sus territorios arriesgando la vida propia y la de sus seres queridos, las que viven violencias atroces por expresar un amor y sexualidad disidentes, las madres de mujeres y hombres desaparecidos que te dan lecciones de fuerza y valor. Todo ello me hace poner en perspectiva mis vivencias y dolores personales. Conocer a



‘Acordamos vivir’, y como para nosotras vivir es luchar, pues acordamos luchar cada quien según su modo, su lugar y su tiempo

mujeres que viajaron tantas horas e hicieron múltiples ajustes para acudir al Encuentro, las zapatistas las primeras en hacerlo, y las primeras en levantarse por la mañana. Todo me hace repensar mis privilegios y, de nuevo, poner en perspectiva mis vivencias.

También emocionarse con las compañeras que llevan el arte, el teatro, la risa o el baile como forma de denuncia, lucha o sanación.

La mujer guatemalteca que te abraza profundamente sin conocerte y te dice con palabras mágicas: “no estás sola, aquí estoy yo, todas te abrazamos”; las amigas que comparten su pedazo de cartón, de plástico o la cobijita para pasar una mejor noche; y la mujer zapatista con la que conviviste un ratito todos los días, compartiste la tortilla y al final del Encuentro te revela su nombre verdadero. Como no sentirse afortunada y reconciliarse con la vida y con la lucha después de todo ello.

Cuando regresé del caracol, sabía tres cosas: primero, que tenía que contarle del Encuentro a todas las mujeres que se dejaron (paradójicamente la primera persona a quien se lo conté fue a un hombre, jaja); segundo, que nadie ni nada podría despojarme de esa experiencia mágica en el caracol, de ese reacomodo con y por la vida; y tercero, que tenía que seguir luchando, no rendirme, no venderme y no claudicar.

Acordamos vivir y aprender a escuchar

Primer amanecer desde el Encuentro

Meztli Yoalli Rodríguez Aguilera¹

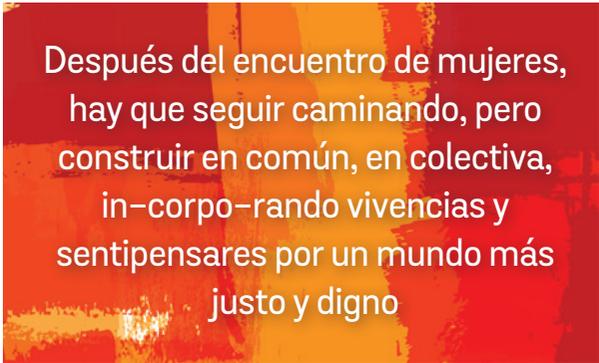
El 7 de marzo, llegamos al Caracol de Morelia como a las siete de la noche. Ya había una gran fila esperando para la entrada. Después de un tiempo, entramos al caracol en plena noche. En la puerta principal, un gran letrero que decía “Prohibido entrar hombres”. Un grupo de mujeres zapatistas nos llevó desde la entrada hasta el espacio donde podíamos acampar. En nuestro caso, junto a la cancha de basquetbol y muy cerca de un mirador, donde a la mañana siguiente se dibujarían horizontes de montañas.

Desde el principio, supimos que éramos muchas mujeres que habíamos llegado, pero no teníamos idea de cuántas, después algunas dijeron 7 mil, otras 9 mil, pero lo que sí es que nos dijeron que al menos 2 mil compañeras zapatistas habían viajado de los distintos caracoles y comunidades para asistir. Todas las mujeres llegamos de distintos lugares, comuni-

¹ Nació y creció en Puebla. Actualmente estudia el doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Texas, en Austin. Es integrante de la Red de Feminismos Descoloniales.

dades, caminos, espacios alrededor del mundo. Todas compartimos la misma noche en ese caracol. Algunas en casas de campaña, otras debajo de templetos y con sus *sleepings* o cobijas. A la mañana siguiente, el 8 de marzo, nos despertaron las mañanitas a las 6 am. Era un grupo de música de las zapatistas quienes tocaban y cantaban. Me paré rápidamente y vi el lugar tan especial en el que comenzaría mi día. A lo lejos, en la entrada, mujeres zapatistas llegaban, el amanecer, muchas mujeres despiertas encontrándose con otras, y muchas otras mujeres zapatistas cocinando en varios puntos del caracol.

Más tarde, la insurgenta Érika daría un discurso que se impregnaría en el aire y en nosotras las asistentes, también. Érika nos relata lo que –pienso– debería ser central a nuestra experiencia y reflexión después del Encuentro de mujeres que luchan: “porque lo mismo trabajé de sirvienta en una casa, antes del alzamiento, que crecí en la resistencia...” y “en la casa donde trabajé no tenía salario, no hablaba español y no podía estudiar más, apenas aprendí un poco de hablar”. No es mi objetivo en este texto criticar el trabajo del hogar, ya que celebro que muchas mujeres trabajadoras domésticas se han organizado políticamente para que su labor sea reconocida como un trabajo digno, sino más bien, busco enmarcar cómo este trabajo en particular, posee relaciones históricas coloniales que se pueden seguir reproduciendo junto con ciertas violencias específicas, como el racismo. Érika dijo algo que, me parece, engloba la gran crítica de la lucha de mujeres “y sépanlo bien que no siempre era hombre quien me explotaba, me robaba, me humillaba, me golpeaba, me despreciaba, me mataba. También muchas veces era mujer quien así me hacía. Y todavía así hacen”. Hace falta aprender a escuchar



Después del encuentro de mujeres,
hay que seguir caminando, pero
construir en común, en colectiva,
in-corporando vivencias y
sentipensares por un mundo más
justo y digno

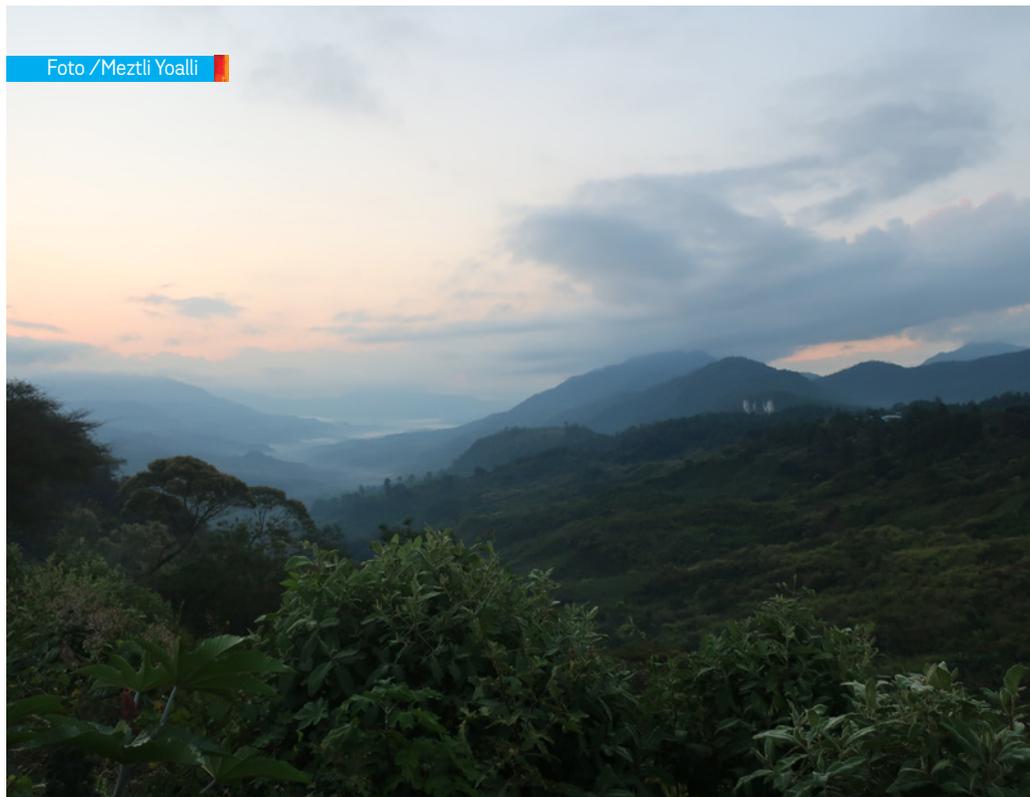
palabras y silencios de las otras mujeres. A veces nos toca hablar, a veces guardar silencio para que las voces de otras resuenen.

Yo pensé que una vez que sólo estábamos entre mujeres, donde no habían entrado los hombres, y que a veces estos espacios son necesarios para entendernos entre nosotras, entonces también sobresalían las diferencias, pero también las formas de las mujeres para reproducir opresiones entre nosotras. Lo que nos contó Érika describe la enorme autocrítica que falta por hacer sobre las rela-

ciones coloniales, racistas, opresivas hacia otras mujeres, especialmente hacia mujeres indígenas y afrodescendientes. ¿Cómo se reproduce el racismo entre mujeres en el Norte global, Europa, Estados Unidos y Canadá, ¿por ejemplo? Y en particular, ¿cómo se reproduce el racismo entre mujeres en países latinoamericanos, donde se niega bajo el mito del mestizaje? Frente a esto, creo que es necesario subrayar la urgencia de que la lucha de mujeres sea antirracista.

Una gran frase que leyó Érika, frente a la política de muerte a la que nos enfrentamos, es que cuando alguien nos preguntara cuál fue el acuerdo del encuentro, dijéramos que el acuerdo es vivir. En un país como México, donde se cometen al menos siete feminicidios por día, desapariciones, violencia sexual y estructural cotidiana, acordar vivir, continuar nuestras vidas, cuidar nuestra vida es en sí ya un acto de resistencia.

El día transcurrió entre obras de teatro, bandas de música, danzas y palabras de mujeres zapatistas de los cinco cacracoles. Las compañeras zapatistas nos compartieron su conocimiento, experiencia, palabra, pensamiento y su sentir. Otro día, tocó a las mujeres invitadas compartir. Hubo talleres, partidos de futbol, básquetbol, obras de teatro, música, danza, charlas diversas en torno a territorio, racismo, cuerpo, amor, sexualidad, violencia, entre muchos otros. Eran espacios simultáneos, donde aprendíamos las unas de las otras. Las mujeres zapatistas también estuvieron presentes en estas actividades y diálogos.



A lo largo del encuentro, también hubo ceremonias rituales para sanar, para recordar a las mujeres asesinadas, encarceladas, desaparecidas; para honrar a mujeres del territorio ancestral del caracol; para honrar a mujeres afrodescendientes e indígenas y su lucha; para honrar a cuerpos no-binarios, no heteronormados; para no olvidar a las que se fueron y mantenerlas vivas en la memoria. También era un ritual de sanación colectiva, de abrazarnos.

Las mujeres zapatistas nos dijeron que era el primer evento organizado sólo por mujeres. Ya luego, platicando con una compañera zapatista, me dijo que llevaban meses planeándolo, que fueron comunidad por comunidad, caracol por caracol, muchas reuniones para acordar hacerlo y luego planearlo. Había mujeres zapatistas cocinando, otras a cargo de la documentación del evento: video, fotografía, audio, otras limpiando los baños, las compañeras insurgentas a cargo de la seguridad del caracol, las que estaban en el equipo de sonido central del escenario, entre otros cargos. Fueron días de mucho intercambio afectivo, cariñoso, de respeto y admiración. Conocer las trayectorias, tanto de las mujeres zapatistas como de otras compañeras que vinieron desde otros rincones del mundo para abrazarnos todas. Una compañera zapatista que estaba a cargo de documentar con video, me dijo que todo lo que ellas recababan lo enseñarían a las mujeres que se quedaron en las comunidades y no pudieron asistir. Le pregunté qué pensaba del evento y me dijo que le gustaba ver mujeres de todo el mundo, de lugares lejanos ahí, pero que nos tocaba a nosotras pensar cómo íbamos a seguir luchando en nuestras casas, en nuestros mundos. Esa es la gran pregunta de las mujeres zapatistas, como hacedoras de sentipensares: seguir construyendo en nuestros espacios por una realidad más amorosa en medio de tanto odio y violencia.

Otro día y era tiempo de volver, después de días de acuerparnos entre nosotras. Con el corazón empapado de esperanza, me quedo pensando en las formas distintas de luchar, como las mujeres zapatistas nos dijeron: en sus mundos, en sus tiempos, en sus modos. Claro que nos toca pelear contra el capitalismo, contra el heteropatriarcado, contra el racismo y contra las injusticias del mundo. Nos toca (des)aprender, escuchar y sanar. Sin embargo, también nos toca ser críticas y pensar cómo oprimimos a otras mujeres con privilegios naturalizados de clase, de raza-etnia, de género, de sexualidad, de nacionalidad, de capacidades diferentes, de papeles. Nos queda una gran responsabilidad. Nos queda escuchar.

Después del encuentro de mujeres, hay que seguir caminando, pero construir en común, en colectiva, in-corporando vivencias y sentipensares por un mundo más justo y digno. Nos queda soñar. Nos queda nacer otros mundos. Nos queda luchar. Nos toca vivir, como acordamos.

El caracol de Morelia tocó el corazón...

Patricia Couto¹

Desde aquella visita al caracol de Morelia, nada en mi cabeza funciona igual.

La experiencia colectiva comenzó dos o tres días antes del evento, mochila en mano, desde más de 70 naciones, unas siete mil mujeres acudimos, sin dudar, al llamado de las mujeres zapatistas. Mujeres que luchan, decía la convocatoria, y las rebeldes, insurrectas, anticapitalistas, feministas, brujas, lesbianas, artistas, mujeres conscientes, mujeres de todos colores, de todo el mundo, mujeres libres nos allegamos a una aventura fantástica. Hay tanto que agradecer a las anfitrionas, que no alcanzan las palabras, mujeres valientes y amorosas, rebeldes, mujeres zapatistas...

“Prohibido entrar hombres” reza la manta que nos da la bienvenida, estoy segura de que a todas nos sacó una sonrisa, El proceso de registro fue lento, pero eficiente, cada una tenía su gafete, una etiqueta para identificar maletas y un lugar para

¹ Artista visual, feminista y activista. Convencida de que otro mundo es posible, trabaja su obra paralelamente al activismo, toca temas relacionados con las mujeres, el agua y la minería. Vive y trabaja en Morelos, México.



Foto /Patricia Couto



“Prohibido entrar hombres”

pernoctar. Cientos de tiendas de campaña se fueron instalando, los grandes galerones se llenaron, los templete, la última en entrar fue a las cuatro de la mañana. Como sea, nos acomodamos y los siguientes tres días nos dejamos ser, en esa extraña sensación de estar solo con mujeres. Amanecemos justo el día de la mujer con unas mañanitas rancheras, salté de mi *sleeping* cámara en mano y en pijama corrí al templete. Poco a poco todas nos fuimos encontrando ahí, en la gran explanada, todas con rostros de felicidad y con la certeza de estar en el lugar correcto.

El dolor de la lucha por un instante se transformó en abrazo y consuelo, diversas somos y así tenía que ser la propia dinámica del evento, múltiples talleres y actividades culturales y deportivas se entrelazaron con los datos duros. Las muertas y las desaparecidas también estuvieron presentes. Nos vimos, nos reconocimos, nos acompañamos a comer, a bañarnos, nos escuchamos. Tanto qué decir y tanto qué atesorar de este encuentro, del movimiento zapatista, de las mujeres zapatistas que a través de sus palabras lograron tocar el corazón de miles de mujeres. El caracol de Morelia, el torbellino de nuestra palabra me deja la certeza de que ¡otro mundo es posible!

Estampas sueltas

Verónica Renata López Nájera¹

I

–Mamá, ¿por qué todas tus amigas feministas o están tatuadas, o están perforadas o están rapadas?, me disparó mi hija su pregunta incómoda mientras terminábamos de comer. Unos minutos antes nos habíamos despedido de una amiga que salía, junto con sus acompañantes, a la camioneta que la llevaría al encuentro de mujeres que Luchan. Era la tarde del 7 de marzo y nosotras no teníamos transporte ni hotel, así que decidimos pasar esa noche en San Cristóbal y salir muy temprano en taxi colectivo hacia el caracol.

¹ Profesora investigadora en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Participa en la Red de Feminismos Descoloniales.



Inscribimos nuestra participación en el Encuentro como parte de la Red de Feminismos Descoloniales. Nos tocó presentar el último día, el sábado 10 de marzo. El lugar estaba atascado y me costó mucho trabajo llegar hasta donde estaba mi amiga Meztli. Fuimos las únicas que logramos entrar, las otras compañeras se quedaron fuera, pues ya no las dejaron pasar debido a la saturación del espacio. Presentamos junto con otros colectivos de mujeres que hablaron desde sus experiencias y activismos. Nosotras dijimos que los feminismos descoloniales son antirracistas, anticoloniales y anticapitalistas. Durante las intervenciones, una compañera nos cuestionó: “Yo quiero saber a qué le llaman antirracismo, ya que en este lugar la mayoría son mujeres blancas, las primeras en intervenir fueron las de un colectivo que viene de Europa. Muchas de

las que llegaron hasta acá vienen con recursos que sus ong les dieron, mientras que muchas de nosotras no pudimos venir por falta de recursos, algunas tuvimos que endeudarnos para poder llegar hasta acá. Entonces, yo quiero que me digan las compañeras, qué están haciendo para luchar contra el racismo del que hablan”. Yo, honestamente me quedé helada y sin saber qué contestar, pero Meztli dio una respuesta muy honesta que me sigue dando vueltas en la cabeza: “compañera, no lo tenemos resuelto y reconocemos que esa es una deuda de los feminismos, lo que sí creo es que necesitamos ennegrecer la teoría...”. Yo, aún sigo sin poder formular una respuesta...

III

Durante muchos días, tras el regreso del Encuentro, coincidimos con algunas compañeras en la impresión general de que intentar explicar lo que experimentamos en ese lugar era francamente difícil. Más de 5 mil mujeres reunidas, de todas las apuestas de los feminismos, artistas, activistas, académicas, profesionistas, de todos los colores y pensamientos, nos encontramos en una fiesta que duró tres días. ¿Qué fue lo que ahí vivimos? ¿Un tiempo fuera de nuestro tiempo cotidiano, saturado de violencias, de miedos, de incertidumbre? Un tiempo para la escucha, para el acompañamiento, para la alegría de ser mujeres y estar vivas. Un encuentro para compartir desde el cuerpo y las emociones, que siempre han sido vistos como nuestras propias cárceles, ya que habitamos cuerpos que son vistos como si fueran de otros, que pueden ser toca-

dos por otros, usados por otros, apropiados por otros; y nuestras emociones, que desde pequeñas nos enseñan a controlar o a desbordar, emociones que pareciera que no nos pertenecen o no nos está permitido demostrar. Pero fue en ese espacio en que pudimos vivirnos como mujeres sin miedo. Reconocernos como mujeres desde nuestros cuerpos y nuestras emociones. Y eso nos dio mucha fuerza.

IV

Es quizá por eso que las feministas intervienen sus cuerpos con perforaciones, con tatuajes, o rapando sus cabezas. Porque deciden sobre sus cuerpos, porque los reconocen como su espacio más próximo, más inmediato, más cercano y porque es una manera de decidir sobre ellos, sin que nadie les dé autorización, sin pedir permiso, sin esperar aprobación de nadie. Quizá mi hija algún día lo haga.

V

“Acordamos vivir”, esa fue la consigna del encuentro, la conclusión, el resumen. Salimos de tierras zapatistas con el corazón encendido por las velas que iluminaron la noche del 8 de marzo. Luces que nos acompañan cuando tenemos miedo, luces para acompañar a otras mujeres cuando han sido maltratadas, presas, violadas, asesinadas. Pero también, para juntar con otras luces y luchar. El encuentro nos dejó una llama encendida en el corazón.

